

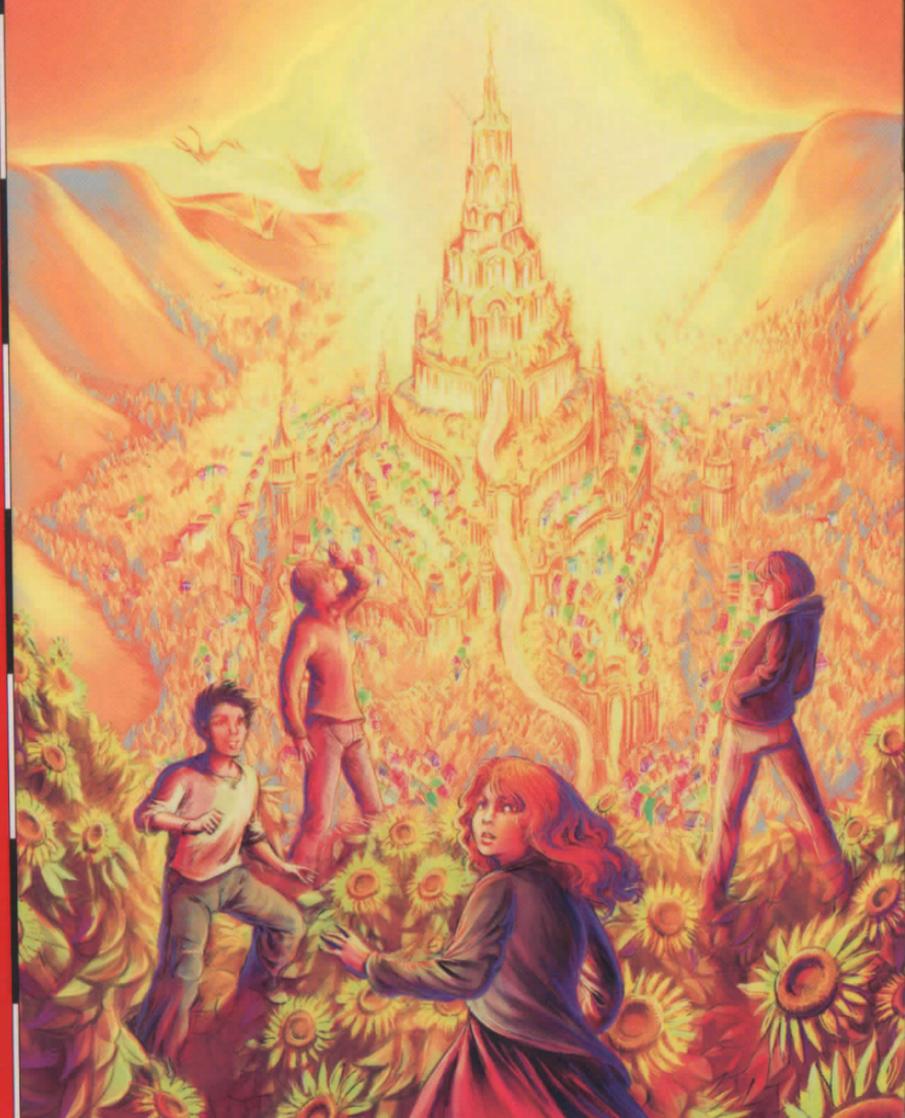
EL BARCO



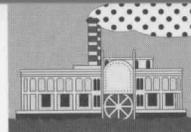
DE VAPOR

La Ciudad del Sol

Macarena Fabry



EL BARCO



DE VAPOR

La Ciudad del Sol

Macarena Fabry

ediciones **sm**

La Ciudad del Sol

Ilustraciones: Pablo Santander T.

Dirección literaria: Sergio Tanhnuz P.
Edición: Paula Peña R.

Dirección de Arte: Carmen Gloria Robles S.
Diagramación: Roberto Peñailillo F
Producción: Andrea Carrasco Z.

Primera edición: octubre de 2013

© Macarena Fabry O.
© Ediciones SM Chile S.A.
Coyuncura 2283, oficina 203,
Providencia, Santiago de Chile.

ATENCIÓN AL CLIENTE
Teléfono: 600 381 13 12
www.ediciones-sm.cl
chile@ediciones-sm.cl

Registro de propiedad intelectual: 232.911
Registro de edición: 232.913
ISBN: 978-956-349-512-6

Impresión: Salesianos Impresores
General Gana 1486. Santiago, Chile.

Impreso en Chile / Printed in Chile

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

R016CH

*A mi hermano Mauricio, quien supo que esta novela
saldría años antes de que yo empezara a escribirla.
Y a mi sobrino Felipe, el verdadero Gabriel.*

1. La niña en la ventana

Gabriel

Gabriel se despertó de súbito con el corazón latiéndole a mil por hora. Sus ojos se ajustaron instintivamente a la oscuridad, y los objetos de su pieza comenzaron a tomar forma, aunque Gabriel todavía podía ver, como si aún estuviera ahí, las cavernas y las sombras con las que había estado soñando. Sus sueños eran tan vívidos que podía recordarlos como verdaderas experiencias. A veces incluso se mezclaban en su memoria.

—¿Gabriel?

La voz de Abdel, su padre, recorrió el estrecho pasillo que había entre su pieza y la de él. El corazón de Gabriel volvió a acelerarse, esta vez no por un miedo enredado en sus pesadillas, sino por la posibilidad de que su padre se levantara y entrara en su pieza. Abdel era un hombre sumamente violento. Pero a pesar de eso, no había en

el cuerpo de Gabriel ninguna marca de los golpes que Abdel le daba con su cinturón o, a falta de él, con sus puños.

Es que Gabriel tenía un secreto. Un secreto que solo su padre conocía. Y había amenazado a Gabriel con que si algún día llegaba a contarle esto a alguien, lo encerraría en el sótano. "Eres un bicho raro, un anormal", solía decirle. Y por esa razón, Gabriel jamás le había contado sobre su segunda habilidad, aunque no estaba seguro de si era un don o una maldición.

Cuando estuvo convencido de que su padre no entraría en su habitación, Gabriel exhaló el aire que había estado inconscientemente reteniendo. Suspiró. Las voces de los vecinos se escuchaban nítidamente, pero Gabriel no tenía necesidad de oírlas para saber qué estaba sucediendo en las casas que se encontraban a su alrededor. Sin esfuerzo alguno, supo que en la casa de la derecha una mujer estaba asustada y un hombre enfurecido. Al otro lado, tres niños intentaban quedarse dormidos con la angustia enredada en sus gargantas, y la madre los contemplaba con ansiedad. Abajo, en la calle, alguien experimentó una corriente de adrenalina. Otro tenía tanta hambre que no podía pensar en nada más. Gabriel sacudió su cabeza en un intento por apartar las sensaciones de su cuerpo, recorriendo la habita-

ción en busca de algo que lo distrajera. Desde que tenía memoria había podido sentir lo que los demás sentían, y a veces esto se volvía muy difícil. Había momentos en los que sus propios sentimientos se confundían tanto con los de las personas que lo rodeaban que no lograba distinguir los unos de los otros. Y había cosas que Gabriel definitivamente no quería sentir. Pero así como su poder para sanarse de cualquier herida, era algo que simplemente no podía controlar, la empatía, su segunda habilidad, también le resultaba incontrolable.

Sin saber bien por qué, Gabriel pensó en su madre. Últimamente había estado pensando mucho en ella, soñando con ella incluso. La madre de Gabriel había muerto pocos días después del nacimiento de Gabriel, hecho que Abdel solía recordarle cada vez que se encontraba de mal humor. A veces, Gabriel la extrañaba tanto que le parecía que su propia angustia terminaría por ahogarlo, y se preguntó cómo era posible echar de menos a alguien que nunca había conocido. Al menos nunca despierto. Y mientras pensaba en esto, un movimiento en la ventana llamó su atención. Se dio vuelta rápidamente. Sin saber bien por qué, el corazón comenzó a martillarle el pecho de nuevo y todos sus sentidos de alerta se dispararon. Había algo ahí. Justo debajo de su ventana. Se acercó

lentamente y miró hacia abajo. Dos grandes ojos color dorado lo observaron con sorpresa, y antes de poder ni siquiera formar un pensamiento en su cabeza, Gabriel fue expulsado de su ventana por dos manos suaves, pero increíblemente fuertes. Iba a gritar, sin embargo, las mismas manos se apretaron contra su boca y el grito quedó atrapado en su garganta. En ese mismo momento se escucharon los gritos de Abdel, que había entrado a la pieza de Gabriel.

—¡Dónde estás, maldito inútil! Ya verás cuando te encuentre. Ya verás, ya verás...

Y sonó un portazo en señal de que Abdel había dejado la pieza de Gabriel. Solo en ese momento las manos que aprisionaban su boca se soltaron, y a la luz de la luna Gabriel vio a una chica que parecía de su edad, pero al mismo tiempo muchísimo mayor que él. Tenía el cabello rojizo y una sonrisa misteriosa en los labios. Gabriel no podía apartar la vista de sus ojos, de un color tan inusual. Nunca había visto ojos color dorado, y cuando la luz de la luna se reflejó en los brazos de la chica, Gabriel pensó que su piel de color caramelo irradiaba como iluminada desde dentro. Jamás había visto a una criatura como la niña que estaba mirando en ese momento.

Sin darle tiempo para reaccionar, la chica le tomó la mano y le susurró "sígueme" con una voz

cantarina. Gabriel no dudó en hacerlo. Fugazmente, pensó que seguiría a esa niña a cualquier lugar del mundo. Así era en sus sueños al menos. Y esto tenía toda la apariencia de ser uno. La chica comenzó a correr en dirección al bosque que había atrás de la casa de Gabriel, y aunque debía tener miedo, no lo tuvo. Nunca había ido a ese bosque, porque había rumores y leyendas sobre ese lugar. Decían que estaba encantado, que la gente que ingresaba ahí desaparecía sin dejar rastro. Que en el lago que había en su centro habitaba el Trehuaco, un animal con apariencia de un gran perro de pelaje negro, que atraía a la gente con su canto hasta que morían ahogados. Que había duendes y criaturas de otros mundos, que era mejor no arriesgarse por esos lados. Gabriel, por supuesto, no creía en ninguna de las leyendas, pero aún así se mantenía alejado de él.

Después de algunos minutos, todavía corriendo, ingresaron al bosque. Gabriel quiso detenerse, pero la niña se volvió sonriente y le gritó:

—¡Ya falta poco, Gabriel!

Aunque siguió corriendo, Gabriel quedó como paralizado por la sorpresa. ¿Cómo sabía su nombre? Finalmente llegaron a un claro. Un pedazo del bosque sin árboles, que formaba un círculo. Y en el centro, una pequeña laguna.

Una vez que hubo recuperado el aliento, Gabriel se volvió hacia la extraña chica.

—¿Quién eres? ¿Por qué me has tirado de mi ventana y traído a este lugar? ¿Cómo has llegado a mi casa? ¿Y cómo sabes quién soy?

Ella lo miró divertida. Las preguntas se atragantaban en su boca, hasta que se dio cuenta de que estaba actuando como un niño. Por alguna extraña razón, no quería parecer infantil frente a la chica.

—Bueno —dijo ella luego que Gabriel guardara silencio—, partiendo por tu primera pregunta, mi nombre es Matilde.

Se detuvo unos segundos, como esperando algún tipo de reacción por parte de Gabriel, pero éste había enmudecido al escuchar su voz, que le pareció armónica, como si en vez de hablar, estuviera cantando una vieja melodía familiar. Al ver que Gabriel no reaccionaba, ella suspiró.

—Y te he tirado desde tu ventana porque si no lo hubiera hecho, tu padre habría entrado a tu pieza y en estos momentos tendrías la espalda llena de heridas. Dime, eso que casi acabo de presenciar, ¿es su comportamiento usual?

Matilde lo miró con preocupación y él le devolvió la mirada confundido.

—¿Cómo sabes...? —comenzó Gabriel.

—Las preguntas luego, ¿está bien? Te prometo que las responderé, pero contéstame esto ahora. ¿Ese es el comportamiento usual de Abdel?

—Sí —contestó Gabriel.

Matilde se mordió el labio.

—Esto no está bien. Se supone que debía cuidarte. Algo anda mal.

Gabriel la miró más confundido que nunca. Ella había empezado a pasearse distraída, como hablando consigo misma.

—¿Qué quieres decir con eso? No entiendo nada. Esto es un sueño, estoy seguro.

—No estás soñando. Perdóname. Debes tener la cabeza revuelta.

Matilde le tendió la mano y Gabriel se levantó. Lo guio hacia unas raíces grandes que se desprendían de un gran árbol, y se sentaron.

—Dime, Gabriel... ¿qué es lo que sabes sobre tu vida actual?

—No entiendo —contestó Gabriel, sin poder apartar la vista de ella, pero sin entender ni una palabra que salía de su boca.

—Tus poderes, por ejemplo. Tu empatía y tu habilidad de sanarte.

—¿Cómo sabes...?

—Las preguntas después, ¿bueno? Esto es importante, Gabriel, tengo que saber.

—No sé a qué te refieres en realidad. Digo, sí, puedo sanarme y sentir lo que los demás sienten, pero...

—¿Quieres decirme que no sabes... no sabes nada? ¿De nada? ¿Ni siquiera sobre tus ancestros? Gabriel la miró sorprendido.

—O sea que Abdel no te explicó nada. Y encima, te castiga bastante, por lo que veo. Sabía que no deberíamos haber confiado en él. Lo sabía.

—¿A qué te refieres con que mi padre...?

—Abdel no es tu padre.

Gabriel la miró con incredulidad. Claramente lo estaba confundiendo con alguien. Sin embargo, una pequeña parte de él sintió un profundo alivio al escuchar esas palabras. Como si hubiera estado esperando toda la vida que le confirmaran esa sensación.

—Esto debe ser muy difícil para ti —dijo Matilde, tomando una de sus manos. Con el contacto, Gabriel se estremeció, pero no de frío. Volvió a considerar la posibilidad de estar soñando.

—No estás soñando —le aseguró la chica—. A ver, cómo te lo pruebo. Ya sé.

Y tomó una rama seca del suelo. Cerró los ojos, y Gabriel observó impactado cómo la rama comenzó a florecer, cubriéndose de hojas verdes brillantes.

—¿Cómo puedes hacer eso?

—De la misma manera que tú te sanas. Yo también tengo... habilidades.

Se miraron un par de segundos en silencio.

—¿Quién eres? —preguntó Gabriel casi en un susurro.

Matilde lo miró en silencio. Gabriel sintió de pronto una profunda tristeza, y supo, como siempre lo sabía, que no era de él. Matilde estaba triste. Antes de que Gabriel pudiera preguntarle por qué, ella habló.

—Gabriel, te voy a decir algo que te puede asustar.

El corazón volvió a taladrarle el pecho. Tragó saliva.

—Tú... no perteneces a este mundo. Tu familia es casi tan antigua como la vida misma. ¿Sabes algo sobre los indígenas que estaban aquí antes de la Conquista?

—Sí... o sea, he escuchado las historias. Hay muchas aquí, ¿sabes? Pero hace mucho tiempo que no se ve a ninguno por la zona...

Gabriel no supo cómo terminar. Había rumores. Pero antes de poder terminar de responder, algo crujió muy cerca de ellos. Matilde desvió su mirada hacia el lago y se levantó alerta.

—¿Crees que saben que estamos aquí? —le preguntó a Gabriel en un susurro.

—¿Quiénes? —respondió el chico también en voz baja.

Pero Matilde no le contestó. Gabriel se levantó también. El miedo de la chica lo había contagiado, y en ese segundo deseó no haberse internado en el bosque maldito, o encantado, o lo que fuera. Pero antes de que pudiera plantearle la idea a Matilde, ella lo agarró de la mano y lo tiró en dirección a su casa. Corriendo salieron del bosque, cruzaron el terreno y volvieron a la ventana de Gabriel, quien jadeaba en busca de aire como la vez anterior. Ahora, sin embargo, los ojos color dorado de Matilde no lo miraron de forma divertida. Algo en la expresión de la chica le apretó el estómago a Gabriel.

—Tengo que irme. El comportamiento de Abdel y el que no sepas nada... tienen que saberlo. Volveré en cuanto pueda, ¿de acuerdo?

—Espera...

Pero un sonido proveniente de la casa interrumpió sus palabras y Gabriel desvió su vista hacia su pieza. Cuando se volvió a mirar a Matilde, la chica había desaparecido.

2. La guardiana

Nadia

Nadia despertó de pronto de un sueño profundo. Hacía días que tenía problemas para dormir, y la noche anterior había sido la primera en semanas en que había podido hacerlo varias horas seguidas. Hasta había soñado. Y eso sí que era algo. ¿Con qué había sido? Nadia fijó su vista en el techo, tratando de recordar los detalles. Había estado soñando, para variar, con el tarado de Gabriel. Porque Gabriel era un tarado, eso era un hecho.

Arrastrando los pies, Nadia salió de su cama. El espejo que tenía enfrente le devolvió una mirada desenfocada. Su pelo corto y negro estaba más desordenado que nunca, su piel estaba pálida y sus ojos verdes parecían opacos. Nadia suspiró y trató de arreglarse el pelo pensando aún en el sueño de la noche anterior. ¿Qué era lo que había soñado? Algo con un bosque y con magia. Con

una niña de ojos dorados. Gracias. Nada demasiado útil, y aun así, se suponía que los sueños serían una herramienta para cuidar a Gabriel. Como todo en este maldito mundo mortal, había sido completamente inútil. Otra de las promesas no cumplidas por los altos mandos de la Ciudad del Sol.

La Ciudad del Sol era el hogar de Nadia o, al menos, lo había sido hasta que fue llamada por los altos mandos. Era un lugar mágico, pensó Nadia, suspirando. Un lugar que ahora, después de tanto tiempo en este mundo, comenzaba a parecerse cada vez más a un sueño, o a un recuerdo tan lejano que a veces dudaba si habría sido real.

Nadia suspiró. Qué lata todo. Esta mañana la nostalgia por su antiguo hogar latía fuerte en sus venas, y la tristeza que la embargaba al pensar en cómo habían resultado las cosas todavía estaba en la superficie, lista para envolverla a la menor señal de debilidad.

No. No podía darse el lujo de ser débil. Nadia era una guerrera, o al menos se había estado entrenando en la ciudad, hasta que los altos mandos la mandaron a este lugar, a cuidar a Gabriel... Y ahora aquí estaba, exiliada en un mundo que se estaba acabando, condenada a hacer de guardiana de un idiota que había elegido escapar del reino que ella

tanto extrañaba. Sí, definitivamente, Gabriel era un tarado de primera.

También era su mejor amigo.

Nadia miró el reloj y lanzó un quejido. Tarde, otra vez. Había algo en el sueño de anoche, así es que debía ver a Gabriel. Solo por eso, se dijo mientras se vestía con lo primero que encontró. Los espirales que se revolvían en su estómago al pensar en ver a Gabriel no tenían que ver con nada más que su trabajo. Y quizás porque tenía hambre. Nada más.

Nadia se preguntó, mientras se arreglaba, por qué los altos mandos la habrían mandado a cuidar de Gabriel. Era una pregunta que frecuentemente rondaba por su cabeza, porque —tenía que admitirlo— ella había sido una de las mejores de su clase. Y si la habían enviado a ella, tenía que ser porque Gabriel era importante. Pero más allá de eso, no tenía idea. Al principio, había resentido ser alejada de su hogar para cuidar a un niño desconocido, pero a través de los años Nadia había encontrado en Gabriel algo más que un simple protegido. Y volvió a suspirar.

Avanzó lentamente por las atestadas calles de la pequeña ciudad tratando de ignorarlo todo. No podía evitar sentir que alguien le estrujaba el corazón al ver tanta miseria. Tanta, tanta gente sufriendo, tanta gente con hambre, dolor, tanta

soledad. Todavía no se acostumbraba. En la Ciudad del Sol no había nada así. Y no era necesario tener la habilidad empática de Gabriel para sentir la profunda desolación que habitaba en todas las personas de este país, probablemente de este mundo entero. Nadia se preguntó por enésima vez cuándo llegaría el día en que Gabriel por fin confiaría en ella lo suficiente como para confesarle sus poderes.

Pero antes de poder seguir dándoles vuelta a estos pensamientos que usualmente solo terminaban deprimiéndola más, algo en el aire cambió. Se dio cuenta de que estaba cerca de la casa de Gabriel, en la entrada del bosque. Había algo ahí que había dejado huellas. Magia. O algo parecido a ello. Nadia dudó unos instantes; las ganas de entrar al bosque a ver qué había sido luchaban contra las ansias de asegurarse de que Gabriel estaba bien. Así que después de todo, su sueño no había sido cualquier cosa. Y un tirón de adrenalina la despertó del estado de absoluto pesimismo con el que había despertado esa mañana. Prioridades, pensó Nadia alejándose del bosque y dirigiéndose a la ventana de Gabriel. La voz de Abdel se escuchaba tan nítida como si la hubiera tenido enfrente.

—¿Te puede saber dónde estabas anoche?
—preguntó la voz dura de Abdel. Nadia tuvo que

controlar ese tirón de rabia que la envolvía cada vez que escuchaba la voz de ese hombre, que ni siquiera era el verdadero padre de Gabriel. Una sanguijuela. Había intentado advertirles de la violencia de Abdel a los altos mandos tantas veces que ya no podía recordarlo, y las instrucciones siempre eran las mismas: esperar. Es que todos eran unos idiotas, francamente. La estupidez, al parecer, abundaba en ambos mundos.

—Estaba afuera —respondió Gabriel en un susurro, y la pena por el chico borró la rabia que hace un par de segundos latía dentro de Nadia.

—Afuera, ¿ah? ¿Afuera?

—Sí.

—Bueno, si tanto te gusta estar afuera —dijo Abdel—, entonces quizás un par de noches a la intemperie te hagan apreciar lo que tienes acá.

Hubo un momento de silencio. Nadia contenía el aliento, supuso que Gabriel también. Abdel era simplemente incomprensible, impredecible, lo que lo hacía mucho más peligroso aún.

—Papá... —dijo Gabriel, con la voz quebrada.

Y se escuchó otro de esos sonidos ahogados que torturaban los tímpanos de Nadia. Cerró los ojos por un momento tratando de contener las ganas locas de tirarse contra Abdel y cortarle la cabeza, y cuando los abrió se encontró con Gabriel.

—¡Nadia! Me asustaste.

Nadia recorrió el cuerpo de Gabriel en busca de una nueva cicatriz, pero ahí no había nada. Tenía una mirada distinta hoy, algo que no supo definir en ese momento. Nadia rápidamente entró en su habitual personaje.

—Bah, eso no es tan difícil. Eres una niña, Gabriel.

El chico lanzó una carcajada que no alcanzó a sus ojos, que permanecieron fríos.

—Más que tú, eso está claro.

Nadia le dio un codazo y Gabriel pretendió caer al suelo por el dolor. Ella no pudo evitar sonreír. Desde el suelo, Gabriel le devolvió la sonrisa.

—Vamos —dijo Nadia tirando de su mano.

—¿A dónde?

—Al bosque. Tú y yo tenemos que hablar, Gabriel.

Caminaron en silencio. Los espirales en el estómago de Nadia estaban más bailarines que nunca. Vértigo, sí. Eso era. Por fin, después de años y años le iba a decir la verdad. Por fin, por fin, iba a enterarse de quién era ella realmente. Qué era lo que estaba haciendo ahí.

—Nadia... —empezó Gabriel cuando entraron al bosque. Nadia conocía ese tono de voz.

—No, no, Gabriel —se adelantó ella, tomando velocidad. Había reconocido el rastro, los dejos de

la Ciudad del Sol—. Esta vez me toca hablar a mí.

—Tengo que contarte algo —dijo él, al parecer sin haberla escuchado—. Es algo sobre... mí.

Vaya, qué sorpresa, pensó Nadia sintiendo que esa nube negra que la acompañaba demasiado usualmente a todos lados, volvía a mostrar su cara. Siempre hablaban de Gabriel. Y debía ser así, se dijo ella. Los guardianes debían estar al servicio de sus protegidos. Ponerlos siempre antes que ellos mismos. Tenía que aprender esa maldita lección de una vez.

—¿Sí?

—Hay algo que no te he contado.

Hubo un momento de silencio. Nadia esperó, impaciente.

—Yo no soy... normal —se atrevió a asegurar Gabriel.

—Bueno, eso ya lo sabíamos hace tiempo —dijo Nadia con su usual voz de chiste, pero algo en ella se había paralizado. Esperó en silencio a que Gabriel ordenara sus pensamientos. Esa era una de las muchas cosas que tenían distintas. Ella era impulsiva, y decía lo que pensaba casi al instante de pensarlo. Y le había costado caro en el pasado. Otra cosa por aprender.

—Bueno, eh, no sé si me vas a creer, así que traje esto.

Gabriel sacó su cortaplumas del bolsillo. Abrió la navaja y presionó el filo sobre su piel. Nadia palideció un poco.

—No, Gabriel, no es necesario. Ya...

Pero Gabriel ya lo había hecho. Un fino tajo recorría su antebrazo, del color rojo brillante de la sangre que ya comenzaba a aparecer. Nadia sintió una oleada de náuseas al verlo. Pero antes de poder decir algo, la herida empezó a cerrarse hasta desaparecer por completo. De un momento a otro, el brazo de Gabriel quedó intacto. El chico la miró esperando alguna reacción por parte de Nadia. Pasaron un par de segundos en silencio. Y luego ella se largó a reír.

—¿Te parece gracioso? —le preguntó Gabriel, claramente irritado.

—Perdona —dijo Nadia tratando de contener la risa nerviosa que siempre aparecía en los peores momentos—. Es que pensé que iba a envejecer esperando que me lo contaras.

—¿Ya sabías?! ¡¿Por qué no dijiste nada?!

—¿Y por qué no me contaste nada tú? ¿No se supone que soy tu mejor amiga? ¿Ah?

Se miraron serios un largo momento, pero pronto Gabriel estalló en una involuntaria carcajada. Nadia le siguió. Siempre ganaba en este juego.

—Ahora, dejémonos de estupideces y vamos al

punto importante. ¿Qué pasó anoche? —preguntó Nadia, volviendo a caminar hacia donde el rastro le señalaba el camino, pero Gabriel volvió a detenerse.

—Qué, ¿me vas a decir que no solo sabes lo de mis lo-que-sea, sino que lo sabes todo?

—Sería una buena habilidad esa de saberlo todo —dijo Nadia, un poco nostálgica—. Pero no. Es que siento la huella de la magia aquí, o al menos de alguien con habilidades. Algo así, es difícil explicarlo. Cuéntame.

Mientras Gabriel le detallaba paso por paso los sucesos de la noche anterior, Nadia sintió ese tirón de adrenalina que solo se había anunciado antes. Así que era verdad. Por fin, después de tanto tiempo, había evidencias de que alguien con habilidades, un rasgo propio de la gente de Ciudad del Sol, había pasado por ahí. ¿Quién sería la chica? Bueno, eso no era importante. Al menos no por ahora.

—Esto lo cambia todo —le dijo a Gabriel cuando terminó de contarle la misteriosa desaparición de la chica tan linda, y Nadia tuvo que dejar en segundo plano la oleada de celos que la envolvió al escuchar la descripción de ella—. Tenemos trabajo por hacer.

Una vez más, no había podido hablarle de ella a Gabriel. Pero no importaba. Ya vendría el momento. Ahora, como siempre, lo importante era él.

3. Záhah y Tanok

Gabriel

Gabriel no entendía nada. Nadia no le había explicado nada antes de partir. Solo le había dicho que empacara un par de cosas y que se encontraran dentro de una hora en el lugar que Matilde le había enseñado. Luego, Nadia había desaparecido entre los árboles de manera muy similar a como lo había hecho Matilde la noche anterior. Gabriel no supo si fue porque estaba pensando en ella, pero de pronto creyó escuchar su voz, y una ola de emoción recorrió su cuerpo. Miedo.

—¡Gabriel!

Hubiera reconocido su voz en cualquier lugar, aunque le parecía recordarla de un sueño. Matilde. Y Gabriel no pudo evitar sonreír al pensar en la cantidad de sucesos que estaban ocurriendo bajo su ventana. Se asomó y ahí estaba ella, con sus ojos dorados ahora brillando como pequeños soles, a la luz del día.

—¿Matilde?

—Ayúdame a subir.

Las sensaciones que emanaban de Matilde volvieron a chocar contra Gabriel como una ola. Miedo, más que nada. Matilde estaba profundamente asustada. Antes de poder estirarle una mano para ayudarla a subir, la puerta de su pieza se abrió de golpe, y Abdel entró por ella. Gabriel retrocedió olvidando por un segundo a la niña bajo su ventana. Porque la expresión en la cara de su padre, o padrastro —Gabriel aún no podía estar seguro—, era simplemente aterradora. Abdel era alto, de piel blanca y ojos tan negros que parecían solo dos pupilas. Y hoy llevaba un pañuelo rojo sobre la frente, que en contraposición con su piel blanca, parecía casi sangre. Algo en ese pañuelo alrededor de su frente perturbó a Gabriel, casi tanto como su mirada.

—¿Gabriel? ¿Qué pasa?

El miedo de Matilde, o quizás de él mismo, ya no podía saber bien, comenzó a escalar por el cuerpo de Gabriel. Más que nada, fue cómo cambió la expresión de Abdel al escuchar la voz de la chica lo que hizo que su estómago se apretara de esa manera.

—Así que es verdad —habló Abdel, y a Gabriel le pareció que su voz había cambiado, se había

vuelto, de alguna extraña manera, menos humana.

Una brisa pasó por el brazo del chico y al volverse vio a Matilde a su lado, como si hubiera levitado hacia él. Las ramas del coihue que había junto a su ventana parecieron retirarse, como si hubieran sido dos brazos que habían levantado a la chica. Pero no tuvo tiempo de preguntarle cómo lo había hecho.

—Aprendiz —le susurró Matilde al oído, sin quitarle la vista a Abdel—, ten cuidado.

—¿Qué...?

Abdel esbozó una sonrisa que dejó helado a Gabriel. Sus ojos parecieron alargarse como dos ranuras, y su piel, siempre blanca, ahora parecía incluso brillante, como resbalosa. Matilde, sin quitarle la mirada, avanzó un paso y apuntó a Abdel con el dedo.

—¡Revélate, brujo!

Por un momento, Abdel pareció desconcertado, pero luego esa sonrisa, que mucho le recordaba a Gabriel a una gran reptil, volvió a aparecer en su cara. Lentamente, sin quitarle la mirada a Matilde, Abdel elevó sus manos a su cabeza, y se quitó el pañuelo rojo. Gabriel retrocedió por instinto. Como si fuera un grotesco tatuaje con relieve, una gran lagartija cubría la frente de Abdel. El cuerpo del reptil se había hundido levemente en la piel de

su frente, de manera que parecía una mezcla entre lagartija y sanguijuela. Asco y miedo, por parte de Matilde, inundaron también el cuerpo de Gabriel, que se sentía paralizado ante la visión de su padre.

—¿Un cherufe, aprendiz de brujo? —preguntó Matilde casi en un susurro, como hipnotizada ante la mirada de Abdel. Este lanzó una carcajada.

—Así es. Y pronto seré aún más poderoso que los simples brujos chilotes.

Matilde negó con la cabeza una y otra vez. Gabriel, por su parte, no entendía nada. Y absorto, paralizado, vio cómo la figura de Abdel comenzaba a cambiar ante sus ojos. Su cuerpo empezó a expandirse y la piel a volverse más dura, como una piedra blanca y resbalosa. Sus ojos terminaron de estirarse y un anillo amarillo rodeó el negro de sus pupilas. Y de pronto, calor, más calor del que hubiera podido imaginar, chocó contra los cuerpos de Gabriel y Matilde, de manera que tuvieron que retroceder hasta topar contra la ventana. En menos de un parpadeo, lo que tenía Gabriel ante sus ojos no era su padre, sino un ser mitad humano, mitad reptil, mitad... bueno, no había cómo más decirlo, mitad roca. Era algo que nunca había visto en su vida, ni hubiera podido imaginar. De su mano, aparentemente de la nada, el ser produjo una especie de roca caliente que lanzó contra los chicos.

Antes de poder reaccionar, Matilde tiró de él y cayeron por la ventana. Pero en vez de chocar contra la tierra dura, y probablemente quebrarse más de un hueso, lo que sintió Gabriel bajo sus pies fue algo blando, como si hubiera caído en barro o en arenas movedizas. Sin embargo, cuando miró sus piernas, estaban completamente secas.

—¡Corre! —le gritó Matilde tirando de su brazo y dirigiéndose al bosque. Miles de rocas calientes caían alrededor de ellos, y una finalmente chocó contra el brazo de Gabriel. Sintió una punzada de dolor al mismo tiempo que olor a carne quemada, pero inmediatamente su brazo comenzó a sanarse y segundos después la herida desapareció. Se internaron en el bosque, y Matilde se detuvo.

—¿Matilde, qué...? —preguntó Gabriel tratando de recuperar el aliento.

—Shhh.

Matilde tomó aire, y su expresión se volvió pura concentración. Una brisa apareció de pronto envolviendo a los chicos, y en menos de un minuto, grandes nubes aparecieron en el cielo. Gabriel abrió la boca para volver a preguntar algo, pero entonces la brisa se intensificó, y justo en el instante en que vio aparecer al cherufe tras de ellos, unas enormes gotas de agua comenzaron a caer del cielo. El cherufe gritó de dolor ante el contacto

con el agua. Cada gota parecía quemar el lugar en el cuerpo donde había caído, y después de un momento de vacilación, la tierra bajo sus pies se abrió y la criatura simplemente desapareció, como tragada por el suelo.

Luego de algunos segundos de silencio, donde solo se escuchaba la respiración entrecortada de Matilde, Gabriel preguntó:

—¿Está muerto?

—No sé. Los brujos representan todo lo que no es natural. La muerte, la violencia, lo antinatural. Por lo tanto, cualquier elemento que represente naturaleza y vida puede dañarlos. Pero los cherufes... los cherufes vienen del centro de los volcanes. Pertenecen a la naturaleza. Por eso nunca pensé que podrían ser brujos... eso lo cambia todo.

—No entiendo. ¿Cómo pueden ser parte de la naturaleza si uno de ellos acaba de intentar matarnos?

—Los cherufes no son buenos ni malos, Gabriel. Simplemente existen, como tantos elementos de la naturaleza. Y como todos, también tienen libre elección.

Matilde suspiró. Gabriel podía sentir por parte de ella miles de emociones que se sobreponían entre sí. Miedo. Confusión. Ira. Angustia.

—Vamos —dijo internándose en el bosque—.

Hay que salir de aquí. No sé si está muerto o si hay más. Pero créeme, la idea de un cherufe que pueda convertirse en aprendiz de brujo...

Matilde se estremeció.

—No entiendo nada —dijo Gabriel—. ¿Y a dónde quieres ir?

—Vamos a buscar a tu amiguita, Nadia. Si alguien puede explicar lo que está sucediendo aquí, es ella.

—¿Cómo sabes...? —comenzó a preguntar Gabriel.

Pero para variar, Matilde había desaparecido entre los árboles, y Gabriel apretó el paso para alcanzarla, con la cabeza anestesiada, como si estuviera viviendo un sueño o peor, una pesadilla.

Nadia

Nadia corrió entre los árboles ancestrales siguiendo la dirección instintivamente. Su cabeza daba vueltas. Pero de una cosa estaba segura: antes de tomar cualquier decisión, debía comunicarse con la Ciudad del Sol. Una corriente de

electricidad se deslizó por su nuca al pensar en que por fin, después de tanto tiempo, alguien de la ciudad había llegado hasta ahí. Quizás para llevarla de vuelta a casa, pensó Nadia, y algo parecido a la esperanza se removió en su estómago. Pero primero debía comunicarse con los altos mandos. Si no les entregaba noticias, lo pagaría, estaba segura.

Se detuvo cuando llegó a un claro, donde un pequeño lago se alzaba tan quieto que parecía una pintura. Nadia suspiró, y se acercó a la orilla. Con un solo dedo, tocó la superficie del agua, donde varias ondas comenzaron a surgir formando un perfecto círculo, que no se disolvió. Al cabo de lo que pareció, al menos para Nadia, un siglo, la superficie pasó del dorado intenso al transparente de nuevo, y cuando la chica miró en su interior, esta vez no fue su reflejo lo que le devolvió la mirada, sino la cara lisa y larga, y los ojos negros fríos de Záh, uno de los dos hermanos llamados los altos mandos de la ciudad.

—Záh —dijo Nadia haciendo una reverencia con la cabeza.

—Has tardado en comunicarte con nosotros, niña.

La voz del anciano era tan fría que parecía como si pudiera congelar la superficie del agua.

Nadia tragó saliva. Algo en estos dos hermanos le producía un nudo en el estómago.

—Lo siento. Es que no había nada que contar.

—¡Ah! Muchas veces te hemos dicho que eso lo decidimos nosotros.

—Lo siento —repitió Nadia—. Alguien de la ciudad estuvo aquí anoche. Quería saber si ustedes la habían enviado.

—¿Quién es? —preguntó Tanok, el hermano de Záh, casi gemelo, con la excepción del pelo. El de Záh, era amarillo, tanto que casi te quemaba la vista, mientras que el de Tanok era tan negro como sus ojos. Los ojos de ambos eran negros como las plumas de un cuervo, y su piel tan blanca, que parecía poco natural. Quizás se debía a que la mayoría de los habitantes de la ciudad, sin importar su raza, tenían un tono dorado en la piel producto de haber pasado tanto tiempo bajo el sol. Pero los gemelos tenían la piel blanca, con un tono enfermizo que siempre le había causado extrañeza a Nadia.

—Todavía no sé. Pensé que ustedes sabían.

Hubo un largo momento de silencio. Después de lo que a Nadia le pareció un siglo, Záh volvió a hablar.

—Matilde.

La cabeza de Nadia intentó buscar una cara para ese nombre.

—Esto es grave —aseguró Záh.

—Dinos algo, niña —ordenó Tanok, y Nadia tuvo que reprimir un escalofrío—. ¿Has sabido más sobre Gabriel?, ¿algo que no nos hayas contado?, ¿alguna habilidad, algún... recuerdo?

Nadia negó con la cabeza, sintiéndose sumamente culpable. No sabía bien por qué les estaba mintiendo, pero la verdad es que nunca les había contado que sí estaba enterada de las habilidades de Gabriel. Y por primera vez —y debemos decir que Nadia se sintió sumamente idiota al darse cuenta de que no lo había pensado antes— se preguntó si Gabriel no sería más de lo que les habían contado. ¿Era posible que Gabriel no fuera simplemente un hijo de la Ciudad del Sol que había huido, sino algo más? ¿Algo más importante?

—Quiero que la traigas lo antes posible. Debo asegurarme de que es efectivamente ella —dijo Tanok.

Pero antes de que Nadia pudiera responder, una piedra chocó contra la superficie del agua, haciendo que la imagen se disolviera en miles de ondas, para momentos después volver a la calma original.

—¡Traición! —gritó una voz a su espalda.

Nadia se dio vuelta para enfrentarse con la imagen de su mejor amigo junto a una niña pelirroja de ojos dorados y fulminantes, que sostenía una roca aparentemente en su dirección.

—No puede ser... —dijo Nadia, sin poder sacar la vista de Matilde—. O sea que Gabriel es...

—Sí —dijo Matilde.

Las dos chicas se miraron con chispas en los ojos. Y Nadia pudo ver de reojo el desconcierto en la cara de Gabriel. Solo que por primera vez no la hizo sonreír. Lejos de ello. Esta historia acababa de tomar un oscuro camino.



4. El Trehuaco

Nadia

Miles y miles de imágenes de su pasado en la Ciudad del Sol se peleaban por tomar protagonismo en la cabeza de Nadia. Su infancia, la primera parte de su adolescencia dentro de la ciudad y la eterna sensación de pertenecer a una clase, bueno, no había otra forma de decirlo, inferior. Existían tres familias que reinaban en la Ciudad del Sol, y la mayoría de los que pertenecían a la clase de elite eran amigos o familiares de aquellas familias. Nadia venía de la gente del Valle de las Sombras. Nunca había pertenecido a la elite de la ciudad, porque la gente del valle siempre había sido mirada en menos, o considerada diferente. Y siempre había sido así para ella, hasta que se metió a la guardia. Y fue feliz, al menos hasta que duró. Hasta que, aparentemente, la mandaron a cuidar a uno de sus herederos. Es que era insólito. Con la aparición de Matilde,

miles de piezas de este gran puzzle que había sido ser la guardiana de Gabriel finalmente comenzaban a tomar forma. Pero no podía ser posible que Gabriel fuera en realidad ese Gabriel. ¿Por qué mandarla a ella a cuidarlo? Por favor, no tenía sentido. Simplemente no lo tenía.

—O sea que eres tú, has sido tú todo este tiempo —le dijo Matilde, sin soltar la roca de su mano.

—¿Yo qué? —preguntó Nadia, y no pudo evitar la nota de pánico que había en su voz.

—¡Tú raptaste a Gabriel! ¡Y lo has mantenido en secreto en este mundo durante todo este tiempo!

—¡No!

—¿Me pueden explicar de qué están hablando? —interrumpió Gabriel, y Nadia olvidó todo durante un instante al ver su cara tan pálida.

—Gabriel, ¿estás bien? —dijo Nadia, ignorando la pregunta.

—No.

Hubo un momento de silencio sumamente incómodo en el cual tanto Nadia como Matilde hicieron además de acercarse a consolar a Gabriel. Nadia suspiró.

—Gabriel, ¿puedo hablar contigo? ¿Solos? —agregó evitando la mirada fulminante de Matilde.

Gabriel, más pálido que nunca, asintió con la

cabeza, y de reojo vio que Matilde aún sostenía la piedra en sus manos. Tragando saliva, Nadia tomó a Gabriel del brazo, alejándose de Matilde por la orilla del lago.

Gabriel

—Mi padre está muerto, Nadia —fue lo primero que pudo articular Gabriel.

Hubo un momento de silencio. Una corriente de viento salió de la nada y Gabriel volvió a cerrar los ojos, tratando de concentrarse solo en eso: la sensación del viento en su cara y el calor del sol sobre su piel. Si abría los ojos el mundo empezaba a dar vueltas, pero si los mantenía así, cerrados, podía sentirse un poco bajo control. Como si todo estuviera bien. Como si la realidad no hubiera cambiado. Como si fuera un día cualquiera, afuera, conversando con Nadia. Nada más.

—Abdel no era...

—No era mi padre. Sí, me lo han dicho. Sabes que no importa.

—Lo sé.

¿Pero cuánto sabría, realmente, Nadia? ¿Podría explicarle, por ejemplo, por qué Abdel se había convertido en una especie de, de, algo? ¿Algo no humano? ¿Sería ella también otra cosa? ¿Y Matilde, la niña de los ojos dorados? ¿Y él mismo?

—Gabriel.

La voz de Nadia era familiaridad absoluta, y por un momento deseó que pudiera continuar siendo solo eso.

—Oye, por qué no, eh, no sé, ¿vamos a dar una vuelta? El aire frío y el ejercicio, y estar haciendo algo con las piernas, puede aportar un poco, ¿o no?

Gabriel no pudo evitar sonreír. Tomó otra bocanada de aire, y asintió. Caminaron en silencio durante un rato, hasta que se sentaron a la orilla del lago.

—¿Alguna vez creíste eso de que adentro vive el, como se llama, Trehuaco?

Gabriel se preguntó si, ya que ese día había estado lleno de confesiones y personajes extraños, no valdría la pena confesarlo todo.

—Sí. De hecho, Nadia... no sé por qué no te lo dije antes, pero lo he visto.

Nadia alzó las cejas.

—Es en serio. No creo en eso de que atraiga a gente para ahogarla o lo que sea, pero sí. Lo he visto con mis propios ojos. Al menos supongo que

era él. Quizás era solo un perro, pero no creo que todos los perros tengan ojos ni altura como ese.

—¿De qué estás hablando? ¿Te sientes mal todavía, Gabriel?

—No. Te estoy diciendo que ese animal, ese perro de casi dos metros de altura, de pelaje negro y ojos amarillos, existe y lo sé porque me ha visitado todas las noches desde hace un año ya.

Nadia no habló durante un rato. Gabriel se preguntó si pensaría que estaba loco, o algo, pero cuando trató de percibir lo que ella estaba sintiendo, no se encontró con una sensación de escepticismo, sino de curiosidad.

—Me pregunto si será de la Ciudad del Sol. Hay algunos que pueden cambiar sus apariencias, pero nunca había escuchado de alguien que pudiera transformarse en un animal.

—¿Es una broma? ¿Realmente me estás hablando de ese lugar como si yo supiera algo de él? ¿Y que hay gente que cambia formas? ¿Qué más, por favor? Qué, ¿ahora van a aparecer vampiros? ¿Hombres lobo? ¿Que, las hadas, el Viejito Pascueiro existen y son mis parientes o algo? Te juro, me siento como en una de esas pesadillas en las que todos son distintos, y, y, no sé.

Gabriel nunca se había sentido así. La realidad había cambiado de forma tan radical, tan absurda,

que sentía que algo en él iba a explotar. Y Abdel, y el viejo, y Nadia misma. Es que esto simplemente no podía ser real.

—Lo siento, Gabriel. No puedo imaginar lo que esto debe ser para ti.

Estaban solo a metros del lago y el agua permanecía tan calmada que parecía un espejo. Gabriel se dedicó a sentir el viento sobre su cara y a mirar el lago, y las montañas que se veían a la distancia. A inspirar ese olor a pino que de alguna manera llegaba hasta él, y se preguntó si sería obra de Matilde que este lugar de pronto tuviera vida. Todavía estaba alucinado ante la visión de las ramas y las flores que revivían bajo sus manos. Nadia había hablado de otras personas que también tenían habilidades o lo que sea en la tal llamada Ciudad del Sol. Él también tenía estas cosas raras. Y se preguntó si sería por la misma razón.

—Esta ciudad de la que hablas. ¿Yo... vengo de allá? ¿Pertenezco a ese lugar y por eso tengo estas habilidades o lo que sea?

—Sí.

—¿Pero cómo es posible? He vivido toda mi vida en este mismo pueblo. No tengo absolutamente ningún recuerdo de haber estado ahí.

—Eso es porque usaste la reencarnación para

venir a este lugar. Hay dos formas de acceder al mundo mortal. Tú elegiste volver a nacer aquí. Solo se puede hacer aquí, ¿sabes? Eso de empezar de nuevo, con cero recuerdos de tu vida pasada.

—O sea que... ¿yo elegí no recordar nada de mi vida en la Ciudad del Sol? ¿Por qué?

—Eso no lo sé. Yo tampoco lo entiendo.

Hubo otro momento de silencio. A Gabriel le pareció que algo se movía en el agua. Se habían comenzado a formar pequeñas ondas sobre la superficie.

—¿Y tú? Supongo que también eres de allá.

—Sí.

—Pero tú sí tienes recuerdos.

—Sí.

—¿Cómo puede ser?

—Yo no elegí reencarnarme. De hecho, ni siquiera elegí estar aquí. Me mandaron. No tuve otra opción. Y lo hice cruzando el umbral.

—¿Qué umbral?

—Hay una puerta que conecta a este mundo con la Ciudad del Sol. Bueno, hay otras cosas que lo conectan, como el mar, por ejemplo. El agua, en general, es un muy buen conductor. Pero es más difícil y tienes que pasar por las Cavernas de las Sombras y luego pedirle a Millalobos permiso, y sus tres hijos son unos malditos mimados que

generalmente se encaprichan con la gente linda y terminan debajo del mar. No, la mejor manera era por la puerta; no sé por qué dicen que los acertijos son tan difíciles. En fin.

Gabriel se la quedó mirando incrédulo. La rabia volvió a apoderarse de él. Era reconfortante, en cierta medida, poder estar enojado frente a algo concreto.

—¿Es una broma? Sabes bien que no entendí nada de lo que dijiste. No, es que eres insoportable, Nadia. Qué, ¿estás disfrutando de este poder que tienes en este minuto sobre mí?

—¿Qué? ¡No! ¿De qué estás hablando, Gabriel?

—De esto. De todo esto. Es simplemente imposible.

—Perdona. Es que he estado esperando tanto tiempo contarte todo esto que supongo que...

—¿Por qué nunca me dijiste? Pensé que éramos amigos.

—¡Lo somos!

—Eso pensé.

Gabriel sabía que estaba hiriendo a Nadia, porque la conocía bien. Pero había algo de reconfortante en hacerla sentir mal, aunque fuera una décima parte de lo que él estaba sintiendo. Además, se sentía traicionado por Nadia. Era su mejor

amiga, después de todo. Y todos estos años había estado mintiéndole. ¿Cuánto más fácil habría sido lidiar con el hecho de que era diferente si ella le hubiera explicado por qué?

Pero antes de poder preguntarle, el agua volvió a moverse, esta vez creando grandes ondas que comenzaban en el centro, y que llevaban a la orilla como pequeñas olas. El miedo de Nadia lo contagió, aunque no lo sentía verdaderamente, y él también empezó a retroceder. Nadia le tomó el brazo.

—¿El Trehuaco, crees tú? —le preguntó en un susurro—. No me extrañaría en un día como este.

Gabriel no alcanzó a responder, porque efectivamente en ese momento apareció la cabeza del gran perro negro, seguido de su cuerpo, que llegaba hasta la altura de Gabriel. El perro salió caminando del agua, como si fuera normal que los perros vivieran debajo de un lago. El animal los miró un momento y Nadia apretó la mano en el brazo de Gabriel proyectando su miedo tan intensamente que su propio corazón comenzó a latir con más fuerza. El perro se detuvo cuando ya estaba fuera del agua, y para sorpresa de Gabriel, se sacudió el pelaje, soltando gotas de agua por todas partes, abrió la boca y esbozó lo que

Gabriel hubiera jurado era una sonrisa.

—No te confíes —dijo Nadia en un susurro.

El perro la miró, al parecer, curioso. Y luego enfocó su mirada en Gabriel. Y en menos de un parpadeo, el gran animal se abalanzó sobre él. Nadia soltó un grito, pero cuando Gabriel pensaba que el perro iba a abrir su gran boca y morderlo, lo único que hizo fue sacar la lengua y darle un gran lengüetazo, que dejó la cara de Gabriel llena de saliva. A Nadia solo la olfateó, y un pequeño gruñido escapó de su garganta. La niña retrocedió, pero Gabriel se quedó ahí, mirando al perro como hipnotizado. Porque claro que lo reconocía. Era el mismo perro que, noche tras noche, iba a visitarlo a su ventana. Todas las noches se quedaba ahí, mirándolo, como tratando de decirle algo. O de buscarlo. Gabriel había tenido sueños en donde el Trehuaco venía a buscarlo para llevarlo a otro lado, como la muerte misma. Sin embargo, por alguna extraña razón, el gran perro negro nunca le había dado miedo. Había algo en sus ojos, algo familiar, algo más allá de la mirada de un simple perro, por muy mitológico que fuera.

El Trehuaco volvió a mirarlo como esperando algo, como queriendo decirle algo que, hasta este momento, Gabriel no había podido comprender.

Pero ahora, bajo la luz del sol y no de la luna, Gabriel de pronto supo que lo que la criatura quería decirle era simplemente que algo sucedía con él. Algo que Gabriel podría curar. Se acercó aún más al perro, que gimió, hincando solo las dos patas delanteras en la tierra, de manera que su gran cola parecía una bizarra pluma negra de un pavo real. Gabriel tocó la cabeza del perro. Al principio no pasó nada, a excepción de otro gemido del gran perro, pero de pronto Gabriel pudo ver dentro de su mente al interior de la criatura que tenía enfrente. Más allá del cuerpo del gran Trehuaco, una pequeña luz comenzó a hacerse cada vez más intensa, y cuando parecía como una bola de energía a punto de explotar, Gabriel vio a un chico de más o menos su edad. Su piel era morena y sus rasgos indígenas, aunque sus ojos eran igual de dorados que los de Matilde. Y algo en él, le resultó tan familiar que Gabriel retrocedió, impactado tanto por la imagen del chico como por la esfera de energía que se había formado entre ellos.

—¿Pero qué...? —empezó Nadia, con pánico en su voz.

Ella se dio vuelta de inmediato, y Gabriel entendió que era porque el chico, a pesar de mirarlo sonriente, estaba completamente desnudo.

—¿Gabriel? —dijo el chico en lo que fue casi un ladrido. Se aclaró la garganta varias veces, y volvió a sonreírle. Por alguna razón, algo en él seguía resultándole familiar, como de un sueño que hubiera tenido muchas veces en su vida.

—Eh, sí.

—¡Sí! ¿Y entiendes lo que te digo? O sea, obvio, claro, si no, no habrías respondido. ¡Rompieste el mal de ojo!

—¿Mal de ojo? —repitió Gabriel.

—Sí, sí, claro. Digo, tiene que ser eso, o un maleficio, trabajo de brujo chilote, está claro. Solo ellos tienen esta clase de poderes. Uno de ellos me debe haber transformado. No digo que no me guste ser perro, ¿ah? —le aclaró rápidamente, como si Gabriel le hubiera dicho lo contrario—, pero eso de no poder hablar con nadie, no sé, no va conmigo, ¿sabes?

—Eh, no. No sé quién eres. O qué eres.

El chico lo miró por un segundo, pensativo.

—Y a propósito —le dijo Gabriel— no sé si te diste cuenta, pero no tienes ropa puesta.

El chico miró su cuerpo y se encogió de hombros.

—¿Y qué esperabas? ¿Que el cambio de criatura sobrenatural a humano viniera con un set de ropa? No soy una muñequita de porcelana.

—Claramente. Pero deberías saber: las muñecas de porcelana ya no existen, a menos que seas, no sé, un asesino en serie que las colecciona, o algo por el estilo.

El chico sonrió.

—De donde yo vengo, las muñecas de porcelana son adoradas como diosas y dan consejos a los que son capaces de escucharlas telepáticamente.

—¿En serio?

—Eh, no. Sigues igual de crédulo, Gabriel. Es... reconfortante.

—Ah, por favor —dijo Nadia en un gruñido, y se acercó a Gabriel, sacándole a la fuerza su poleón y dirigiéndose hacia el chico—. Toma. Póntelo alrededor de la cintura o algo.

—Gracias.

El chico se lo amarró torpemente en la cintura, y Gabriel tuvo que contener una carcajada al ver que su trasero quedaba completamente expuesto. Hubo un momento de silencio incómodo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó finalmente Nadia.

—Me llamo Bruno. Pero la pregunta es quién eres tú. Claramente, no eres de aquí.

—Yo me llamo Nadia. Y ya sé quién eres.

—Nadia... —Bruno la miró un momento y Gabriel se sintió irracionalmente excluido. Algo en

cómo se miraron lo hizo sentir fuera de lugar—. Me pareces familiar. Seguramente nos conocimos al otro lado, ¿no?

—Puede ser.

—¿Y qué haces acá?

—¿Qué haces tú acá?

—Yo —dijo Bruno, ahora con la sonrisa completamente fuera de su rostro— vine a buscar a Gabriel, obviamente. La pregunta es quién eres tú y por qué estás aquí con él.

—Soy su guardiana.

Hubo otro momento de silencio que pareció extenderse por horas. Gabriel miró a Nadia, completamente confundido. ¿Guardiana?

—Imposible —dijo finalmente Bruno—. Nadie sabía dónde estaba Gabriel hasta hace poco. O no tanto, no sé, el tiempo acá corre distinto, ya sabes. Pero es reciente. Antes, todos pensaban que estaba muerto. A menos que... a menos que... ¡a menos que trabajas para ellos!

—No sé a quiénes te refieres.

—Me refiero a los altos mandos. ¿Trabajas para ellos?

Hubo un momento de silencio y una oleada de nervios que venía de Nadia le pegó repentinamente. Gabriel la miró, y vio que había palidecido. Se preguntó por qué.

—Sí.

Hubo otro momento de silencio, y ahora Gabriel sintió rabia, y con sorpresa se dio cuenta de que venía del chico que hace menos de cinco minutos había estado sonriéndole como si fueran viejos amigos.

—¿Me vas a decir que una simple niña ha sido la culpable de la desaparición del tercer heredero del trono de la Ciudad del Sol? ¡Esto es traición!

Gabriel pudo jurar que escuchó un gruñido salir de la garganta de Bruno y el miedo de Nadia se intensificó, igual que el suyo.

—¡Espera! —gritó Gabriel, adelantándose—. Nadia no es mala. No sé qué es esto, pero eso puedo asegurarlo. Tú dices que me conoces, ¿no?

Bruno se detuvo a mirar a Gabriel, como si lo hubiera hipnotizado.

—Obviamente. Somos amigos, Gabriel. Lo hemos sido toda la vida.

Gabriel supo instintivamente que Bruno decía la verdad.

—No lo recuerdo —dijo, tratando de entender cómo manejar esta situación. Nadia se mantenía callada detrás de él, todavía con el miedo latente.

—No, supuse que no —agregó Bruno, dejando su posición defensiva, y miró a Nadia, todavía con recelo—. Reencarnación.

—Sí, de eso me estoy enterando.

—Qué, ¿me vas a decir que no sabes nada?
—preguntó, pero no lo miró a él, sino nuevamente a Nadia.

—No —dijo ella con una voz que fue solo un poco más alta que un susurro—. Hasta hoy, nunca supe que Gabriel era ese Gabriel. Sabes que se ve distinto aquí. Nunca me dijeron.

—No puede ser.

—Solo nos enteramos porque Matilde llegó, apenas ayer.

—¿Matilde está aquí?

Gabriel sintió como si una bola de emoción chocara contra él. Al escuchar el nombre de Matilde, Bruno sintió expectación, nervios, felicidad, tensión y miedo. Gabriel por alguna razón se estaba volviendo bueno en distinguirlos, separarlos. Y algo en ese abanico de emociones molestó a Gabriel.

—Sí —contestó una voz musical a su espalda, y Gabriel se dio vuelta para ver cómo Matilde los alcanzaba.

Antes de poder decir algo más, Bruno y Matilde, sonrientes, corrieron a abrazarse, como si fueran los amigos más antiguos del mundo. Gabriel, sin entender por qué, sintió una punzada de celos, aunque no supo si fue por Bruno, Matilde o simplemente por el lazo que, con solo unos segundos de verlos, era obvio que los unía.

Después de un instante de silencio, en el que los cuatro chicos simplemente se miraron sin saber qué decir, Gabriel volvió a preguntar:

—¿Alguien me va a explicar lo que está pasando?

—Sí —dijo Matilde—, pero no aquí. Tenemos que encontrar un lugar seguro donde hablar.

—Podemos ir a mi casa —propuso Nadia. Todos se volvieron a mirarla.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Matilde, con una voz mucho más dura de lo que Gabriel le había escuchado. Nadia tragó saliva.

—Me llamo Nadia.

—Ya, gracias —contestó Matilde—, pero tu nombre no es lo que estamos preguntando. ¿Quién eres y qué haces aquí?

—Contó que estaba trabajando para los altos mandos —agregó Bruno, sin mirarla.

—O sea que es cierto, y eres parte del complot para ocultar a Gabriel.

—¡No! —gritó Nadia—. Yo no sabía quién era. Hasta hoy, solo pensé que era una simple reencarnación de un chico cualquiera de la Ciudad del Sol.

—Explícate —exigió Matilde.

Gabriel y Bruno se miraron, y Gabriel no pudo evitar corresponder a la semisonrisa que había en la cara del chico.

—Miren —dijo Nadia—, yo estaba siendo entrenada para ser de la guardia, cuando me mandaron al mundo mortal para cuidar a un supuesto ciudadano que había elegido la reencarnación. Me dijeron que era un trabajador de minas que se había ganado una segunda vida o algo por el estilo. Y nada, he estado con él hace tiempo ya. Yo llegué cuando él tenía como 10 años mortales, y fui creciendo junto con él, y lo he vigilado todo este tiempo.

—¿Los altos mandos te mandaron a cuidarlo? —preguntó Bruno, con sospecha en la voz. Gabriel no sabía ni siquiera qué eran estos altos mandos.

—Sí, pero nunca me mencionaron que era Gabriel. O sea, ese Gabriel. Ni siquiera sabía que había desaparecido.

—¿De qué estás hablando? —dijo por fin Gabriel—. ¿Qué Gabriel? ¿Qué son los altos mandos? ¿Alguien me va a explicar qué está pasando?

Las dos chicas y Bruno lo miraron con la misma expresión en sus caras. Matilde suspiró.

—Te contaremos todo cuando llegemos a un lugar seguro. El problema es, ¿podemos confiar en ella?

—Sí —dijo Gabriel, inmediatamente y Nadia le sonrió por primera vez desde esta mañana—. Nadia es mi mejor amiga. Es la persona en quien más confío en este mundo.

—Bueno, la palabra clave es este mundo —agregó Matilde, con ese tono frío con el cual le había hablado antes a Nadia—. Y yo confío en ti, Gabriel. Vamos.

5. Inti

Nadia

Nadia vio a los chicos alejarse, pero ella estaba paralizada. La visión de Bruno la había dejado en una sola pieza. Claro, todos cambiaban un poco cuando cruzaban a este mundo, por eso no los había reconocido. Pero ella sabía bien quién era Bruno. Y ahora, por fin, sabía quién era Gabriel.

Gabriel, Matilde y Bruno eran los herederos de las tres antiguas familias que habían fundado la Ciudad del Sol. La leyenda decía que un barco que procedía de España en la época de la Conquista, navegado por un grupo de piratas, o más bien, gente que no pertenecía a ningún lado y de todas las razas, tras una gran tormenta habían dado con uno de los umbrales que daban a la Ciudad del Sol. En ella encontraron un lugar que algunos, los más religiosos, llamaron el paraíso perdido, o el cielo en la tierra. Muchas eran las creencias y reli-

giones de la gran tripulación, ya que todos venían de distintos lugares. Y por eso, la Ciudad del Sol se fundó bajo la creencia de que la diversidad, la diferencia de cultos, opiniones, color de piel o personalidad serían los elementos constituyentes del lugar. Y por sobre todas las creencias particulares y colectivas, siempre primó la certeza de que todos somos criaturas del sol.

Solo que últimamente... algo iba mal. Esa tolerancia que había sido la base de la sociedad del Sol había ido desapareciendo y la gente parecía menos iluminada, como si sombras invisibles se hubieran apoderado de ellos. De pronto, cualquier ser que no perteneciera a la Ciudad del Sol era un enemigo, particularmente los que venían del mundo mortal. Así fue como se cerraron todos los portales hacia la ciudad, excepto uno, custodiado ahora por una criatura mitológica que, decían, rara vez concedía el paso. Y poco después, la discriminación ya no era solo hacia gente externa, sino también entre ellos. Y los primeros en convertirse en los nuevos enemigos fueron la gente del Valle de las Sombras. El lugar donde Nadia había nacido. Se preguntó qué debería hacer. ¿Volver a contactar a los altos mandos? ¿Pero qué significaba eso del complot para esconder a Gabriel? Era imposible, pero algo se revolvió en el estómago de Nadia, y una pequeña parte de

ella comenzaba a entender que había sido solo una marioneta de los altos mandos. Con el estómago apretado, corrió hasta alcanzar a los demás.

La casa de Nadia quedaba medianamente cerca de la de Gabriel, pero la de ella estaba más internada en el bosque. La familiaridad de árboles, los distintos tonos de verde y textura de las hojas, el olor a pino, coihue, alerce y roble calmaron un poco sus nervios. Aun así, no podía evitar sentirse como la tercera rueda en este grupo de herederos que nada tenían que ver con ella. Gabriel, hasta esta mañana, había sido su mejor amigo, la persona que más la conocía... pero ahora, entre Bruno y Matilde, y sabiendo quién realmente era, parecía un completo extraño. Perdida en sus pensamientos, no se dio cuenta cuando Bruno y Matilde se quedaron un poco atrás, aparentemente envueltos en una especie de reencuentro, y Gabriel se adelantó para hablar con ella.

—¿Por qué me mentiste tanto? —le dijo—. ¿Por qué nunca me contaste nada de esto? De verdad, pensé que eras mi amiga.

Nadia sintió como si las palabras de Gabriel pudieran proporcionarle verdadero dolor.

—Lo somos, Gabriel. No podía decirte. En serio, quería, pero tenía órdenes expresas de no hacerlo. Después de todo fuiste tú el que eligió

reencarnarse y empezar de nuevo y todo eso. Hay reglas sobre esos casos. ¿No lo entiendes? Ni siquiera me habías contado que tenías habilidades, aunque yo ya me había dado cuenta. Pero no sabía quién eras, allá, en la Ciudad del Sol.

—¿Alguien me va a decir qué se supone que es ese lugar y por qué al parecer soy importante en él?

Se detuvieron frente a la casa de Nadia, y Matilde y Bruno los alcanzaron. La casa de Nadia era pequeña, con dos piezas, un baño y una diminuta sala de estar. Se la había proporcionado Záh cuando llegó a este mundo, y siempre había estado equipada para cualquiera de sus necesidades, como si la casa misma estuviera viva y cuidando de Nadia, aun cuando era una niña, al menos en este mundo. Se preguntó si la casa sería tan servicial ahora, que sabía la verdad.

—Bien —concluyó Matilde, después de observarla casi con ojo clínico—. Esto servirá. Voy a pedirles a los árboles que nos protejan, y luego podemos hablar.

—Mira esto —le dijo Bruno a Gabriel en un murmullo—. Es increíble.

Matilde comenzó a rodear la casa, susurrándoles a las pequeñas plantitas, arbustos y ramas secas que se encontraban alrededor. Gabriel vio

alucinado cómo empezaban a crecer las ramas, las plantas, las hojas alrededor de la casa, y a taparla de alguna manera, como enredaderas que se sujetaron a las paredes. Cuando terminó, la casa parecía un árbol gigante, y Matilde sonrió.

—Creo que con esto basta. Los humanos normales no deberían ser capaces de entrar, aunque la vieran.

—¿Todos tienen poderes en la Ciudad del Sol? —preguntó Gabriel.

—No —contestaron tres voces a la vez.

En ese momento, el viento cobró fuerza, y al alzar la vista, Nadia vio que el cielo se había llenado de nubes negras. Un frío salido de la nada los envolvió, y entraron a la casa. El viento estaba haciendo ese sonido que parecía imitar a los fantasmas cuando se colaba por las filtraciones de la ventana, y Gabriel se estremeció. Matilde se acercó a él.

—Va a estar todo bien, Gabriel —le aseguró con esa voz cantarina, y Nadia tuvo que desviar la vista de ellos.

Prendió las luces y vio que junto a la chimenea había troncos secos. Sonrió. La casa no la había abandonado todavía. Prendió la chimenea rápidamente, y el fuego le dio un resplandor rojizo a la pequeña habitación. En ese momento, el estómago de Bruno dio un largo gruñido, y solo entonces

Nadia se dio cuenta de la apariencia del chico. Había roto el cuello del polerón y ahora lo estaba usando como una especie de falda, y Nadia no pudo evitar sonreír al ver lo ridículo de su aspecto. Además, parecía como si no hubiera comido ni dormido por días, y algo en Nadia se enterneció un poco al verlo.

—En la pieza del fondo hay ropa, a menos que este sea tu estilo —le dijo a Bruno, que le sonrió.

—No particularmente. Aunque no me malinterpretés, estoy suficientemente seguro de mi masculinidad.

Y se fue hinchando el pecho y pavoneándose por el pasillo, ante lo cual tanto Nadia como Matilde y Gabriel se largaron a reír. Luego de un momento se hizo un silencio incómodo, y Nadia carraspeó la garganta.

—Voy a ver qué encuentro en la cocina —dijo, y salió de la habitación.

Sonrió al ver que en la despensa había suficiente comida como para alimentar a un ejército, y sospechó que la necesitaría. Nadia nunca había sido una buena cocinera, pero sí sabía hacer lo básico, así que se puso manos a la obra. Pero pocos momentos después se dio cuenta de que Bruno se le había unido.

—¿Qué haces? —le preguntó, con un tono un poco más brusco de lo que hubiera querido. Bruno la ponía nerviosa y eso le daba rabia, porque los nervios eran una debilidad.

—Cocino —dijo él, sin inmutarse, y para sorpresa de Nadia, se manejaba mucho mejor que ella en asuntos de cocina.

Solo entonces Nadia tuvo tiempo de observarlo. Bruno se había puesto jeans y una polera de manga larga blanca. Su piel era color caramelo, como alguien que ha pasado tiempo bajo el sol, y tenía rasgos indígenas en su cara, mezclados con otra cosa, que lo hacía parecer exótico, como un joven emperador de otros tiempos. Su pelo negro como el pelaje del perro que había sido estaba desordenado, y sus ojos, de un dorado más parecido a la miel, estaban enfocados en la preparación de la comida. Era guapo, concluyó Nadia, y sin poder evitarlo, recordó esa escena tantos años atrás ya, en la Ciudad del Sol, antes de integrarse a la guardia, cuando lo conoció. Por supuesto, se dijo, no se acuerda de mí. Suspiró, y Bruno la miró con curiosidad. Ahora en su semblante no había nada más que ese aspecto casual que siempre tenía.

—¿Y tienes habilidades, Bruno? —preguntó Nadia de pronto, nerviosa.

—Claro, creo ilusiones —dijo Bruno, sirviendo ahora los platos. Nadia se dio cuenta, un poco avergonzada, de que no había hecho mucho más que hervir agua y observarlo.

—¿Creas ilusiones? ¿Esa es tu habilidad?

—Sí. O sea, en este mundo no funcionan como en la ciudad, ya sabes. ¿Qué tal andan las tuyas?

Nadia desvió la mirada. Además de las técnicas adquiridas en la guardia, no se le había presentado ninguna habilidad, ni aquí ni en la ciudad. Y por eso había tenido que dejar su hogar. Tragó saliva, y antes de poder inventar algo que decir, entraron a la salita y la atención de Bruno recayó en los demás, olvidando que estaba conversando con ella. Ninguna novedad ahí, se dijo Nadia. Estaba acostumbrada a ser invisible.

Gabriel

Comieron en silencio. Gabriel no se había dado cuenta de lo hambriento que estaba hasta que probó el primer bocado, y devoró el resto de la comida preparada por Bruno y Nadia. Por fin, cuando comieron todo lo que había en la mesa, Gabriel habló.

—Bueno, ¿alguien me va a decir qué es la Ciudad del Sol?

Matilde, Bruno y Nadia se miraron en silencio. Fue Matilde quien le contestó.

—El lugar de donde venimos, los cuatro que estamos aquí, ha existido por siglos, y ha sido llamado con muchos nombres. La Ciudad Dorada, El Dorado, la Ciudad del Sol. Aquí me parece que la llaman la Ciudad de los Césares. Como todo lugar mítico, se ha nombrado de muchas maneras, pero es siempre la misma.

—La Ciudad de los Césares... —repitió Gabriel, recordando algunas de las leyendas que había escuchado cuando era niño—. ¿Te refieres a esa ciudad donde supuestamente todo es de oro y hay brillantes y todas esas cosas?

Matilde y Nadia suspiraron de una manera muy similar.

—Sí, los humanos siempre se han sentido atraídos hacia esa parte de la ciudad, pero lo importante no son las piedras preciosas, Gabriel. Es la magia que hay ahí la que realmente importa, y la que hay que conservar. Si los humanos llegaran a enterarse de los misterios que la habitan... créeme, el oro y los diamantes pasarían a segundo plano en menos de un parpadeo.

Hubo un momento de silencio.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo esto? —preguntó por fin Gabriel, después de ver que al parecer nadie iba a explicarle más.

—Sí, a mí también me gustaría saber —dijo

Nadia, pero no lo miraba a él, sino a Bruno, con una expresión que hizo que algo desagradable se revoliera en su estómago.

—Bueno —comenzó Matilde—. A ver, la Ciudad del Sol se fundó inicialmente por tres familias. O sea, se descubrió cuando un barco que transportaba una multitud de gente que no pertenecía a ningún lado, ni quería pertenecer a ninguna sociedad, se encontró por casualidad con el portal hacia la Ciudad del Sol, después de una terrible tormenta. Ahí conocieron a una sociedad indígena, también compuesta por las distintas civilizaciones de Latinoamérica, que se había separado del resto y habitaba la ciudad. Recibieron a estos extranjeros con los brazos abiertos, ya que se había profetizado la llegada de ellos, y así se formó la sociedad que existe hoy. De esa primera unión salieron tres familias, que eran respetadas por la sabiduría, la valentía y la empatía que había entre sus miembros. Y de esta manera se aseguraría que las leyes y el poder nunca fuera de una sola persona, debido a que jamás se daría un empate en las votaciones al ser tres. ¿Se entiende?

—Sí —contestó Gabriel, encontrando efectivamente muy lógico el razonamiento, para ser una monarquía, claro.

—Una de las familias la compuso la mujer más

respetada por el grupo de indígenas que habitaba el lugar —dijo Matilde—; la otra, el hombre más sabio del barco de extranjeros, y la última surgió de la unión de una mujer extranjera que se enamoró de uno de los hombres que habitaban la ciudad. Así, se formó una ciudad diversa, llena de razas distintas que convivieron en paz por muchos siglos.

—Y para ir al grano —agregó Bruno, guiñándole un ojo a Matilde—, tú eres uno de los herederos de esas tres familias. Por eso eres importante. Sin ti, el poder queda en manos de otros que no digamos que son muy agradables, por lo demás.

—Los altos mandos —dijo Matilde, asintiendo con la cabeza. Y todos se volvieron a mirar a Nadia, que tragó saliva.

—Yo no sabía que los altos mandos se habían separado de las familias —dijo Nadia, con una voz tan distinta a la de ella, que Gabriel sintió deseos de ir y abrazarla. Pero se contuvo—. Tampoco sabía que Gabriel era ese Gabriel. El heredero. O lo que sea.

Hubo un momento de silencio.

—Entonces, ¿por qué estabas aquí cuidando a Gabriel?

—Porque en la ciudad me estaba entrenando para la guardia, y me mandaron a cuidar a un ciudadano. Supuse que no era demasiado importante, si me estaban mandando a mí.

—Mmm... —Bruno fijó su vista en un punto más allá de los demás—. Me pregunto por qué te enviaron a ti.

—Yo también —confesó Nadia.

—¿O sea que no sabías que los altos mandos tenían otro plan de gobierno? ¿Uno que involucraba quitarles el poder a las familias y apoderarse de él?

Gabriel no podía quitar los ojos de Matilde. Así, con los ojos brillando con una intensidad que nunca antes había visto, le parecía una princesa salida de otro lado del mundo, más que una chica normal.

—Bueno... —Nadia titubeó y Gabriel volvió su vista hacia ella— no. O sea, más o menos. Me dijeron que querían traer democracia a la ciudad, de la misma manera que lo hacen en este mundo.

—¿Qué? —preguntaron Bruno y Matilde a la vez. El tono acusatorio hizo que Gabriel instintivamente se acercara a Nadia, en un intento subconsciente por protegerla.

—No es personal —explicó Nadia, ahora recobrando un poco la voz—. Pero no todos pensamos que es justo que las mismas familias gobiernen desde el inicio de los tiempos. Ellos me dijeron que estaban trabajando por traer justicia e igualdad a la ciudad. Y como está ahora, hasta ustedes tienen que reconocer que no hay mucha tolerancia o igualdad, incluso entre nosotros.

Bruno y Matilde parecieron palidecer ante las palabras de Nadia, y hubo un largo momento de silencio antes de que alguien hablara.

—¿Qué está pasando en la ciudad ahora? —preguntó Gabriel, pensando en las palabras de Nadia.

—Hay discriminación, peleas, desigualdad —dijo Nadia inmediatamente—. Entre la gente dentro y fuera de la ciudad, entre gente con y sin habilidades.

—Ese no es el mayor de nuestros problemas —la interrumpió Matilde.

—¿Ah, no? —respondió Nadia, recobrando el mal humor que Gabriel conocía tan bien. Nadia estaba furiosa. Eso estaba claro. Y Gabriel se sentía como el espectador de una película, una a la cual había llegado tarde y no entendía bien—. Saben bien que la gente de donde provengo ahora es tratada como diferente e inferior.

—¿De dónde vienes? —preguntó Bruno.

—Del Valle de las Sombras.

—Ah —dijo Bruno, y su expresión claramente indicaba que eso no era algo particularmente bueno. Gabriel se preguntó qué significaría eso, pero antes de poder preguntar, Matilde lo interrumpió.

—Pero ese no es el mayor de nuestros problemas —insistió Matilde—. Hay otro peor. Mucho peor. Que amenaza nuestra existencia misma.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? —preguntó Nadia inmediatamente.

—Es el sol —dijo Bruno, con una voz tan triste que sorprendió a Gabriel—. Se está apagando.

Nadia

—Eso es imposible.

Nadia sintió como si de pronto se hubiera enterrado en la nieve. No podía ser posible, simplemente no podía serlo.

—¿Cómo es eso de que el sol se puede apagar? —preguntó Gabriel—. Qué, ¿tienen un interruptor, acaso?

Matilde lo miró triste.

—No. Pero la energía vital de la gente de la ciudad está conectada directamente con el sol. Y últimamente...

—Últimamente esa energía vital pareciera que se está... —interrumpió Bruno.

—Apagando —dijo Nadia.

Hubo un momento de silencio.

—¿Por qué? —preguntó finalmente Gabriel.

—Nadie sabe bien por qué —respondió Matilde—. Pero puede que Nadia tenga razón.

Nadia levantó la vista con la sorpresa impresa en su rostro.

—Creo que algo está pasando con la gente. Como si, no sé, algo oscuro estuviera escalando en ellos, o algo así. Antes no había discriminación, ni peleas, ni... bueno. El punto es que las cosas han cambiado. Y tenemos que hacer algo, Gabriel —dijo Matilde—. Si el sol se apaga... bueno, nuestra sociedad deja de existir. Así de simple. Sin el sol, la ciudad será caos, y eso es lo que los altos mandos quieren. Apoderarse de ella en ese momento de desesperación. Por eso es tan importante volver, Gabriel.

—Porque son los únicos herederos —dijo Nadia en lo que fue apenas un susurro. Ahora todo comenzaba a encajar, y la gravedad de haber estado trabajando para los altos mandos todo este tiempo pareció aplastarla. Y el hecho de que el sol se estuviera extinguiendo... algo en ello le producía una angustia extraña, más allá del hecho de que si eso sucediera, moriría su ciudad.

Los demás siguieron conversando, ahora alrededor del fuego, pero la mente de Nadia se encontraba muy lejos, de vuelta en el Valle de las Sombras. Extrañaba a su mamá. Nunca había conocido a su verdadero padre; su madre le había

dicho que había sido un buen hombre, pero Nadia nunca lo había creído. Si hubiera sido un buen hombre, no la habría dejado.

Cuando todos comenzaron a bostezar, decidieron ir a dormir. Después de todo, había sido un largo día. Bruno y Gabriel compartieron una pieza, y Matilde y Nadia otra. Nadia pensó que sería incómodo compartir una pieza con esa chica que aún la miraba con sospecha, pero cuando Nadia volvió del baño, Matilde ya estaba durmiendo. Nadia pensó que no podría dormir, con todos los pensamientos y recuerdos que flotaban por su mente, pero el cansancio la superó y cayó en un profundo sueño.

El sueño comenzó siendo solo eso, un sueño. Estaba de vuelta en la Ciudad del Sol, y Gabriel estaba ahí, junto a Matilde y Bruno, en tremendos pedestales. Se dio cuenta de que estaba en la mitad de un juicio, y de pronto las caras de los hermanos de los altos mandos estaban frente a ella, reclamándole que no les había traído tordos de oro, por lo que debía morir. Nadia iba a protestar, pero el sueño se desdibujó. Las caras de Gabriel, Matilde, Bruno y los altos mandos desaparecieron junto con el gran salón donde estaba, y frente a ella apareció un campo sembrado de girasoles. Nadia sonrió y empezó a correr por ellos. Amaba los girasoles.

—Lo sé, pequeña —dijo una voz que pareció rebotar en todo el lugar. Nadia se dio vuelta y no pudo evitar soltar un grito. Frente a ella se encontraba un hombre, su cabello dorado brillante junto con su barba le daban la expresión de ser un verdadero sol hablante. Su piel color miel irradiaba y todo en él gritaba divinidad.

—¿Quién eres? —le preguntó ella, y su voz también pareció recorrer todo el campo de girasoles. El anciano sonrió, y Nadia sintió deseos de hincarse ante tanta gloria.

—Me han llamado con muchos nombres: Ra, Garuda, Helius, Mithras, Utu. Tú, pequeña, puedes llamarme Inti.

—Inti —repitió Nadia, sintiendo que la palabra quedaba flotando entre ella y el hombre.

—Así es —dijo él, todavía sonriendo.

A Nadia se le quedó atrapado el aire al escuchar su voz. Todo en él inspiraba paz y veneración.

—Pero ya nos habíamos visto antes. ¿Es que no me recuerdas?

Claro que lo recordaba. No había logrado pasar un solo día sin hacerlo. Solo que hasta este momento, había tratado con todas las formas posibles de convencerse a sí misma de que solo había sido un sueño. Algo no real.

—Bueno, si tu memoria está tan mala —dijo él,

sonriendo—, puedo ayudarte. La última vez que nos vimos, me encontraste llorando. ¿Lo recuerdas, querida?

Oh, sí. Nadia lo recordaba muy bien. Había estado soñando, como esta vez, con algo tonto, y de pronto se había visto en un palacio que flotaba en un lago dorado. Sus paredes eran de cristal, y estaba completamente vacío. Nadia había recorrido sus pasillos transparentes, como hipnotizada, hasta llegar a la última habitación. Y ahí, había encontrado a este mismo hombre, inclinado sobre el suelo y llorando. Nadia nunca había visto algo así en su vida, y no supo qué hacer. Era tanta la pena que le dio al ver a este imponente ser llorar, que no pudo hacer nada más que observarlo, hasta que él se dio cuenta de su presencia. Y entre lágrimas, le sonrió.

—Has vuelto —le había dicho el hombre en esa ocasión.

Nadia había negado con la cabeza, porque estaba segura de que la estaba confundiendo con alguien. El hombre la había mirado con una desolación tal, que la había despertado. Y en ese minuto Nadia no había podido volver a dormir. Ahora, el mismo hombre la miraba con esa expresión indefinible, pero que hacía que irracionalmente Nadia quisiera acercarse a sus brazos.

—Pequeña —dijo Inti, en una voz tan paternal que Nadia tuvo que contener las lágrimas—, tienes que salir de este lugar. No es seguro para ti, la ciudad tampoco. Creo que ya sabes lo que te estoy diciendo. Quiero que vengas conmigo.

—¿A dónde? —preguntó Nadia en un susurro.

—A otros mundos. Donde haya esperanza. Aquí ya no queda nada.

—Te equivocas. —Nadia sintió el miedo reemplazar a la pena al ver cómo el semblante de Inti cambió.

—Yo nunca me equivoco.

—Quiero decir... digo... lo que quiero decir es que hay esperanza. Aquí, y en la ciudad.

—No. Y más temprano que tarde te darás cuenta. Volveré entonces.

Nadia despertó. El corazón le latía a mil por hora, y la imagen del hombre brillante todavía estaba tatuada en su mente. E hizo lo único posible en ese momento: se largó a llorar.

6. El pequeño Gabriel

Gabriel

Gabriel pasó los siguientes días en compañía de Bruno y Matilde. A ratos le parecía como si fuera un enfermo de amnesia, y de cierta forma lo era. Ambos le decían constantemente que habían sido mejores amigos, y los días se pasaron con historias, recuerdos y planes para cuando volvieran a la ciudad. Había que esperar a que el portal se abriera, y eso sucedía solo una vez al año en el solsticio de invierno, o como le llamaban ellos, Intiraimi. Solo en ese día el portal se abriría y podrían cruzar a la ciudad. Ahora, una vez en ella, bueno, ahí comenzaba el peligro. Tanto Matilde como Bruno aseguraban que los altos mandos tendrían vigilancia, y los atraparían al momento que llegaran, por lo que debían tener cuidado. Mucho cuidado.

Lo único que empañaba esta sensación de expectativa era Nadia. Con el paso de los días se

había puesto cada vez más melancólica, y aunque Gabriel había tratado de acercarse a ella muchas veces, siempre lo alejaba. Sentía que estaba perdiendo a su mejor amiga, y no podía hacer nada al respecto.

En cuanto a los otros dos, el proceso inverso parecía estar sucediendo. Actuaban con tanta familiaridad alrededor de Gabriel, asegurándole que habían sido amigos toda la vida y que pronto lo recordaría, que efectivamente había empezado a sentirlos como eso, amigos. A veces era simplemente insoportable no poder acordarse de nada, y Gabriel se preguntó una y otra vez por qué no recordaría nada, y por qué habría escapado. Al parecer, el único que podía tener respuestas era el científico de la ciudad. Él había sido el que logró transportar a Gabriel a este mundo sin que nadie supiera, y sin que recordara nada. Y Gabriel no podía evitar preguntarse por qué.

Una tarde, en la que Matilde y Gabriel estaban sentados cerca del lago, y por supuesto hablando de las cosas que Gabriel no sabía, se le ocurrió que aún no preguntaba cómo había conocido a la chica. Estos últimos días los habían pasado juntos casi todo el tiempo, y ahora mismo, con el sol reflejando el rojizo de su pelo, y sus ojos dorados mirando distantes algo más allá del lago, Gabriel sintió que podría observarla para siempre.

—Matilde, ¿cómo nos conocimos tú y yo?
La chica no contestó inmediatamente.

—Te puedo mostrar.

Y sin más advertencia, puso su mano en su frente. El mundo ante él se disolvió, y en su lugar se encontró en un claro junto a una catarata. En la pequeña poza que se formaba al caer el agua se encontraban dos niñas, las dos de pelo rojizo y ojos verdes, pero una más pequeña que la otra. La menor se levantó.

—Nos vemos en la casa, Mina —dijo la niña—, tengo algo que hacer.

Gabriel siguió a la mayor por unos senderos que se internaban en una gran caverna. Al entrar hasta pudo sentir el olor a humedad y el repentino frío, y comenzó a experimentar la típica aprensión que sentía cada vez que se encontraba en un espacio cerrado. Pero la sensación no le duró mucho. Cuando levantó la vista, quedó maravillado. La caverna se extendía lejos de la vista de Gabriel, y estaba como tatuada por miles y miles de pequeñas piedras brillantes de muchos colores. Le daba un aspecto inusual a la húmeda caverna, y casi se había olvidado de la pequeña niña hasta que ella dio un salto y se quedó quieta, mirando fijo a través de la oscuridad. Ahí había un niño de más o menos su edad, que Gabriel reconoció como él mismo a la edad de unos 7 años, más o menos.

—Hola —saludó la niña acercándose—, no sabía que nadie conociera este pasadizo.

Gabriel niño levantó la vista de las piedras que estaba examinando, pero no dijo nada. Tras un rápido examen de la niña que tenía enfrente, volvió a bajar la mirada a sus piedras, que al parecer lo tenían sumamente concentrado. Ella, vacilante, dio media vuelta con intención de irse, pero de pronto cambió de idea y se acercó a él.

—¿Qué tienes ahí? ¿Son de esas piedras brillantes que hay en las paredes?

—Sí, pero no son solo piedras brillantes. Son mucho más que eso.

El niño volvió a callar y ella, nerviosa, se sentó junto a él.

—¿Por qué son mucho más?

Gabriel niño suspiró y volvió a levantar la vista. Alzó una de las piedras, transparente, y se la mostró.

—Esta, por ejemplo, se llama piedra zarita, y si te la cuelgas al cuello puede detener la sangre de las heridas.

—¿De verdad? —preguntó la niña entusiasmada.

—Sí. Esta se llama ópalo y cura los ojos y el corazón —dijo Gabriel alzando una pequeña piedra que comenzó a cambiar de color a cada segundo. La niña se la quedó mirando embelesada. La piedra

siguió cambiando hasta que se detuvo en el verde brillante.

—¿Qué color ves tú? —le preguntó el niño mirándola a los ojos por primera vez.

—Verde, verde brillante.

—Yo la veo azul.

Los dos niños se miraron sonrientes por un momento y entonces Gabriel empezó a buscar entre sus piedras.

—Hay algunas que se parecen al color de tus ojos —le dijo a la niña, que lo miraba con la boca abierta—, déjame ver... el ámbar, que te protege de energías negativas. Y esta —indicó levantando otra piedra pequeña— el topacio. También se usa de protección. Pero tus ojos son más bonitos que ellas.

La niña se sonrojó y Gabriel se apresuró a guardar las restantes piedras. Pero de pronto sonrió y sacó una pequeña piedra verde con puntos rojos. Ella lo miró con curiosidad. Gabriel se acercó a una pequeña poza que se había formado debido a las gotitas que caían desde el techo, y al poner la piedra bajo el agua, comenzó a brillar en un color rojo intenso, como si el mismo sol estuviera ardiendo debajo del agua. La niña quedó impresionada y por algunos minutos los dos contemplaron este pequeño sol en las manos de Gabriel. Pero en

eso escucharon una voz ronca desde la entrada de la caverna.

—Su majestad, es hora de sus lecciones de diplomacia.

Gabriel suspiró y empezó a guardar las piedras que había recogido. La niña lo miró con curiosidad.

—¿Tú eres Gabriel? ¿El heredero Gabriel?

—Supongo que sí.

—Ah. Yo soy Matilde. También soy heredera, ¿sabes?

—¿Sí? —el niño Gabriel pareció animarse ante esta idea—. ¿Entonces somos iguales, tú y yo?

La niña consideró esto durante un instante.

—Creo que sí.

—Me gusta eso —dijo Gabriel, sonriendo.

—A mí también.

Se escuchó nuevamente el carraspeo del empleado real. Gabriel suspiró.

—Tengo que irme.

—Está bien.

El niño comenzó a alejarse, pero luego se volvió violentamente y se acercó a Matilde, que seguía sentada en el mismo lugar.

—Toma —le dijo extendiendo una piedra transparente— Se llama asterita. Es un regalo para ti.

Acto seguido, Gabriel corrió a la entrada y

desapareció. Matilde se quedó mirando la extraña piedra de cristal que tenía en las manos, y luego de un momento, ella también empezó a caminar hacia la entrada de la caverna. Pero en el minuto en que puso los pies afuera y el sol iluminó la piedra que tenía en las manos, observó maravillada cómo absorbía la luz y comenzaba a brillar como si fuera una estrella. La niña sonrió.

Gabriel abrió los ojos y vio a Matilde sentada enfrente de él, pero ya no era una niña. Ella, mirándolo sonriente, sacó un colgante del cuello y se lo mostró. La misma piedra que le había regalado cuando niños descansaba sobre su pecho, y al tomar contacto con la luz, empezó a brillar igual que en el recuerdo.

—Ya ves —dijo Matilde—, todavía la tengo.

Gabriel no alcanzó a decir una palabra cuando sintió que Bruno, que apareció de la nada, se le tiraba encima. Mantuvieron un breve forcejeo y Gabriel inmovilizó al chico, que no dejaba de reír. Matilde lo fulminó con la mirada.

—Uf, perdón —dijo Bruno enderezándose—, ¿interrumpí algo?

—No seas idiota, Bruno —dijo la niña poniéndose de pie.

—Parece que andamos de mal genio hoy, ¿ah? En todo caso, hay que volver a la casa de Nadia. Mañana es el día. Hay que planearlo bien.

—Ya sé —y acto seguido, Matilde se puso a caminar hacia la dirección de la casa de Nadia. Gabriel suspiró y miró a Bruno, que le levantó las cejas.

—Cállate —le dijo, sonrojándose un poco—. Uno de estos días, te voy a pillar desprevenido, Bruno...

—Uy, qué miedo. Qué, ¿vas a sentir demasiado profundamente mi satisfacción al verme ganador? ¿O sobre-curarme de alguna manera?

Gabriel trató de permanecer serio por medio segundo, y luego ambos se largaron a reír.

7. Ataque a medianoche

Nadia

Nadia vio desaparecer a Gabriel entre los árboles. No había sido su intención espiar, en serio, pero cuando escuchó sus voces no pudo evitar acercarse. Últimamente se sentía más una espectadora que una guardiana, alguien que supestantamente siempre estaba en acción. Ahora se dedicaba a observar desde una ventana, o algo así. Siempre invisible. Observó a Bruno, y vio cómo su expresión cambió de una sonrisa a la más profunda tristeza en el momento en que desapareció Gabriel. Bruno suspiró.

—Puedes acercarte si quieres —dijo Bruno, sin darse vuelta. Nadia saltó al percatarse de que le hablaba a ella—. Sé que estás ahí.

Las mejillas de Nadia se encendieron, pero puso la frente lo más alto posible y caminó hasta él. La luz del atardecer alumbraba su rostro, que

tenía una expresión tan melancólica que Nadia sintió deseos de tocarlo. Pero no lo hizo.

—No era mi intención espiar —se disculpó ella. No soportaba la idea de que Bruno la creyera capaz de eso.

—Ya lo sé. Es Gabriel. Sientes que tienes que protegerlo, ¿no?

Otra vez, Nadia se sorprendió de que Bruno supiera tanto de ella.

—Sí. Digo, se supone que para eso estoy, o estaba, en este mundo. Es mi trabajo. O al menos, me estaba entrenando para serlo en la ciudad.

Hubo un momento de silencio. Nadia podía escuchar el canto de miles de pájaros distintos que ya se preparaban para el anochecer, algunas pisadas de un conejo o zorro, y la respiración de Bruno cerca de ella.

—¿Dónde has estado estos días? —le preguntó Bruno.

—No sé a qué te refieres —le respondió Nadia, poniéndose nerviosa, por alguna razón—. He estado aquí.

—Claro, te he visto. Pero no has estado aquí. No realmente.

Podría haberla buscado un poquito más, pensó Nadia. Pero no verbalizó ese pensamiento.

—Sí, bueno, no creo que alguien lo haya notado.

—Yo lo noté.

Nadia subió la vista y la expresión con la que se encontró en el rostro de Bruno la descolocó un poco. No supo definir qué había en ella, pero ese algo hizo que su corazón comenzara a latir con más fuerza.

—Nadia... —Bruno se había acercado, y Nadia pudo ver esos ojos de caramelo mirarla con tanta intensidad que sintió que se le secaba la garganta—. Yo te conozco. De antes. ¿Cierto?

—Sí.

Por supuesto que se conocían. Es solo que Nadia pensó que no la recordaría. Menos con aspecto humano, o de este lado, o lo que sea. Pero al parecer estaba equivocada.

—¿No eres la misma chica que una vez me salvó de las arenas movedizas?

—Sí, soy yo.

Había sido un episodio simple, en verdad. Cuando era niña, o más niña, ya ni podía estar segura con el tiempo tan revuelto, se había estado entrenando en los Bosques Movedizos con un grupo de aprendices de guardianes, y se había perdido, había tomado otro camino. Y ese camino la llevó donde un chico de piel caramelo y la mitad del cuerpo sumergido en las arenas movedizas. Nadia se había apresurado a cortar una de las ramas

de los árboles grises, y con ella había logrado sacar a Bruno. Y lo había reconocido de inmediato como uno de los herederos. Estuvieron juntos toda la tarde. Una tarde que Nadia nunca olvidaría. Él le había prometido que la buscaría al día siguiente, pero nunca más había vuelto.

—Sabes, te estuve buscando durante años —le dijo Bruno, devolviéndola al presente.

—No me mientas. No tiene sentido —le dijo Nadia, aún herida por la decepción de ese día siguiente sin que fuera por ella.

Bruno la miró irritado.

—Yo no miento. Como tú bien dices, no tiene sentido. Te estoy diciendo la verdad. He llegado a soñar con esa situación; no sabes el miedo que tenía. Y con razón, porque si no me hubieras salvado, estaría muerto. Fue uno de esos momentos en la vida, ¿entiendes? Esos que no se olvidan. Y todo lo que me contaste después... quería salvarte de todo eso, de la familia de tu madre, del Valle de las Sombras.

—Para —dijo Nadia, poniéndose cada vez más furiosa. La rabia era más manejable que la pena o la angustia que estaba sintiendo—. Para de mentir. Si fue tan importante para ti, ¿por qué no fuiste por mí al día siguiente?, ¿o el día después de ese? ¿o el que venía?

Bruno la miró con una tristeza tan profunda reflejada en los ojos que Nadia tuvo que mirar hacia otro lado. La luz ya se estaba extinguendo en el cielo, y una corriente de viento helada le levantó el pelo de la cara.

—Bueno, no fui porque antes de que pudiera hacerlo me llamaron a dar las pruebas para gobernador. No pude hacer nada. Sabes bien cómo es. Apenas terminaron y pude moverme de nuevo, fui al Valle de las Sombras, y ya no estabas. No estabas en ningún lado. Créeme, busqué.

Nadia lo miró completamente paralizada. ¿Podría ser cierto lo que decía Bruno? Y claro que ya no estaba. Ya había cruzado el umbral. Había sido poco después de la decepción de ver que Bruno no iría por ella. Entonces entendió que nadie haría nada por ella, por lo que debería salvarse a sí misma, y no depender de otros. Y lo había logrado. Bueno, en parte.

Habían llegado sin notarlo de vuelta a su casa, que más que casa ahora parecía un gran árbol, tan antiguo como el mundo mismo. Nadia suspiró.

—Bueno, ya nada de eso importa mucho —le dijo, evitando la mirada de Bruno—. Ustedes son los tres herederos, y yo una simple guardiana que viene del Valle de las Sombras. No pertenezco aquí.

—No hables así, no es cierto.

En ese momento se abrió la puerta y salió Gabriel.

—¡Nadia! Te estaba buscando.

—Sí, seguro, ahora todos de pronto me están buscando. Supercreíble.

—¿De qué hablas? —preguntó Gabriel.

—Eso mismo me gustaría saber —dijo Bruno, y sin mirarla, entró a la casa. Gabriel se quedó observándola un segundo y Nadia supo lo que intentaba hacer.

—No trates de sentir lo que estoy sintiendo, Gabriel. Créeme, no es muy agradable que digamos.

—¿Puedes contarme qué demonios te pasa?

—¿Y a quién le importa? Da lo mismo, Gabriel.

—Nadia, somos amigos. Obviamente me importas. ¿Qué te pasa últimamente?

Nadia sabía lo que le ocurría. Se sentía como que sobraba, ahora que los tres amigos estaban felices y reunidos. Ella sobraba, siempre estaba sobrando. Incluso allá, en la Ciudad del Sol, hasta dentro de su propia familia. Como si realmente no perteneciera a ningún lugar. Y ahora, la única persona en el mundo a la cual había llamado amigo, la única que se había parecido remotamente a eso que llamaban familia, parecía haber desaparecido, dejando a este otro Gabriel, el heredero, el que no tenía nada que ver con ella.

—No me pasa nada. Es solo que quiero regresar de una vez a mi ciudad, ¿entiendes?

—¿Ahora que ya no tienes ninguna responsabilidad? —le dijo Gabriel, claramente herido.

—Exacto.

Gabriel la miró un segundo y Nadia sintió que iba a llorar. Pero se mantuvo firme, con su cara neutra.

—No te creo. No te creo que no te importe nada. Te conozco, Nadia. Sé lo que estás haciendo. Y no te voy a dejar.

Gabriel entró a la casa, y Nadia se quedó otro momento afuera, demasiado congelada como para entrar. Esas últimas palabras habían derretido algo en ella, y aunque la eterna vocecita en su cabeza le decía que estaba mintiendo, Nadia se aferró a esa mínima y remota posibilidad de que fuera cierto, de que su amigo no la dejaría. Vio cómo los últimos rayos del sol desaparecían por el horizonte, y entró a la casa, deseando pasar una noche seguida y sin sueños.

Nadia llevaba lo que le parecieron cinco minutos durmiendo, cuando algo la despertó. Un sonido seseante, como el que hace una serpiente, que recorrió su espalda haciendo que se estremeciera. Todos sus sentidos de alerta se activaron, y salió de su pieza en el mismo instante en que lo hizo

Bruno, desde la pieza que compartía con Gabriel. Nadia agradeció internamente no haberse puesto su "buen pijama" esta noche al ver cómo Bruno paseó su mirada por ella.

—¿Escuchaste eso? —preguntó Nadia.

—Sí. ¿Qué crees que sea?

—¿Qué pasa? —se escuchó la voz de Matilde.

Nadia trató de encender las luces, pero no sucedió nada. No tenían electricidad, y la oscuridad de pronto le pareció hostil. Como si escondiera algo. En ese momento se escuchó el sonido de las ventanas del fondo quebrarse, y Bruno se dirigió hacia ese lugar.

—¡Matilde, sal de ahí! —le gritó. Nadia no sabía qué hacer, no veía nada.

—Bruno —le dijo, tanteando el camino—, tu cosa de ilusiones. ¿Por casualidad no puedes hacer luz o algo?

Y en ese momento, pequeñas burbujas de luz comenzaron a brotar de las manos de Bruno. Nadia lo miró impactada debido al aspecto de concentración que mostraba ante el resplandor plateado de las miles de burbujas que pronto llenaron el lugar. Eran suficientes para darle luz al pasillo, pero la casa cobró un aspecto fantasmal ante la luminosidad plateada de las burbujas.

Matilde eligió ese momento para gritar, y Nadia escuchó la voz de Gabriel al otro lado.

—¿Matilde? ¿Qué pasa?

Y entonces lo vieron. Abdel.

Gabriel

Gabriel vio a la criatura que en ese momento solo se asemejaba levemente a lo que había sido su padre. Ahora, y Gabriel no tuvo tiempo de reflexionar bien por qué, estaba completamente seguro de que aquel hombre violento y frío nunca había sido su padre. Abdel le sonrió, como adivinando sus pensamientos.

—Nos volvemos a encontrar, hijo —le dijo, y su voz sonó más al siseo de un reptil que a la de un humano.

—Tú no eres mi padre —le respondió Gabriel con toda la valentía que pudo juntar.

La criatura volteó la cabeza hacia un lado, como pensando. Luego largó otra risa, y antes de que cualquiera de ellos pudiera reaccionar, de sus

manos salieron dos rocas grandes de fuego que lanzó contra Gabriel quien sintió que alguien lo empujaba hacia el lado, justo a tiempo de evitarlas; segundos después vio que había sido Nadia, quien lo había salvado. Pero antes de agradecerse o preguntarle si estaba bien, vieron horrorizados cómo las rocas calientes tomaban contacto con los muebles de la salita, y estos estallaban en llamas inmediatamente.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Matilde—. ¡La casa se va a quemar!

En efecto, el fuego, como con voluntad propia, ya comenzaba a avanzar por la casa, formando un círculo que amenazaba con comérsela entera. Gabriel se dio cuenta de que las llamas los habían encerrado a él y a Abdel en su interior, y no había nada que sus amigos pudieran hacer para entrar en el círculo que había creado el cherufe. Gabriel comprendió que esta pequeña batalla tendría que ser entre él y Abdel.

—¡Váyanse! —les gritó a sus amigos, que miraban como paralizados la forma en que el fuego empezaba a apoderarse de la casa entera.

Abdel largó otra carcajada que pareció resonar en toda la casa, a pesar del sonido que el fuego hacía al quemarlo todo. Gabriel tosió una y otra vez; el humo ya comenzaba a entrar a sus pulmones, y

gritó de dolor cuando otra piedra caliente cayó a su lado. Esta vez logró rozarle el brazo, que ardió ante su contacto. Gabriel gritó de dolor, pero con sorpresa se dio cuenta de que su piel se regeneraba instantáneamente, segundos después del contacto con el fuego. Una y otra vez Abdel le lanzó piedras calientes, y una y otra vez Gabriel se quemaba para luego regenerarse al segundo siguiente. Entonces, Gabriel lo entendió. El poder de este cherufe por alguna razón no lo afectaba como a los demás. Y se lanzó contra él. La piel de Gabriel hirvió ante el contacto con el cuerpo medio reptil del cherufe, pero no retrocedió. Forcejearon un momento, y luego Gabriel, con toda la fuerza que pudo reunir, lo empujó hacia el fuego, que ahora consumía prácticamente la casa entera. Sintió un largo chillido cuando Abdel cayó al fuego, y segundos después, el cuerpo del cherufe había desaparecido, convertido en pura ceniza.

Tosiendo, con el brazo tapando su boca y nariz, Gabriel se hizo paso milagrosamente fuera de la casa justo cuando las vigas del techo se caían y la casa entera se convertía en una gran pila de fuego. Encontró a sus amigos afuera, todos con la piel negra por el humo y bastante asustados, pero por suerte nadie estaba herido. Los cuatro se quedaron viendo cómo la casa se quemaba en silencio, hasta

que Matilde, cerrando los ojos, alzó los brazos y la cabeza al cielo. Segundos después, apareció una leve llovizna que luego se transformó en una gran tormenta, que los empapó inmediatamente. Poco a poco, las llamas fueron muriendo ante el contacto con esta fulminante lluvia que había salido de la nada, e instantes más tarde ya no quedaba nada más que un montón de madera convertida en carbón. Solo entonces, la lluvia cesó.

—Bueno —dijo Bruno, pasándose las manos por su pelo ahora mojado—, si eso no es una señal de que ya es hora de partir, no sé qué es.

8. La pregunta del Tue-Tue

Gabriel

—No entiendo —dijo Gabriel por décima vez.

Estaban sentados alrededor de una pequeña fogata, acampando cerca del lago Ranco. A pesar de que al principio no tenían muchas ganas de estar alrededor del fuego, después de bañarse en el lago, y recuperar el aliento y de la sorpresa de los eventos que habían sucedido esa noche, la pequeña fogata les proporcionó, además del calor, un poco de la seguridad perdida. Habían estado hablando sobre el día siguiente, el día del solsticio de invierno. Intiraimi. El día en que cruzarían el umbral. Una parte de él todavía no podía creer que realmente al día siguiente fuera a entrar a este mundo desconocido, donde él era uno de los herederos. Parecía una de las miles de historias fantásticas que había leído cuando niño. Pero por otro lado, después de ver las ilusiones de Bruno, la forma en que Matilde

controlaba la naturaleza y a su padrastro lanzando rocas calientes, era difícil no imaginar cuánto más podría existir de lo cual no tenía idea.

Lo principal que le preocupaba era el cruce en sí. Decían que la entrada estaba protegida por el Tue-Tue. Cuando Gabriel preguntó qué debía hacer con él (pelear hasta la muerte con la criatura mitológica, o algo por el estilo, se imaginó), le dijeron simplemente: "tienes que responder una pregunta". Gabriel no podía entenderlo. Sonaba sospechosamente fácil. Cuando les preguntó a los demás, se sorprendió al escuchar respuestas distintas. A Matilde el Tue-Tue le había dado un acertijo, que por alguna misteriosa razón ahora no podía recordar. A Bruno, sin embargo, solo le había preguntado cuál era su color favorito.

—¿Y qué dijiste? —le preguntó Gabriel, mitad curioso, mitad exasperado.

—Le pregunté cuál era el de él. A mí me gustan todos los colores.

Nadia, por alguna razón, había sonreído ante esto. Pero cuando le preguntaron qué le había dicho el Tue-Tue, había evadido la pregunta.

—Mira, Gabriel —le dijo finalmente Nadia, con ese tono de impaciencia y fastidio que le era tan familiar—, el punto es el siguiente: el Tue-Tue no es bueno ni malo, no pertenece a ningún lado. Si eres honesto, y no eres un completo idiota, vas a pasar.

El Intiraimi llegó con una brisa helada y nubes grises y azuladas que giraban como remolinos en el cielo. Algo en el viento parecía susurrar esa mañana, o quizás era solo la sensación de anticipación y nervios que se había apoderado de Gabriel al abrir los ojos ese día. Recolectaron sus pocas pertenencias, todos en silencio, probablemente igual de atrapados en sus propios pensamientos que Gabriel. Sintió una leve presión en el brazo y se dio cuenta de que era Nadia.

—Suerte, Gab —le dijo, con un tono inusualmente suave—. Todo va a estar bien. Ya vas a ver.

El portal quedaba justamente en el lago Ranco, muy cerca de donde habían estado acampando. Entremedio de unas rocas había una especie de pasadizo, y luego de mirarse los unos a los otros, los cuatro chicos ingresaron en él. La más completa oscuridad absorbió a Gabriel y el sonido del agua chocando contra las rocas desapareció de un momento a otro. En silencio, y sin poder ver nada, el corazón de Gabriel comenzó a bombardear más rápido.

—¿Bruno? ¿No puedes hacer tus bolitas flotantes o algo así? —dijo, y su voz resonó en la cueva como si tuviera kilómetros y kilómetros de largo.

—¿Matilde? ¿Nadia?

Nada. El miedo empezó a escalar por el cuerpo

de Gabriel. ¿Habrían hecho algo mal? Y entonces escuchó una voz profunda que le habló desde el fondo de la especie de cueva donde se encontraba.

—Gabriel, elegiste abandonar la Ciudad del Sol. ¿Por qué debería dejarte regresar?

Gabriel no supo qué responder. Después de todo, no sabía por qué la había abandonado. Y de pronto volvió a pensar que quizás todo esto había sido un error, que quizás lo estaban confundiendo con alguien. O peor, que tal vez había una buena razón por la cual había decidido irse de este lugar, y a lo mejor lo prudente sería no volver. Todas las inseguridades que Gabriel había logrado enterrar en lo más profundo de su mente surgieron de pronto, sin que pudiera hacer algo al respecto. Una pequeña luz blanca lo cegó por un momento, y luego con espanto vio que se trataba de una figura. La figura de Abdel.

—No eres nada, no eres nada —le repetía, una y otra vez. Antes de que Gabriel pudiera responderle, la figura se transformó en su madre, hermosa y lejana, que lo apuntó con el dedo.

—Por tu culpa tuve que morir. Todo es por tu culpa, Gabriel... —el chico iba a decirle que no, que lo sentía, pero la figura se transformó otra vez, y tomó la forma de un hombre ya anciano, con la cara borrada.

—No eres digno de ser mi hijo, Gabriel. Por eso te abandoné.

Gabriel trató de adelantarse, de alcanzar al hombre que estaba seguro era su padre y tomarlo por el brazo, pero una vez más la figura se transformó y ahora era Matilde la que estaba frente a él, con una mirada de desprecio que nunca habría imaginado que ella podría darle.

—No mereces el trono, Gabriel, ¿no lo ves? No deberías volver.

—Para.

La voz de Gabriel sonó mucho más sólida de lo que se sentía, y eso le dio valentía para decirle de nuevo.

—Basta —repitió Gabriel, y la figura volvió a transformarse.

Esta vez, tomó el aspecto de una gran cabeza, con orejas que actuaban como alas. Era una criatura que Gabriel jamás había visto, e instintivamente, dio un paso atrás. El Tue-Tue sonrió.

—Contesta entonces la pregunta, pequeño guerrero —le ordenó el gran pájaro humano.

Gabriel tuvo que pensar un momento para recordar la pregunta. ¿Por qué debería dejarlo regresar si él había huido? Habría sido útil acordarse de la razón por la cual había escapado, pensó Gabriel. Y recordó las figuras que había visto. Sus peores temores.

—Porque las figuras estaban mintiendo —dijo Gabriel, antes de poder evitarlo—. No soy nada, no soy un inútil ni un cobarde; soy Gabriel, y soy un ciudadano de la Ciudad del Sol. Más que eso, soy uno de los herederos. Y por sangre e historia, merezco volver a entrar.

Hubo un momento de silencio. Y entonces el Tue-Tue soltó una larga carcajada.

—¿Queda luz, entonces, dentro de ti, pequeño guerrero?

—Sí.

—¿Y estás dispuesto a usarla, en favor de la ciudad?

—Sí.

El pájaro mitológico lo miró un momento, como dudando algo.

—Mi nombre es Tue-Tue —dijo el pájaro—. Y te dejaré entrar con una condición.

—¿Cuál?

—Se vienen momentos difíciles para la Ciudad del Sol. Te dejaré regresar si es que accedes a darme un favor.

Gabriel lo consideró durante un momento. Podría tratarse de cualquier favor. Pero por otro lado, tenía que volver a la ciudad. A estas alturas, sabía que era importante. Y después de todo, era solo un favor. Sin embargo... algo en el estómago de

Gabriel se contrajo. Una pequeña voz dentro de él le susurró que él, Gabriel, el heredero de la Ciudad del Sol, no le debía favores a nadie. Y algo en el extraño pájaro mitad humano le resultaba ominoso.

—¿Y bien? —preguntó el Tue-Tue—, ¿aceptas mi oferta?

—No —respondió Gabriel, y agradeció que su voz no traicionara los nervios que sentía—. No acepto tu oferta. Tengo derecho a volver a mi ciudad, y no lo haré mediante chantajes. O me dejas entrar o no.

El Tue-Tue lo observó durante unos momentos, y luego sonrió. Su sonrisa lo hacía parecer aún más extraño y peligroso, pero Gabriel se mantuvo firme.

—Has pasado la prueba, pequeño guerrero.

Y luego el Tue-Tue comenzó a reír. La oscuridad envolvió a Gabriel nuevamente, y con el corazón latiéndole a mil por hora, esperó. La risa continuó incluso en la oscuridad, hasta transformarse en una extraña sinfonía. Sintió como si estuviese cayendo al vacío, aunque aún podía sentir los pies sobre el suelo. Y de pronto una luz brillante apareció al final de la cueva de rocas donde estaba con el Tue-Tue. Gabriel avanzó hacia ella, y al salir de la cueva lo que tenía delante de él no era el lago Rancho, sino un prado sembrado de girasoles. Y

ahí, en el medio, a Nadia. O al menos eso parecía, porque aunque su aspecto no había cambiado, la expresión en su rostro era tan nueva, que le costó ponerle un nombre.

—¿Nadia? —preguntó, sin saber aún si era ella.

—¿Gabriel? ¿Eres tú?

En ese momento apareció Bruno, que se abalanzó sobre Gabriel, abrazándolo como si no lo hubiera visto hace años.

—¿Y Matilde? —le preguntó Gabriel a Bruno.

Pero Bruno estaba mirando a Nadia, con una expresión en el rostro como si estuviera mirando al sol mismo. Igual de hipnotizado y encandilado.

—Gabriel —dijo una voz cantarina a su espalda.

La oleada de alivio al escuchar esa voz hizo que Gabriel casi se fuera de rodillas. Se dio vuelta rápidamente y ahí estaba Matilde, rodeada de girasoles. Gabriel tuvo que pestañear varias veces. Era como si nunca la hubiera visto bien. Como si antes hubiera estado viendo con lentes de sol. La belleza de Matilde era impactante bajo esta nueva luz. Su pelo rojizo estaba alborotado por la brisa que recorría también las flores, y sin decir una palabra, la chica corrió a sus brazos. Ante el contacto con su piel, una serie de imágenes, rápidas y nítidas, aparecieron en su mente. Matilde de niña, pa-

recida al recuerdo que le había mostrado. Matilde apretando su mano fuerte en un funeral. Matilde llorando, sentada bajo un gran sauce. Matilde en sus brazos, como ahora.

La risa musical de Nadia lo despertó de este pequeño trance, y no pudo evitar sonreír al verla correr por los girasoles, con Bruno pasos atrás. La felicidad que resonaba junto con su risa era algo que Gabriel nunca había sentido por parte de Nadia. Todos los sentimientos oscuros que Nadia irradiaba constantemente, y que se habían vuelto tan familiares para él como ella misma habían desaparecido. En su lugar había luz. Solo luz.

—Mira —le dijo Matilde, apuntando hacia el horizonte—. Este es nuestro hogar.

Gabriel soltó una exclamación. Más allá de los girasoles, en un valle cercado por montañas que parecían hechas de arena blanca, o más bien polvo de cristal por cómo brillaban bajo la luz, estaba la Ciudad del Sol. Rodeada por bosques de árboles plateados y dorados, se encontraban miles de pequeñas casitas hechas de piedras de colores. Las calles también parecían estar hechas de piedras de tono más oscuro, y Gabriel nuevamente vio imágenes fragmentadas de él pequeño, recogiendo y examinando miles y miles de piedras distintas, cada una con un poder en particular. Y

al fondo, como si se tratara del núcleo mismo del lugar, se alzaba un templo dorado enorme, que con las montañas a su espalda, y las calles y casas de colores abajo, parecía un palacio. Algo en ese edificio hizo que una ola de calor corriera por el cuerpo de Gabriel. Y al pasear la vista por el lugar, vio otro templo al lado opuesto de la ciudad. Como el negativo del templo dorado, este edificio estaba hecho de piedra negra, que aunque brillaba bajo la luz del sol, tenía algo de lúgubre y oscuro que Gabriel no pudo entender en ese momento. Su mente daba vueltas. Cualquier nuevo estímulo captaba su atención, como las pequeñas mariposas de colores que rodeaban las flores o las bandas de pájaros dorados que surcaban el cielo. El aire mismo era distinto. Tenía la textura y sensación de la selva, pero sin ese calor ni humedad apremiante que la identificaban. Y sonidos de miles de pájaros exóticos se mezclaban con el eco del viento, como componiendo una canción, tan familiar para Gabriel como su nombre.

—¿Qué están esperando? —les gritó Nadia, que junto a Bruno ya había bajado varios metros de la colina donde se encontraban.

Matilde tomó la mano de Gabriel y juntos corrieron hasta alcanzar a sus amigos. Bajaron la colina casi flotando, mientras Nadia, Bruno y Ma-

tilde apuntaban a distintas especies y lugares de la ciudad. La atención de Gabriel iba de una cosa a otra. El mar que se veía lejos, muy lejos a la distancia, un mar completamente transparente que encandiló a Gabriel por su belleza. O los gatos salvajes, mitad zorro mitad gato montés, que a ratos se veían saltar a lo lejos. O los sembrados de maíz, vegetales y especias que Gabriel no reconocía, con colores tan nítidos bajo esta nueva luz, que no podía quitar su vista de ellos.

Cuando llegaron a la entrada de la ciudad, cercada por dos grandes columnas de mármol blanco, se detuvieron. Gabriel vio cómo Nadia y Bruno intercambiaban miradas de aprensión.

—Vamos —dijo Matilde, adelantándose—. Habrá que enfrentar tarde o temprano a lo que sea que nos esté esperando allá.

Apenas Gabriel y los demás cruzaron la entrada, una multitud de sonidos irrumpió la calma de la colina. Gabriel observó impactado lo que suponía era la calle principal de la ciudad. Miles de artesanos y puestos con toda clase de objetos se encontraban a los lados de la calle, pero aún más variada era la multitud que componía el lugar. Personas de todas razas y colores abundaban los puestitos; malabaristas que con un pequeño movimiento de la muñeca conjuraban bolas de fuego

que luego equilibraban sobre sus manos. Mujeres que bailaban al ritmo de una música hipnótica, y que cambiaban el color de sus vestidos según los movimientos de sus caderas y brazos. Ancianos con turbantes en sus cabezas sentados en las veredas, que vendían pipas de las cuales salía vapor morado. Niños que jugaban con burbujas brillantes que nunca explotaban. Hombres de piel negra como la noche tiraban cartas blancas en el aire, que quedaban suspendidas hasta que elegían una, y señoras vestidas con túnicas tatuadas en diseños del sol que tejían grandes telares plateados.

—Es increíble —fue lo único que pudo decir Gabriel.

Mientras se hacían paso por la multitud, las personas comenzaron a reconocerlos. Gabriel sintió una oleada de pánico de parte de Nadia, pero no podía explicarse por qué. La gente no parecía hostil hacia ellos. Al contrario, cuando los reconocían, brillantes sonrisas se asomaban a sus ojos. Muchos intentaban tocarlos, o lanzaban frases de bienvenida y bendiciones a su paso. Sin embargo, la tensión de Nadia empezó a aumentar a medida que se internaban en las pequeñas calles de la ciudad, y Gabriel la miró con curiosidad.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Pero Nadia no alcanzó a contestar. De pronto,

de la nada, se vieron rodeados por hombres armados de lanzas con puntas de oro. Gabriel se estremeció al verlos. Sus ojos eran tan negros como su pelo, y algo en las expresiones de sus rostros hizo que el miedo de Nadia se le contagiara. Inmediatamente tomó una posición defensiva, protegiendo a Matilde con su cuerpo. Pero ella se desprendió del brazo de Gabriel y dio un paso adelante.

—¿Se puede saber qué creen que están haciendo? —dijo, con tono autoritario.

—Cumpliendo órdenes —le respondió uno de los soldados. Su voz era ronca y fría.

—¿Acaso no nos reconocen? —insistió Matilde—. Somos los herederos. Hemos rescatado a Gabriel. Apártense.

Pero los soldados no se movieron ni un centímetro.

—Eso es ridículo —dijo Bruno, después de un momento—. ¿Órdenes de quién?

—Nuestras, por supuesto —respondió otra voz, mucho más fría y desprovista de humanidad a sus espaldas.

Cuando Gabriel se dio vuelta, se encontró con dos hombres prácticamente iguales. Ambos altos y delgados, ambos con la piel tan blanca que parecían muertos, y los ojos igual de negros que los de los soldados. Pero uno tenía el pelo de un tono amari-

llo tan fuerte y tan poco natural que Gabriel sintió como si le quemaran los ojos, y el otro tenía el pelo tan negro como sus ojos, que miraban a Gabriel con una intensidad tal, que el chico tuvo que desviar la mirada. Algo en ellos hizo que una corriente helada recorriera el cuerpo de Gabriel. Pero al mismo tiempo, algo en los dos hombres que tenía enfrente le resultaba familiar. Escalofriantemente familiar.

Nadia

Nadia sintió que su cuerpo se paralizaba ante la imagen de los dos hermanos: Záh y Tanok. Este último tenía su vista enfocada en Gabriel, como una araña que se está preparando para comer a su presa. Pero Záh la miraba a ella. Y Nadia comprendió solo con esa mirada que no había escapatoria. Nadie traicionaba a los hermanos. Ella lo sabía muy bien.

—Ustedes no tienen el poder para arrestarnos —dijo Matilde, y Nadia se sorprendió de lo calmada y autoritaria que sonaba la voz de la chica. Tanok lanzó una horrible carcajada.

—Sí lo tenemos —dijo Záh, sin sacar su vista de Nadia—. Han pasado muchas cosas desde que se fueron, queridos herederos.

—Pero, hermano —agregó Tanok, con burla en su voz—, quizás los herederos no saben cuánto han estado fuera. Después de todo, el tiempo corre distinto allá en el mundo mortal.

Por primera vez, Nadia vio una sombra de duda en el rostro de Matilde.

—¿Y se puede saber de qué estamos siendo acusados, entonces? —preguntó Bruno.

—Simple —respondió Záh, todavía con la vista fija en Nadia—. De traición.

Bruno y Matilde miraron a los hermanos con incredulidad.

—¿Traición? —repitió Matilde—. Los únicos traidores aquí son ustedes, y todo el mundo lo sabe, Záh.

Nadia nuevamente se impresionó con la autoridad que resonaba en la voz de Matilde. Ella, Nadia, nunca se habría atrevido a hablarles así a los hermanos. Y algo en ese momento rompió la pared de hielo a través de la cual siempre se había relacionado con Matilde. Admiración por la valentía que poseía Matilde.

—Porque abandonar la ciudad en una época de crisis, siendo una autoridad, se considera una traición —dijo Tanok.

—Y estamos en una crisis, como bien sabían cuando decidieron ir en busca de Gabriel —añadió Záh—. Y los tres únicos herederos desaparecen del mapa. Alguien tenía que tomar las riendas de la ciudad.

—¡Pero si solo fuimos a rescatar a Gabriel! —gritó Bruno, con un tono de desesperación claro en su voz—. ¡Que ustedes habían secuestrado en el mundo mortal!

—No creo que eso importe a estas alturas —aseguró Tanok, y los hermanos volvieron a sonreír.

Pero en ese momento se escuchó un chirrido de metal, y a los pocos segundos Nadia vio aparecer por la calle una máquina que avanzaba hacia ellos. Parecía un tren en miniatura, completamente destartado, y Nadia se preguntó cómo podía avanzar si parecía estar a punto de caerse en pedazos. Cuando estuvo a pocos metros de ellos, Nadia vio aparecer a un hombre vestido con una bata blanca y grandes lentes ópticos que reflejaban todo y que hacían que el hombre pareciera un ser de otro mundo, con espejos en vez de ojos. Antes de que los hermanos pudieran reaccionar, el hombre lanzó un montón de chispas que se encendieron alrededor de ellos, como pequeños fuegos artificiales que estallaron por

todos lados provocando un estruendo tan fuerte que Nadia tuvo que taparse los oídos.

Todo sucedió demasiado rápido. El hombre, aprovechando que los hermanos estaban distraídos, tomó a Bruno por el brazo, que era el que estaba más cerca de él, y lo empujó al carro. Matilde y Gabriel no dudaron en hacer lo mismo, incluso cuando el carro comenzó a andar y echar humo.

—¡Nadia, corre! —le gritó Bruno, con la mano extendida para que la tomara.

Nadia corrió y alcanzó la mano de Bruno, que empezó a ayudarla a subirse. Pero antes de lograrlo, sintió dos manos frías y firmes que la agarraban por los hombros, y en menos de un segundo, el carro desapareció por las callecitas de la ciudad, dejando a Nadia abajo. Los gritos de Bruno y Gabriel se escucharon por un momento más, y luego desaparecieron. Y una voz fría le susurró en el oído.

—Nadie traiciona a los hermanos —le dijo Záh, apretando sus brazos tan fuerte que Nadia tuvo que contener un grito de dolor—. Tú, más que nadie, niña, lo sabes bien.

Y ella lo sabía.

9. Gritos en la ciudad

Nadia

La celda donde encerraron a Nadia era fría y húmeda, y la chica comenzó a tiritar de frío. La única ventana que había en el pequeño espacio estaba cercada por gruesas barras de metal, y a su alrededor no había nadie. La cárcel no era un lugar que se ocupara mucho en la Ciudad del Sol. Y al parecer, ese día Nadia era la única en ese lúgubre lugar. Tragó saliva compulsivamente y parpadeó varias veces, tratando de no llorar.

Así que finalmente había sucedido. La habían dejado sola. Aunque había estado esperándolo todo este tiempo, el shock todavía corría por sus venas. Aún podía ver con claridad el carro desapareciendo por las calles de la ciudad, dejándola sola a merced de los hermanos. La intensidad de la soledad que sintió en ese momento, en esa celda de metal fría, la dejó paralizada. Y sabía que nadie vendría por

ella. No tenía a quién acudir en verdad. No tenía contactos, ni amigos. Y su propia familia... no. No había nadie. Y su última esperanza había desaparecido, reforzando la certeza de que ella nunca había pertenecido al grupo de los herederos. Algo en esa idea, sobre todo al pensar en Bruno, hizo que sus ojos volvieran a llenarse de lágrimas, que secó impacientemente con las manos. Finalmente, se sentó en un rincón de la celda, sus brazos abrazando sus rodillas, y se largó a llorar. Qué importaba, a estas alturas, demostrar debilidad. Ya no le quedaba nada.

—Al parecer hoy se ha dado vuelta el mundo, pequeña —dijo una voz profunda a su lado.

Cuando Nadia levantó la cabeza se encontró con la imponente figura de Inti. Su pelo y barba dorados parecían elevarse con un viento que no existía, y sus ojos brillaban como dos pequeños soles.

—Inti —dijo Nadia con la voz quebrada, y se levantó del suelo, tratando de limpiarse los ojos. Nunca había visto al anciano fuera de sus sueños, pero le pareció tan familiar como si hubiera estado con él ayer.

—Hola, pequeña —saludó el hombre con una voz tan dulce que Nadia tuvo que contener las irracionales ganas de correr a sus brazos—. Veo que tu querida ciudad no te ha dado la más calurosa bienvenida.

—No, supongo que no.

—¿Quizás ha llegado la hora de que estés lista?

—¿Lista para qué?

—Ya sabes para qué, pequeña —contestó el hombre sonriendo.

Nadia sabía. Por alguna razón, este hombre quería que se fuera con ella a otro lugar, y una parte de ella quería hacerlo. Sentía una conexión con este anciano que no entendía, pero le inspiraba una profunda confianza, a pesar del vértigo que significaba ir a otro lugar. Y ahora, sobre todo ahora que ya no le quedaba nada en esta ciudad, la oferta era tan tentadora que Nadia tuvo que contenerse de suplicarle que la llevara con él. Y sin embargo... La imagen de Bruno apareció en su mente sin ser invitada. Y la de Gabriel. Nadia suspiró.

—No puedo irme contigo. Tengo que proteger a Gabriel.

—Ya no tienes que hacerlo —dijo Inti—. Gabriel ha vuelto a la ciudad. Ya no hay nada que puedas hacer para protegerlo. Solo la historia nos dirá si cumplirá o no su destino.

—¿Y cuál es su destino?

El anciano soltó una carcajada que pareció iluminar la pieza donde estaban.

—Eso no puedo revelártelo, pequeña. Pero si aún no estás lista para venir conmigo, entonces

puedo ayudarte ahora, en este incómodo presente en el cual te encuentras.

Con un largo y dorado dedo el anciano dibujó una pequeña puerta en la pared de la celda, que cobró un tono plateado y se iluminó por un breve momento.

—Esa puerta da al este de la ciudad. Si sigues en esa dirección, podrás llegar al Valle de las Sombras.

—Donde vive mi familia... —dijo Nadia, refiriéndose a la gente del valle.

—O lo que tú crees que es tu familia —agregó Inti, con un tono más triste.

Nadia estuvo a punto de preguntarle a qué se refería, pero algo dentro de ella la contuvo, como si en realidad no quisiera conocer la respuesta. En vez de eso, le preguntó otra cosa, que parecía más apremiante en este momento.

—Pero ¿cómo voy a llegar allá? Caminando me voy a demorar demasiado. Y los hermanos... — Nadia se estremeció.

—Mmm, ese es un problema.

El anciano llevó la mano a su cabeza y desprendió un cabello dorado de ella, que por un momento quedó flotando en el aire. Y Nadia vio asombrada cómo ese cabello comenzaba a crecer, dando forma a una crin, seguida del cuerpo de un

caballo. Pero no era como los caballos que habitaban la ciudad. Tenía el hocico más largo, crines doradas como el oro mismo y cuatro patas en forma de aletas, además de una cola que se parecía a la de un pez. Su aspecto daba la impresión de ser una mezcla entre un caballo y un reptil.

—Te presento al caballo marino chilote. Avanza mucho más rápido que un caballo normal —aseguró el anciano sonriendo—. Y es más inteligente.

Nadia no lo pensó más. Rápidamente, se subió sobre el animal y sintió su textura resbalosa. El caballo volteó su cabeza para mirarla. Sus ojos verdes brillaban.

—Solo tienes que indicarle a dónde ir —le dijo Inti, acariciando la crin del caballo como si se tratara de su mascota.

Nadia dudó unos segundos.

—Llévame al Valle de las Sombras. Necesito ver a mi mamá.

Y sin más, el caballo comenzó correr, o más bien deslizarse, llevándola lejos de la cárcel. Nadia se dio vuelta para ver a Inti, y la expresión de tristeza en el anciano hizo que se formara un nudo en su garganta. El caballo se deslizó rápidamente por los campos y bosques que rodeaban la ciudad, y antes de poder formular otro pensamiento en su mente, habían llegado al final del bosque y a la entrada

de su hogar. Nadia se bajó del caballo, y este se deslizó nuevamente hacia la ciudad, perdiéndose de vista en menos de un minuto. Con el corazón latiéndole a mil por hora, Nadia se dispuso a entrar. Pero antes de poder dar un solo paso, de un minuto a otro, la luz que siempre iluminaba este lugar se extinguió por primera vez. La oscuridad era absoluta, y Nadia sintió que el pánico se apoderaba completamente de ella. Durante cinco latidos que parecieron prolongarse infinitamente, la oscuridad permaneció, y Nadia escuchó los gritos de miedo y angustia de la gente del valle. Eso nunca había pasado antes, y la gente de este mundo no conocía la oscuridad, al menos no esta oscuridad, tan y completamente absoluta. Pero antes de que el pánico pudiera apoderarse por completo de ella, como si alguien hubiera encendido un interruptor, la oscuridad desapareció, y la misma luz de siempre, quizás esta vez un poco menos brillante, lo iluminó todo. Habían sido solo unos segundos de oscuridad, pero aún se escuchaban los gritos de la gente. Nadia, tragando saliva y tomando una larga bocanada de aire para calmarse, se dirigió a ellos en busca de su mamá.

Gabriel

Gabriel había gritado el nombre de Nadia hasta mucho después de que hubiera desaparecido. Todo había sucedido tan rápido, que no había tenido tiempo de pensar, ni de ayudar a Nadia. La culpa corría por su cuerpo tan viscosa que parecía como si hubiera reemplazado a su sangre. Cuando Záah había agarrado a Nadia, soltándola de Bruno, habían tenido que sujetarlo entre él y Matilde para que no se tirara del carro, que avanzaba con una velocidad increíble para lo mal que se veía. Después de eso, Bruno se había quedado en silencio, mirando por la ventana, como un fantasma. Matilde, sin embargo, una vez segura de que Bruno no se lanzaría, se había vuelto hacia el extraño hombre que manejaba el carro por las calles y calles de la ciudad echando vapor blanco por el techo.

—¿Quién eres y por qué nos ayudaste? —le preguntó, sin siquiera agradecerle por haberles salvado la vida.

Gabriel se sorprendió por la dureza en la voz de Matilde, y expandió su poder de empatía para saber qué estaba sintiendo. Lo que encontró lo sorprendió. Matilde estaba muerta de miedo.

Mucho más que él mismo. Pero una determinación y fuerza que brillaban en ella cuando se trataba de la ciudad hacían que actuara por sobre el miedo, controlándolo, pero aún sintiéndolo vivamente. Matilde se veía como una niña delicada y dulce, y lo era, pensó Gabriel en ese momento, pero era mucho más valiente y fuerte que todos los que se encontraban ahí en ese momento. Probablemente, que todos los que se encontraban en la ciudad.

El hombre de los espejos por ojos sonrió.

—Gabriel, ¿quieres explicarles tú quién soy?

Gabriel lo miró en blanco. Algo en él, como muchas cosas en este lugar, le parecía profundamente familiar, pero no lograba entender bien qué era.

—No se acuerda de nada —dijo Matilde—. Perdió sus recuerdos de la ciudad cuando ingresó al mundo mortal.

—Claro, claro —respondió el hombre—. Esa era la idea. Pero debería haberlos recuperado cuando volvió.

—¿La idea? —dijo Matilde, incrédula—. ¿Es que sabías acaso que Gabriel estaba secuestrado en el mundo mortal?

—Por supuesto —contestó el hombre—. Y no fue secuestrado. Fui yo el que lo ayudó a escapar.

Antes de que alguien pudiera responderle, de un momento a otro, el mundo se volvió oscuri-

dad. Gabriel pensó por un instante que se había vuelto ciego, pero los gritos de Matilde le dijeron que no era el único. Era la oscuridad más profunda que Gabriel había experimentado, más que las noches en el otro mundo, era como si toda la luz del mundo se hubiera extinguido. Y de pronto, de un segundo a otro, la luz volvió. Gabriel pasó un brazo por los hombros de Matilde, e intercambió una mirada con Bruno, que estaba tan pálido que parecía que iba a desaparecer.

10. El Valle de las Sombras

Gabriel

El carro dobló por una esquina y llegó a un sector aislado de la ciudad. Se detuvo frente a lo que parecía un gran terreno utilizado como basurero de chatarra. Había piezas de metal de todas las formas y figuras, pedazos de muebles y extraños vehículos en desuso. Y detrás del cerro de metal, una pequeña cabaña que parecía a punto de derrumbarse, hacia donde se dirigió el hombre sin esperar a que los demás lo siguieran. Después de una rápida mirada a Matilde y Bruno, Gabriel lo siguió. Algo en este extraño hombre le daba confianza, y lo último que había dicho, eso de ayudarlo a escapar de la ciudad, había resultado como un anzuelo para Gabriel. Tenía que saber.

El hogar del hombre era como un gran taller. Por todos lados había objetos extraños hechos con tuercas y pedazos de metal, herramientas y fórmu-

las dibujadas en las paredes. Gabriel nunca había estado en un lugar así.

—Así que no me recuerdas —le dijo cuando todos habían entrado—. Eso es algo que no estaba presupuestado. Me pregunto por qué.

—Dijiste que habías ayudado a Gabriel a escapar —dijo Bruno, hablando por primera vez desde que perdieron a Nadia—. ¿Sabes de qué estaba escapando?

El hombre dudó unos segundos.

—No del todo. Sé que lo estaban persiguiendo, y que estaba asustado porque había sido el elegido para gobernar. Había pasado unas pruebas o algo por el estilo.

Matilde asintió.

—¿Pero cómo sabías tú de eso? Muy pocos estaban enterados. Era un secreto —dijo Matilde, con emoción contenida en la voz.

—Porque Gabriel me lo contó. Éramos... bueno, podrías llamarnos amigos —dijo, y le guiñó el ojo a Gabriel—. Gabriel conocía mis experimentos con la ciencia y la tecnología, algo que, como bien saben, no es muy bien visto aquí porque no tiene relación con la magia o alguna estupidez por el estilo. Gabriel venía a verme seguido y yo le mostraba mis experimentos. Y la última vez que lo vi...

que te vi —dijo, mirando a Gabriel—, no parecías tú mismo. Nunca te había visto tan asustado. Por lo poco que me contaste, los altos mandos te habían amenazado con algo, pero no me dijiste qué. Y sabías que yo había estado trabajando en un umbral. El resto es historia, como dicen.

—Y ¿por qué lo ayudaste? —preguntó Matilde, con la sospecha aún viva en su voz, aunque menos pronunciada que antes.

—Porque me lo pidió —respondió el hombre, simplemente.

Hubo un momento de silencio. Luego, Bruno se aclaró la garganta.

—No nos hemos presentado —le dijo, ofreciendo su mano—. Yo me llamo Bruno, y ella es Matilde.

—Mika —dijo el hombre, estrechando la mano de Bruno.

—Y la chica que perdimos cuando nos rescaste se llama Nadia —agregó Bruno—. Y necesitamos encontrarla.

El hombre los observó en silencio un instante.

—Uhm... —dijo, rascándose una oreja—. Creo que puedo ayudarlos.

Nadia sintió que iba a explotar de los nervios. No había visto a su familia en tanto tiempo que se preguntó si aún se acordarían de ella. Claro que el tiempo en este lugar pasaba de manera distinta. Aun así, no pudo evitar recordar la última vez que había estado en el valle. La habían tratado de traidora por dejarlos, por irse a la guardia en la ciudad. Solo su madre la había apoyado. Su madre le había dado la idea, de hecho. Nadia no pudo evitar pensar en ese momento. Su mamá sabía que no encajaba en ese lugar, que nunca lo había hecho; que había sido una niña solitaria, diferente, que nunca iba a pertenecer por completo al Valle de las Sombras. Entonces había sugerido que se uniera a la guardia, y Nadia lo había hecho. Su mamá había sido la única persona que la había querido en su vida. Y le había dicho que se fuera.

Ahora, con el tiempo, Nadia no pudo evitar preguntarse si no habría otra razón por la cual su mamá la había mandado lejos de ahí.

A pesar de la hostilidad con la cual la gente de su propio hogar la había tratado al irse y de los sentimientos encontrados por ver a su mamá,

Nadia no pudo evitar sentirse feliz de regresar a sus tierras. El valle se encontraba surcado por las Montañas de Cristal, y el suelo comenzó a cambiar de algo sólido a extractos de polvo de diamante y piedra, que a Nadia le recordó la arena del desierto del mundo mortal, pero mucho más brillante y hermosa. Y aunque en su pueblo no llegaba la luz directamente, por eso el nombre de las sombras, las casitas doradas y las calles de piedra parecían brillar con una luz interior. La luz que tenía cada habitante del Valle de las Sombras.

Sin embargo, al entrar al valle, Nadia se detuvo, paralizada. Lo que vio fue simplemente un pueblo vacío. Se le apretó el estómago al ver su pequeño valle completamente deshabitado. Las pequeñas casitas doradas ya no brillaban, y no quedaba una sola piedra en los caminos, hechos ahora solo de polvo. Nadia siguió caminando por estas calles, sin poder creer que todos habían desaparecido, hasta que se encontró con un sector del pueblo cercado por grandes rejas plateadas. Podía escuchar voces al otro lado, y Nadia intentó encontrar la entrada.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz profunda.

—Me llamo Nadia, y una vez viví aquí.

Nadia esperó un largo segundo, y luego la improvisada puerta se abrió. Y quedó paralizada

ante la visión que se presentó frente a ella. Los que alguna vez habían sido brillantes habitantes del Valle de las Sombras ahora eran personas opacas, que se desenvolvían por el lugar como si fueran fantasmas. Nadia vio que el que le había abierto era un hombre bajo, de pelo naranja y ojos cafés que la miraba sospechoso.

—¿Qué pasó? —preguntó Nadia en un hilo de voz.

—Las sombras —dijo el hombre—. De un tiempo a esta parte se han ido apoderando del lugar. Hemos tratado de contenerlas, pero son como una infección. Ya no hay nada que hacer. Deberías volver y advertirles a los demás; este no es lugar para una niña como tú.

—Necesito ver a mi madre. ¿Sabes si sigue aquí?

—¿Quién es tu madre?

—Se llama Adela.

El hombre se quedó en silencio durante un rato. Y luego asintió con la cabeza.

—La hija de Adela. Muy bien, sigue por esa calle y dobla a la izquierda. Luego a la derecha y después a la izquierda de nuevo. Deberías llegar a su casa.

Nadia hizo lo que el hombre le indicó y recordó su antigua casa de inmediato, aunque ahora ya no brillaba como antes y el color dorado de

sus paredes se había opacado. Tocó la puerta tímidamente y la que la abrió fue nada menos que su propia madre.

—¡Mamá! —exclamó la chica y se lanzó a sus brazos. Su madre por un momento la abrazó con fuerza, pero demasiado temprano la soltó.

—Nadia... —la voz de su madre sonaba demasiado débil, y Nadia observó que su piel se había opacado y sus ojos se habían vuelto casi completamente negros—. Pensé que no volvería a verte. Este es un regalo de tu padre, estoy segura.

—¿Mi padre?

Nadia nunca había sabido de su padre. Su mamá nunca había querido contarle mucho, a pesar de las insistentes preguntas que había hecho una y otra vez cuando era niña.

—No importa. Hija. Estoy tan, tan, tan feliz de verte.

El corazón de Nadia dio un vuelco. Su mamá no había dejado de quererla.

—Pero no deberías haber venido.

—¿Por qué?

Su madre la miró, con la tristeza viva en sus ojos.

—Porque aquí, así como en toda la Ciudad del Sol, eres considerada una traidora.

—¿Por qué? —repitió Nadia—. ¿Porque dejé el valle?

—No. Porque dejaste la Ciudad del Sol. Los altos mandos le han dicho a la gente que lo que está pasando es culpa de los traidores que han dejado nuestro mundo, gobernados por la codicia de las cosas que ofrece el mundo mortal.

—¡Eso no es cierto! Mamá, los altos mandos están mintiendo.

En ese momento, Nadia se dio cuenta de que por la ranura de la puerta largos tentáculos negros comenzaron a ingresar a la casa, como si fueran serpientes. Dio un paso atrás, de pronto aterrorizada ante esos tentáculos.

—Son las sombras. Se han apoderado del valle. Tienes que irte, Nadia.

—Pero aquí está mi hogar. Estás tú.

—No. Aquí ya no queda nada. Y no toda tu familia se encuentra en este lugar.

—¿Qué quieres decir?

Los tentáculos empezaron a rodear los pies de su mamá, pero por alguna razón no parecían poder tocarla a ella. Nadia trató de tirar de la mano a su madre, pero ella no la dejó.

—Tu verdadero padre está allá afuera. Tienes que encontrarlo, es tu única oportunidad.

En ese momento, la puerta de la casa se abrió y aparecieron tres hombres, sus ojos completamente negros.

—La traición es penada por la muerte en nuestro hogar, lo sabes bien, Adela.

—Por favor —rogó su madre tratando de proteger a Nadia con su cuerpo—, ya les dije, ella es inocente. Es un error, por favor, por favor.

Pero los hombres las agarraron y las esposaron. Nadia trató de resistirse, pero la fuerza de los hombres era demasiado para ella. Los hombres las guiaron cuesta arriba, y Nadia se dio cuenta de que se dirigían hacia el Volcán de Fuego. El pánico nuevamente se apoderó de ella. ¿Qué pensaban hacer con ellas? ¿Tirarlas al volcán?

Cuando llegaron a la cima, Nadia vio que había más gente congregada alrededor de la boca del volcán. Parecía como si estuvieran realizando una especie de ritual. La gente del valle era sumamente religiosa y, a la vez, muy supersticiosa. A Nadia nunca le había interesado nada de eso. Una de las miles de razones por las que nunca había encajado bien en ese lugar.

—Has contaminado nuestro hogar, niña —dijo uno de los hombres—. Desde tu nacimiento hasta tu traición, has ido envolviendo el valle en oscuridad y le has quitado la luz a las personas.

—¡Qué! —exclamó Nadia—. ¡Ni siquiera sabría cómo hacer eso!

—Que lo sepas o no es irrelevante —explicó

una de las mujeres, que parecía ser la que lideraba la especie de ritual—. Tu sola existencia llena de sombras los lugares a donde vas. Llevas la oscuridad contigo.

—¡No!

Nadia no podía creer que eso fuera cierto. Y sin embargo, siempre había sentido que algo oscuro habitaba dentro de ella. Siempre había pensado que era simple mal humor, pero quizás era cierto. Quizás todo lo que había pasado con Gabriel, todo lo que estaba sucediendo en la ciudad ahora mismo, era su culpa. Dos grandes lágrimas rodaron por su rostro, y Nadia no se molestó en secárselas.

—Nadia es pura luz —dijo su mamá—. ¿No lo ven? ¡Es el sol mismo!

Pero antes de que pudiera seguir, uno de los hombres le dio un puñetazo en la cabeza, y su madre cayó al suelo, inconsciente. Los tentáculos de sombras, al verla en el suelo, se abalanzaron hacia ella hasta taparla por completo. Un momento después, desaparecieron, como si su cuerpo las hubiera absorbido. Su madre permaneció en el suelo, pero Nadia vio cómo abrían los ojos, que ahora eran completamente negros.

—¡Mamá! —gritó Nadia, pero no pudo moverse. Los hombres la tenían agarrada tan fuerte que le dolían los brazos, y a lo lejos escuchó una can-

ción tétrica que las mujeres alrededor de la boca del volcán habían comenzado a cantar.

Nadia supo en ese momento que iba a morir. Y el único pensamiento que pudo formular en su mente no tuvo que ver con su mamá, con Gabriel o siquiera Bruno. La palabra que inundó su mente era simple y poderosa: Inti.

11. El invento de Mika

Gabriel

Mika los guio hacia la parte de atrás de lo que él llamaba su casa. Gabriel estaba impaciente, tenía un presentimiento oscuro y temía por Nadia más que por su vida misma en ese momento. Bruno seguía pálido, y Gabriel no tuvo necesidad de usar su poder para saber que se sentía igual de angustiado que él. Hasta Matilde, que nunca se había mostrado particularmente amigable hacia Nadia, le pidió a Mika que se apurara, porque su amiga estaba en peligro.

Llegaron a una habitación en la cual solo había un gran espejo. Gabriel se preguntó si Mika realmente podría ayudarlos o si en realidad estaba tan loco como parecía. Pero luego recordó que él mismo había confiado en el extraño hombre en la más peligrosa de las situaciones en el pasado.

—Aquí lo tienen —dijo Mika apuntando al espejo, como si fuera el invento más tecnológico que existiera en el mundo.

—Eh... es un espejo —dijo Bruno, con la irritación clara en su voz.

—¿Ah, sí? ¿Puedes ver tu reflejo?

Solo entonces Gabriel se dio cuenta de que, a pesar de que los cuatro estaban frente al gran espejo, no podían ver sus reflejos. Solo la pieza, como si ellos mismos fueran fantasmas. Un involuntario estremecimiento recorrió su cuerpo.

—¿Por qué no...? —comenzó Bruno, pero Mika lo interrumpió.

—Es un trasladador. Refleja espacios, pero no personas. Las personas viajamos a través de los lugares, pero los lugares están siempre ahí. ¿Se entiende?

—No —contestaron los tres a la vez.

—No hay tiempo de explicarlo, pero descubrí cómo conectar la mente con los espacios utilizando un acelerador de partículas de diamante. Para trasladarse, solo tienen que pensar en un lugar o en una persona, y el trasladador los transportará ahí.

—Suena demasiado fácil —dijo Matilde.

Mika lanzó una carcajada.

—¿Sabes? Cada vez me caes mejor. En realidad, la forma en que funciona es mucho más complicada, y tiene un cierto, digamos, marco de error.

—¿Marco de error? —repitió Matilde.

—Leve. Digamos que pueden aparecer uno o dos kilómetros más allá o acá. Nada de vida o muerte.

Y antes de que Matilde pudiera replicar, Bruno la arrastró hacia el espejo. Los tres chicos se pusieron frente al cristal y Mika retrocedió hacia la puerta.

—Recuerden pensar en su amiga. Luego, simplemente crucen el espejo. A prueba de tontos.

Y salió de la pieza cerrando la puerta tras de él.

—¿Listos? —preguntó Bruno.

—Listos —repitieron Matilde y Gabriel.

Gabriel pensó en Nadia. En su mejor amiga. En la persona que lo conocía más que nadie en el mundo. Recordó lo linda que se veía rodeada de girasoles. Y con esa imagen en la mente, con la risa musical de Nadia mientras corría cuesta abajo, Gabriel cruzó el espejo.

Y de un segundo a otro, los tres se cayeron de un gran ropero. Gabriel se levantó y ayudó a Matilde, y miraron una habitación completamente desconocida.

—¿Dónde estamos? —preguntó Matilde.

En ese momento entró una señora envuelta solo en una toalla. Al verlos comenzó a gritar desahogada y a perseguirlos con una lámpara. Los tres chicos arrancaron de la casa lo más rápido que pudieron, y corrieron por el camino de polvo brillante hasta que ya no pudieron escuchar los gritos de la señora.

—Maldito Mika, loco, raro, cuatro ojos...

Gabriel no pudo evitar sonreír al escuchar a Bruno despotricar contra Mika. Pero en ese momento escuchó una canción extraña, que hizo que se le pusieran los pelos de punta. Alzó la vista y allá al fondo, en un pequeño volcán, un montón de gente estaba reunida alrededor del fuego. Y en el medio, y el corazón de Gabriel dio un vuelco, Nadia.

—Sombras —dijo Matilde, y solo en ese momento Gabriel se dio cuenta de que largos tentáculos negros se deslizaban por el suelo, y sintió la mano de Matilde encontrar la suya. El contacto con la piel de la chica hizo que Gabriel se sintiera un poco mejor.

En ese momento, Gabriel percibió una presencia poderosa a su espalda. Los chicos se dieron vuelta y se enfrentaron a un anciano de barba y pelo dorado, de ojos brillantes y piel resplandeciente que encandiló a Gabriel. Nunca había visto a alguien como ese hombre.

—Saludos, pequeños guerreros —les dijo el anciano, haciendo una reverencia. Gabriel no pudo hacer otra cosa que mirarlo embelesado—. Creo saber lo que están buscando.

—¿Conoce a Nadia? —preguntó Bruno en un hilo de voz.

—Así es, pequeño ilusionista. Y llegan justo a tiempo. ¿Ven ese volcán al fondo del valle? Nadia está a punto de ser sacrificada en él.

—¡No! —gritaron los tres a la vez.

—No, yo también preferiría que no sucediera. Y no creo que a ningún tipo de dios le gustaría un sacrificio, menos el de una niña —aseguró el anciano, dirigiendo esto último más a sí mismo que a ellos. Gabriel lo miró sin poder articular una palabra. Algo en el anciano lo hacía sentir de una manera que nunca había experimentado. A un mismo tiempo, la mayor felicidad que hubiera creído posible y la más grande tristeza que hubiera vivido. Solo fue la presión de la mano de Matilde, que aún no había soltado la suya, que hizo que su cabeza comenzara a funcionar de nuevo.

—¿Puedes ayudarnos? —preguntó Bruno en un hilo de voz.

—Déjame hacerte yo una pregunta a ti —respondió el anciano—, ¿puedes crear luz?

—Solo la ilusión de luz —contestó Bruno—, pero no la luz verdadera. Digo, si estuviéramos en la oscuridad —y Gabriel recordó, con un escalofrío, momentos atrás cuando todo había quedado completamente oscuro—, no podría hacer nada.

—No creo que eso sea un problema ahora —dijo el anciano, sonriendo—, al menos no por el

momento. Si puedes crear un haz de luz desde este lugar hasta la cima del Volcán de Fuego, puedo hacer que se convierta en un camino, por el cual llegarán mucho más rápido que si caminaran o incluso corrieran hasta allá. Pero no puedo hacer nada más. Esto ya es demasiado, de hecho. Pero no nos queda mucho tiempo, ni a ustedes, ni a mí, ni a mi querida ciudad.

El anciano parecía estar medio delirante, pensó Gabriel. A ratos hablaba como si se hubiera olvidado que ellos estaban ahí, o como si estuviera hablando con alguien más. Pero Bruno, al parecer demasiado desesperado por llegar hasta Nadia como para pensar en otra cosa, hizo lo que el anciano le pidió, y de sus manos salieron varios rayos de luz, que a Gabriel le recordaron fugazmente a un joven Zeus, que se estiraron como telarañas hasta la cima del volcán. Y en menos de un segundo, delante de ellos había un camino blanco, casi transparente, si no fuera por los haces de luz que se movían por el camino como rayos de electricidad.

Nadia

Dolor.

Lo único en que podía pensar Nadia en ese momento era eso, el dolor que le provocaban los tentáculos de sombras, que finalmente habían logrado tocarla, y que ahora se lanzaban hacia ella como látigos, cada uno quemando su piel con fuego helado, y produciéndole el peor dolor que había sentido en su vida. ¿Por qué no la tiraban de una vez al volcán, y acababan con todo eso? Nadia casi rogó por su muerte para dejar de sentir, para terminar con todo, los ojos cerrados, el cuerpo tenso, y la canción de muerte que las mujeres parecían no dejar de cantar como un eco en su cabeza.

Y en ese momento, cuando todo era oscuridad y dolor, en su mente se formó una imagen, tan luminosa como para que Nadia pudiera aferrarse a ella, al último esfuerzo por no rogar por su muerte. Bruno. Los ojos dorados opacos de Bruno, su voz, la forma en que se aferró a su mano y la expresión en su rostro cuando Záah hizo que lo soltara. De pronto más imágenes. Bruno más joven, hundiéndose en el pantano. Bruno apartando un mechón de pelo de su cara. Bruno sonriendo al verla correr entre

los girasoles. Sus dedos entrelazados con los suyos mientras bajaban por la colina, su piel, su sonrisa. Y en ese momento, en vez de desear que la muerte llegara de una vez, Nadia deseó vivir, alcanzar a vivir lo suficiente como para ver a Bruno una última vez. Fue entonces cuando escuchó su voz.

—¡Nadia!

La chica sonrió, con los ojos todavía cerrados. Su mente le estaba dando un último regalo, el eco de la voz de Bruno, en su último momento de vida.

—¡Nadia! ¡No!

La chica abrió los ojos de golpe. Y tuvo que parpadear varias veces. Frente a ella estaban Gabriel, Bruno y Matilde, jadeando como si hubieran corrido una maratón. Y detrás de ellos, un camino blanco brillante, que contrarrestaba con la oscuridad que se había apoderado del lugar. Los hombres no hicieron nada por detenerlos. Pero los tentáculos de sombras comenzaron a deslizarse hacia ellos. Y por segunda vez desde que había regresado a la ciudad, la luz se apagó por completo. La más completa oscuridad los envolvió y Nadia se dio cuenta de que por muy oscuro que se hubiera vuelto el valle, esto era la verdadera falta de luz. Esta vez la oscuridad duró mucho más tiempo que antes, y las mujeres e incluso algunos de los hombres que estaban ahí, empezaron a gritar. Nadia en ese momento pensó

que la oscuridad duraría para siempre. Pero de un segundo a otro, la luz volvió, aunque esta vez no brillante como el sol en el cielo a mediodía en el mundo mortal, sino que más rojiza, como los atardeceres. Y con pánico vio que en los momentos de oscuridad los tentáculos de sombras se habían apoderado de la mitad de los cuerpos de sus amigos. ¿Sería ella la que traía la oscuridad? ¿Tendrían razón los habitantes del valle, y todo esto era porque había algo negro dentro de ella? Y entonces recordó las palabras de su madre. “Ella es pura luz”. No, se dijo Nadia. La razón por la que querían sacrificarla no era porque había oscuridad dentro de ella, sino porque había luz.

Gabriel

—¡Nadia! —volvió a gritar Bruno, tratando de luchar contra los tentáculos en vano.

Gabriel intentó moverse, pero se dio cuenta de que sus pies estaban amarrados por las sombras. El contacto con ellas no le producía dolor, exactamente. Eran como látigos fríos, que en vez de quemarle la piel, como al parecer le sucedía a

Nadia por el aspecto de su piel, se deslizaban por su cuerpo con facilidad, como serpientes. Gabriel se estremeció.

—Gabriel —dijo Matilde, con el miedo vivo en su voz—, haz algo.

—¿Pero qué puedo hacer? —le preguntó él, desesperado—. Mi habilidad es lo peor. No sirve de nada. Yo no sirvo de nada.

—Eso no es cierto —urgió Matilde—. Si no haces algo, vamos a morir.

Matilde estaba pálida y era evidente que el contacto con las sombras le producía dolor, mucho más que a él. El miedo, ahora por la vida de Matilde, le dio un tirón de adrenalina.

—Bruno, ¿no puedes crear algo, alguna ilusión? —le preguntó Gabriel, desesperado.

—No, las ilusiones no bastarán en este momento, amigo —dijo él con una voz demasiado cansada.

E instintivamente, Gabriel hizo lo único que podía hacer: intentar sentir lo que los demás sentían. Al principio se encontró con una pared; los habitantes del Valle de las Sombras parecían estar hechos de piedra más que de emociones, pero supo que eso solo se debía a la oscuridad. Trató de internarse en ellos, de pasar por sobre las sombras y después de un momento, lo logró. Lo que

sintió entonces fue una ola de tristeza que casi lo derrumba, y solo entonces Gabriel se dio cuenta del verdadero poder de las emociones.

Y se concentró. En vez de absorber la tristeza que, a pesar de estar controlados por las sombras, habitaba en toda la gente que tenía alrededor, se concentró en proyectarla. Y vio, asombrado, cómo las expresiones de los habitantes comenzaban a cambiar. Las sombras no desaparecieron, pero soltaron sus tentáculos sobre ellos, claramente repelidos por esta oleada de emoción que parecía salir desde los cuerpos de todos, y Nadia finalmente pudo escapar de ellos y unirse a él y a Bruno, que la recibió en sus brazos. Aun en las condiciones extremas en las que se encontraban, Gabriel no pudo evitar sentir un poco de celos al ver cómo Nadia cerraba los ojos ante el contacto con los brazos de Bruno, y la expresión de profundo alivio y algo más en la cara de su amigo. Pero no tuvo tiempo de pensar en ello, porque nuevamente el sol pareció apagarse y quedaron sumidos en la más completa oscuridad. Los gritos resonaron como eco en el valle, y Gabriel sintió la mano de Matilde, y el hombro de Bruno. Y milagrosamente, el camino blanco que había conjurado el anciano seguía ahí. Los cuatro chicos corrieron hacia la luz antes de que los demás pudieran hacerlo, ya que

se encontraban más cerca, pero momentos después sintieron los pasos y gritos de los otros.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —gritó Bruno.

—Inti —dijo Nadia, en casi un susurro, pero que se escuchó por sobre los gritos de los demás.

En ese momento se oyó un graznido. Gabriel vio un haz de luz surcar el cielo, seguido de dos alas plateadas y doradas, y se preguntó qué infierno les esperaba ahora. Ante ellos se presentó un gran pájaro que más que ave parecía un dragón. Sus alas metálicas iluminaron la oscuridad, sus ojos despedían luces de color azulino, y el chico pensó fugazmente que jamás había visto una criatura como la que tenía enfrente. El gran pájaro, tan delicado como un cisne, aterrizó sobre ellos y enfocó sus ojos luminosos en la cara de Nadia.

—Es un alicanto —dijo Matilde en un susurro.

El ave se inclinó y los chicos no dudaron más. Se subieron en la espalda del extraño animal, y este emprendió el vuelo sin un solo sonido, dejando un haz de luz en el aire por donde se deslizaba. En ese momento la luz volvió a la Ciudad del Sol, pero el sol mismo ya no brillaba como antes, y el color que tomó la luz más se parecía a un atardecer, tirado para anochecer, que a la mitad

de un día. Gabriel supo entonces que la extinción del sol era algo inminente, y que por alguna razón los cuatro chicos tenían algo que ver en esta historia. La palabra destino apareció en la cabeza de Gabriel, pero ahora lo importante era escapar, lo más lejos posible del valle y de las sombras que nuevamente habían comenzado a apoderarse de su gente. Nadia soltó un sollozo, y solo una palabra salió de su garganta: mamá.



12. A orillas del mar

Nadia

Al tomar contacto con el gran pájaro, Nadia sintió una corriente de calor recorrerle el cuerpo. Algo en el majestuoso animal le resultaba tan familiar como ella misma, y con una mano acarició el plumaje suave del alicanto. Al hacerlo, soltó una nota, solo una, que pareció quedar suspendida en el aire. Un nudo se formó en su garganta al escucharla, y la imagen de los ojos negros y de la cara pálida de su madre hizo que se jurara a sí misma que pronto volvería por ella. Cerró los ojos sintiendo solo el suave plumaje del alicanto bajo sus manos, el viento en su cara y los brazos de Bruno alrededor de ella.

El alicanto poco a poco comenzó a descender, dejando un haz de luz que coloreaba este cielo rojizo. Nadia vio que empezaban a acercarse al océano. Un mar completamente transparente, que

dejaba ver miles de peces y criaturas de colores, se alzaba bajo ellos y pronto el gran pájaro descendió hasta posarse suavemente en la arena. Cuando se bajaron, Nadia fijó sus ojos en los del alicanto.

—Gracias —le dijo, acariciando una vez más su plumaje.

El alicanto hizo una pequeña reverencia, y emprendió el vuelo, dejando un haz de luz y sin proyectar una sola sombra bajo su gran cuerpo.

A Nadia siempre le había gustado el mar. La playa estaba hecha con arena blanca, y miles y miles de diamantes de tamaño ínfimo tapizaban la superficie, que proyectaban la luz del sol haciendo que todo el lugar brillara con un resplandor blanco. El agua, de color completamente transparente, estaba en calma, solo pequeñas olas chocaban contra la orilla de forma casi perezosa, y los cuatro chicos se desplomaron sobre la arena.

—Gracias —dijo Nadia, después de un largo momento, mirando a todos menos a Bruno—. Gracias por venir por mí.

Gabriel, Matilde y Bruno le sonrieron. Nadia no pudo evitar sonreír de vuelta al ver, probablemente por primera vez en su vida, la lealtad y el lazo que los unía reflejados en las expresiones de sus amigos. En ese momento, Nadia se dio cuenta de que algo la unía a estos tres chicos; algo más

allá de la amistad formada por las aventuras que habían vivido, más que el lazo de protección que la unía a Gabriel, o la atracción que había crecido hacia Bruno. Algo más fuerte, que en ese momento brillaba por sobre todo lo demás, la unía a Matilde, Bruno y Gabriel. Después de un momento de silencio, Gabriel habló.

—¿Quién es Inti? —preguntó, fijando su vista en Nadia.

—Sí —dijo Bruno—, sin él no habríamos podido rescatarte. Ni salir de ahí.

Nadia no respondió enseguida. En su cabeza giraban muchas ideas, algunas tan irracionales que ni siquiera se atrevía a verbalizarlas. Suspiró.

—No sé —dijo—. Pero me ha visitado varias veces en mis sueños. Y nos ha salvado varias veces. Creo... —Nadia tragó saliva— creo que es... el sol.

Hubo un gran momento de silencio.

—¿Quieres decir, el sol, sol? ¿El dios sol?

Nadia de pronto se levantó, sin contestar la pregunta de Bruno. Necesitaba estar sola para aclarar sus ideas. Se sacó los zapatos, y se dirigió a la orilla. A su espalda podía escuchar a sus amigos comentando lo que había pasado, pero trató de ignorarlos. El contacto con el agua cálida, la suavidad de la arena en sus pies, y el olor a sal y agua

hicieron que poco a poco comenzara a calmarse. Y en su cabeza por fin empezaron a hilarse las ideas.

Las sombras se estaban apoderando de su hogar, eso estaba claro. Y lo que estaba claro también era que no se iban a detener ahí. Ya había ciudadanos infectados por ellas, y era cosa de tiempo hasta que toda la ciudad quedara atrapada por las sombras. Y Nadia ahora estaba segura de que los hermanos Záh y Tanok eran los que controlaban la oscuridad que poco a poco se estaba apoderando de este mágico lugar. Por alguna razón, Nadia sabía que Gabriel jugaba un papel importante en todo esto. Una vez que asumiera el poder, podría desterrar a los hermanos y sanar a la ciudad. Era la única opción. Sin embargo, algo en el fondo de su cabeza le susurró que ella también tenía su lugar en esta historia. "Solo cuidar y proteger a Gabriel", se dijo firmemente, mientras pequeñas olas transparentes chocaban suavemente contra sus pies.

La voz de Bruno la sobresaltó.

—¿Estás bien?

Nadia no se dio vuelta de inmediato. Cerró los ojos al escuchar su voz, recordando la angustia que había experimentado solo horas atrás, y el último rezo para ver la cara de Bruno, por tocarlo, antes de morir. Nadia suspiró, y abrió los ojos para enfrentar a Bruno. Por un segundo, no pudo hablar, impactada

por la belleza de su piel caramelo, que parecía brillar con el resplandor de la arena y del agua. Bruno parecía un ser sobrenatural, de esos que uno adora, y no toca. El chico dio un paso adelante, indeciso.

—¿Estás bien, Nadia? ¿Te hicieron algo... algo más, esas sanguijuelas?

Nadia se sorprendió por el nivel de rabia y amenaza que había en la voz de Bruno, y de pronto recordó el gran perro negro en que se había transformado el chico la primera vez que lo conoció. Nadia negó con la cabeza, tragando saliva.

—No —dijo, tratando de evitar esos ojos dorados opacos que la miraban con tanta intensidad—. No me hicieron nada. Estoy bien. En serio.

Bruno la miró incrédulo. Por alguna razón a Nadia le costaba mentirle. Era como si pudiera leerla, como si fuera un libro abierto. Bruno se acercó aún más, y lentamente, como dejándole tiempo a Nadia para retirarse, le apartó un mechón de pelo de la cara. Ahora estaba tan cerca que Nadia podía ver el círculo verde que rodeaba la pupila dorada de Bruno. Su cercanía hizo que una corriente de electricidad le recorriera el cuerpo. Y entonces, despacio, muy despacio, Bruno juntó sus labios con los de Nadia. Y la besó.

—Siento como si te conociera desde siempre —le dijo Bruno, todavía rodeándola con sus brazos.

Nadia cerró los ojos, tratando de tatuar las palabras de Bruno en su cabeza. No importaba lo que pasara ahora; esto, este momento, era perfecto. Y nada de lo que sucediera en el futuro podría borrarlo.

—Yo también —confesó Nadia, finalmente—. Ese día, cuando los dos éramos niños, en el bosque de las arenas movedizas, sentí lo mismo. Cuando te vi luchando en el pantano, fue como si me hubiera reencontrado contigo después de mucho tiempo.

Se quedaron así un largo momento, Nadia con su cabeza apoyada en el hombro de Bruno. Hasta que él, besando su frente, suspiró.

—Tenemos que volver a la ciudad, ¿cierto?

—Sí —contestó Nadia, como despertando de un trance—. Tenemos que encontrar a los hermanos. Y detener el avance de las sombras a la Ciudad.

Bruno no habló por un largo momento, y Nadia se sorprendió al darse cuenta de que la expresión del chico estaba mucho más seria y melancólica. Se acercó a él, y el chico suspiró, rodeándola nuevamente con sus brazos.

—No es justo —dijo finalmente—. Siento que te he estado buscando toda la vida, desde que éramos niños. Y ahora, cuando por fin te encuentro, no hay tiempo.

Nadia sonrió y se paró en puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Ya lo habrá.

O al menos, eso esperaba.

Gabriel

—Quisiera poder recordar mi vida aquí —le dijo a Matilde, sin soltar su mano.

En este momento lo único que importaba era el contacto con la piel de la chica, su olor, su belleza bajo el sol. Y sus amigos más allá, cerca del mar, brillando como si fueran criaturas marinas, fuera de este mundo. Sintió una oleada de cariño hacia Bruno y Nadia, y de pronto supo que algo los conectaba a los cuatro. Este momento, como paralizado en el tiempo, parecía perfecto. Todo lo que amaba en este mundo estaba aquí. Sus amigos y su hogar.

—Yo también —dijo Matilde—. Hay algo que quiero mostrarte.

Y apretó los dedos en su frente. En ese instante, miles de imágenes comenzaron a pasear por

la mente de Gabriel hasta detenerse en una en particular.

Estaba con una Matilde más joven, en un jardín lleno de árboles blancos que parecían nevados bajo la luz. Matilde estaba feliz, y más que caminar entre ellos, bailaba. Él, sin embargo, no podía unirse a ella, porque la tristeza lo tenía amarrado por los pies. Matilde se acercó a él.

—¿Qué pasa? —le preguntó con esa voz dulce que tenía el poder de derretirlo.

—Sabes lo que pasa.

Hubo un momento de silencio.

—No entiendo —dijo ella, frunciendo el ceño—. Pensé que querías gobernar.

—No estoy tan seguro. Quizás... quizás los resultados de las pruebas se equivocaron. Tú deberías gobernar, Matilde. O Bruno. Pero no yo.

—Sabes bien que las pruebas no se equivocan, Gabriel. Tú y yo lo hemos sabido desde siempre y Bruno también. Eres tú el que debe gobernar. Pero nunca estarás solo, Gab, Bruno y yo siempre estaremos aquí. Lo sabes, ¿no?

Gabriel no contestó durante un largo momento. Luego suspiró.

—No estoy seguro de poder ser lo que esperan de mí. Ni siquiera sé si quiero serlo. A veces pienso... ¿Alguna vez has pensado en salir de aquí?

Matilde lo miró horrorizada.

—¿De la ciudad?

—Sí. Poder viajar, conocer otros mundos.

Matilde lo miró un largo momento. Aún observando la escena, Gabriel no pudo evitar que una corriente eléctrica le recorriera el cuerpo al ver la intensidad con que esos ojos dorados se enfocaban en él.

—¿Y me dejarías?

Gabriel suspiró, y rodeó a Matilde con sus brazos.

—No, linda. Nunca podría dejarte.

La imagen se desdibujó de la mente de Gabriel cuando Matilde retiró sus dedos de su frente. Se miraron un momento, el chico intentando descifrar lo que acababa de ver.

—Al final, sí pudiste dejarme —dijo ella con una voz tan triste que Gabriel habría dado hasta su propia alma con tal de hacerla desaparecer. No sabía qué decir. La sensación de calor que le producía la idea de haber estado enamorado de Matilde se contraponía con la culpa de haberla dejado.

—No recuerdo por qué lo hice, Matilde. Perdóname.

Hubo un momento de silencio. Gabriel vio a lo lejos a Nadia hablar con Bruno, y el mar a sus espaldas extendiéndose como un segundo cielo en la tierra.

—Creo que fue miedo. El miedo es una cosa muy poderosa, ¿no crees, Gabriel?

—Sí, lo es.

El silencio se extendió entre ellos como ese mar que se alzaba detrás de sus amigos. Gabriel suspiró, preguntándose por enésima vez por qué habría dejado la ciudad. Mika le había dicho algo que en ese momento no había procesado por completo. Que lo había ayudado a escapar porque alguien había amenazado a Matilde y a Bruno. Pero ahora, la visión de Matilde le planteaba otro escenario, uno en el cual él, por cobardía, o por lo que sea, había abandonado su deber, había abandonado a sus amigos y a su ciudad por el mero capricho de querer viajar. Quizás había sido una mezcla de las dos cosas. Y en ese momento Gabriel sintió como si algo hubiera encajado en su pecho. Como si una pieza que hasta entonces no sabía que tenía perdida, por fin hubiera encontrado su lugar. Gabriel supo en ese instante que tenía dos opciones. Una era dejarse absorber por el pasado, por sus temores y la culpa. Por esa sensación de que no era suficiente, por el miedo que le daba gobernar este increíble lugar y enfrentarse a las sombras, la culpa de haber dejado su hogar y sobre todo a Matilde. Y hundirse en todo ello. O, la otra opción, era aceptar el pasado. Aceptar que dentro de él había un niño cobarde, y quizás

egoísta, que no quería tener responsabilidades y que le aterraba la idea de enfrentarse ante la oscuridad, y hacer algo al respecto. Aceptar que tenía miedo, pero actuar de todas maneras, a pesar de él, con él. Gabriel decidió actuar. Supo que había llegado la hora de enfrentarse a los hermanos, y salvar su hogar, aunque por dentro solo quisiera arrancar. La valentía, entendió, no era actuar sin miedo, sino actuar a pesar de él.

—Matilde —le dijo a la chica, tomando su mano—, no recuerdo por qué me fui, pero sé que en parte fue por cobarde y porque no quería asumir la responsabilidad de gobernar. Por mi culpa la ciudad quedó abandonada y las sombras comenzaron a apoderarse de ella.

Matilde iba a decir algo, pero Gabriel la interrumpió.

—Tengo, o sea, tenemos que recuperar nuestra ciudad. Y evitar que el sol se extinga por completo.

Los dos chicos miraron instintivamente al cielo, que tenía ese tono rosado y azul del comienzo del anochecer. Matilde se estremeció, y Gabriel puso sus brazos alrededor de ella.

—No te preocupes, linda. No estamos perdidos. Tenemos algo que los hermanos no tienen.

—¿Y qué es eso? —preguntó Matilde, tocándole la cara con esa piel tan suave que tenía. Gabriel

cerró los ojos ante el contacto con ella, y luego los abrió, enfocando la vista en sus dos amigos cerca de la orilla.

—Tenemos a Nadia —dijo Gabriel.

13. La oscuridad

Gabriel

A pesar de las apariencias, los chicos descubrieron que no estaban demasiado lejos de la ciudad si tomaban un desvío que daba hacia una de las entradas laterales. Caminaron por el sendero de pequeñas piedras de colores que unía el mar con la ciudad, e hicieron la mayor parte del trayecto en silencio, cada uno concentrado en sus propios pensamientos y probablemente, pensó Gabriel, en sus miedos. Él, por su parte, estaba tratando de recordar. Desde que había entrado a la Ciudad del Sol, Gabriel había luchado contra las imágenes y sensaciones familiares que este lugar y sus habitantes le producían. Era como si recordara un sueño o una historia contada hace mucho tiempo, demasiado como para acordarse de los detalles. Pero por la visión de Matilde, descubrió que efectivamente Bruno, Matilde y él eran los herederos de

la ciudad, y debido a una suerte de pruebas, Gabriel había sido elegido para gobernar. Y entonces suponía que había sido por eso, por no querer ser el gobernante de la ciudad, que había escapado, dejando a sus mejores amigos atrás, y a su gente. Había sido un cobarde. Y esa idea fue como una punzada en su estómago.

Cuando llegaron a la entrada lateral de la ciudad después de varias horas, los cuatro amigos se detuvieron. La luz, que ahora no se reflejaba en el agua clara del mar, parecía estar mucho más débil, casi como cuando el sol ya se había escondido detrás de los cerros en el mundo mortal. Gabriel supo instintivamente que algo andaba mal con eso. Algo le pasaba al sol, y ese algo hacía que el avance de las sombras fuera mucho más fácil. Miró de reojo a Nadia, que había palidecido, al parecer llegando a la misma conclusión que él, y compartieron una mirada.

Entraron a la ciudad y Matilde rodeó la muñeca de Gabriel, apuntando a los habitantes que caminaban lentamente por las callecitas. Y sintió una punzada en el estómago al ver sus caras pálidas y ojos opacos. Las sombras estaban avanzando lentamente, y de pronto la desesperación se apoderó de Gabriel. Tenía que salvar a esta gente. A su gente. Solo que no sabía cómo.

Y en ese momento, el sol se apagó otra vez. Durante unos minutos, la más completa oscuridad reinó entre los habitantes que comenzaron a gritar. Pero antes de poder decidir algo, la luz volvió, esta vez tan leve que solo el cielo estaba iluminado como cuando empieza a anochecer, pero los árboles, las casas y la gente estaban completamente oscuros. Y al fondo de una calle, a los pies de un templo hecho de oro que aún parecía brillar entre los opacos edificios a su alrededor, Gabriel vio a Inti. La expresión del anciano lo asustó. Parecía tan cansado, y tan, tan triste, que a Gabriel se le hizo un nudo en la garganta. A sus espaldas, Nadia soltó un sollozo.

—¿Qué hago? —le preguntó al anciano, aunque el chico no movió sus labios. El anciano tampoco lo hizo, pero escuchó la respuesta en su mente.

—Ya no queda nada por hacer —contestó Inti, con una voz que Gabriel sintió deseos de llorar. El anciano miró un punto situado a espaldas del chico.

—Ven conmigo, niña —dijo Inti, y cuando se dio vuelta vio que era Nadia, que se había acercado a él. Nadia negó con la cabeza una y otra vez, y el viejo suspiró. Cayó de rodillas, y en un instante, ya había desaparecido.

—¿Qué fue eso? —le preguntó Gabriel, pero Nadia no fue capaz de contestar. Gabriel se acercó

a ella; algo dentro de su pecho estaba revolviéndose mientras miles de ideas giraban como espirales en su cabeza—. Nadia. Inti te estaba llamando. Y estamos a punto de quedarnos en la oscuridad. ¿Es que no ves la conexión? ¡Eres la única que puede ayudarnos!

—¿Yo? —preguntó Nadia, tan pálida que parecía un fantasma—. ¡Eres tú el único que puede ayudarnos, Gabriel! Yo no tengo habilidades, no soy nadie, ¿no te das cuenta? La única forma de salvar a la ciudad es que derrotes a los hermanos y tomes el poder.

—Eso no va a servir de nada si no hay luz, Nadia. Si ya no queda luz. No hay nada que yo pueda hacer. Eres tú. Todo este tiempo has sido tú.

—¡No! —exclamó Bruno—. Nadia no es una carnada, ¿no escuchaste al anciano? ¡Quería llevársela! No voy a dejar que se la lleve nadie, ni siquiera un dios.

Los cuatro amigos se miraron un momento.

—Creo que los dos tienen razón —dijo Matilde—. Nadia tiene que recuperar la luz del sol, y Gabriel debe derrotar a las sombras que se están apoderando de la ciudad.

Bruno negó una y otra vez con la cabeza, pero Nadia lo abrazó, obligándolo a mirarla. Gabriel sabía que debía desviar su mirada, pero no podía,

hipnotizado ante la conexión que existía entre Bruno y Nadia.

—No me dejes —le pidió Bruno en un susurro.

—No lo haré. Te lo prometo —le aseguró Nadia, pasando una mano por su cara, como tratando de recordar cada detalle de ella—. Pero tengo que ser valiente.

Y Gabriel supo que él también debía serlo.

Nadia

Nadia besó a Bruno y salió de sus brazos sabiendo que un momento más en ellos habría derretido toda la valentía que había reunido para poder dejarlo. Siguiendo un impulso, abrazó también a Gabriel y a Matilde. Luego, mirando hacia el cielo, susurró: alicanto.

Vio al gran pájaro de alas plateadas dejar un haz de luz al surcar el cielo, y en un solo momento estuvo ante ella, con sus plumas plateadas y doradas brillando como si tuviera un resplandor interior. Ella le sonrió y subió sobre él, y también en un susurro le dijo: "Llévame donde él".

El alicanto ascendió suavemente hacia el cielo, y Nadia se volvió para ver a sus amigos abajo, mirando hacia arriba como si estuvieran rezando. Y después, solo cielo y el haz de luz que el alicanto dejaba en su camino. Volaron un buen rato. Nadia sentía el viento en su cara como un revitalizante, entregándole energía. Las suaves plumas del alicanto, y las notas que el gran pájaro soltaba de tanto en tanto la calmaron, y a lo lejos reconoció el familiar edificio dorado que se alzaba imponente y brillante, a pesar de la casi completa oscuridad. El alicanto descendió hasta un pequeño balcón que daba al este, y Nadia acarició su plumaje antes de entrar. Esta vez, el animal no se fue, sino que se quedó ahí en el balcón, simplemente observándola con sus ojos luminosos.

Entró a un salón hecho de mármol blanco tan brillante que al principio le costó reconocer a la figura postrada en la esquina de la habitación.

—¡Inti! —gritó ella y se acercó al anciano, que estaba tirado sobre el suelo. El anciano lanzó un quejido y la miró. El dorado de sus ojos ya había empezado a apagarse, y Nadia esta vez no pudo evitar llorar. Las lágrimas rodaron silenciosas por sus mejillas, pero no se molestó en quitárselas.

—Pequeña... —dijo el anciano, acariciándole el pelo—, viniste.

—Sí, padre —contestó ella entre sollozos. El anciano sonrió.

—¿Cuándo te diste cuenta?

—Recién ahora. Lo siento tanto.

—No. Llegaste justo a tiempo.

—Pero no puedes morir. No podemos vivir sin ti. Esta ciudad, la gente, te necesita. Y yo te necesito, papá. Por favor.

Nadia rompió a llorar y por un largo momento el anciano, el dios Inti, acarició el pelo de la hija que por tanto tiempo había estado esperando.

—Ya no hay esperanza para mí —dijo el anciano—. Estoy demasiado débil, y la conexión que una vez sentí tan fuerte con los habitantes de la ciudad está a punto de desaparecer. Pronto la naturaleza se volverá contra ellos, y los únicos que quedarán son los que Záah y Tanok elijan para el ejército que pretenden formar. Y los habitantes de la Ciudad del Sol se volverán seres sin pensamiento ni voluntad. Ya se acabó.

—No —dijo Nadia, sintiendo una fuerza y una certeza tan intensa que dejó de llorar—. No creo en eso. Siempre hay esperanza. Siempre.

El anciano volvió a sonreírle y a Nadia le pareció que se le iluminaba la cara.

—Ya no hay esperanza para mí. Pero tal vez sí para ti.

—No... no entiendo.

—Eres mi hija. Llevas la luz en tu interior.

Hubo un momento de silencio en el que Nadia intentó asimilar lo que su padre estaba diciéndole, pero comenzó a negar con la cabeza, el miedo era demasiado intenso como para hablar. El anciano suspiró, y su expresión volvió a ser la tristeza absoluta.

—Creo que siempre lo has sabido, pequeña. Eres mi hija. La luz está dentro de ti.

—Pero ¿cómo quieres que lo haga? ¿Cómo se supone que voy a remplazarte, padre? No puedo, no sé cómo. Por favor, no me dejes.

Inti tomó la mano de Nadia, y la chica sintió una corriente de luz y electricidad recorrer su cuerpo. Y tras una última mirada a su hija, Inti murió.

La ciudad quedó instantáneamente en la más completa oscuridad. Nadia se quedó paralizada, sin saber qué hacer. Escuchó los gritos de la gente, y pensó en Gabriel. Ahora todo estaba en manos de él. Una tristeza y soledad profunda se apoderaron de la chica al ver el cuerpo inerte de su padre, del padre que nunca supo que tuvo hasta el final. Y Nadia, completamente absorbida por la pena y la oscuridad, se tiró sobre el cuerpo del anciano, y se echó a llorar.

14. El heredero

Gabriel

Para encontrar a los hermanos, los tres chicos siguieron un rastro de sombras que daban a un edificio al otro lado de la ciudad, hecho de piedra negra, muy similar al templo dorado del sol. Pero este edificio era lúgubre y oscuro, como el negativo del templo dorado que iluminaba la ciudad.

Gabriel supo que en su interior estaban los hermanos, sin necesidad de un ejército que los protegiera, ya que los tentáculos de sombras giraban en torno a la entrada como serpientes, asegurando que nadie que no perteneciera a la oscuridad pudiera entrar. Gabriel habló antes de que sus amigos pudieran hacerlo.

—No quiero que entren conmigo —dijo, y cuando los dos empezaron a protestar, Gabriel los silenció—. Es en serio. Tengo que entrar solo, de alguna manera lo sé. Y no podría perdonarme si

les llegara a pasar algo. Cuida a Nadia —dijo, dirigiéndose a Bruno—, y Matilde, te quiero.

Y se dirigió a la entrada. Los tentáculos de sombras, increíblemente, no intentaron atacarlo y lo dejaron entrar. Gabriel vio que Bruno y Matilde trataban de seguirlo, pero las sombras no les permitieron la entrada. En ese momento, la poca luz que quedaba en la ciudad se extinguió. Gabriel escuchó los gritos de la gente, y pensó en Nadia. Y se internó en el edificio.

Sin saber bien cómo, Gabriel podía ver en las penumbras, e instintivamente siguió un camino cercado por pasillos y curvas hasta que llegó a una gran habitación. Al centro de ella había un círculo hecho con sal, del cual los tentáculos de las sombras parecían alimentarse. Detrás de ellas, encontró a los hermanos Záh y Tanok, el primero con los brazos extendidos como dándole la bienvenida a Gabriel.

—Al fin has llegado, muchacho —le dijo Tanok, con una sonrisa de reptil en su cara. Gabriel tragó saliva.

—Vengo a terminar con esto de una vez.

Los hermanos soltaron una carcajada simultánea.

—No puedes destruir la oscuridad a menos que te destruyas también a ti mismo. ¿Es que no lo entiendes aún, hijo?

Záh dijo la palabra “hijo” como en un siseo que a Gabriel le revolvió el estómago.

—No —dijo, retrocediendo—. Imposible.

—Creíste que podrías escapar de nosotros, pero te equivocaste. Siempre supimos dónde estabas. La chica esa, Nadia, sirvió de espía —dijo Tanok.

—Ella no sabía lo que estaba haciendo.

—No —concedió Záh, acercándose a él—. Pero de todas maneras, hizo un buen trabajo, manteniéndote alejado por tanto tiempo de la ciudad. Igual que Abdel, por supuesto. Siempre hemos trabajado junto a los brujos chilotes y algunas de las criaturas mitológicas de la oscuridad que los mortales han olvidado, y Abdel no fue la excepción. Hasta que se dejó vencer por un par de niños, claro está. Pero ya no importa, hijo. Lo importante es que estás aquí, y ha llegado la hora de que tomes el puesto que te corresponde.

—No. No. No.

Gabriel negó con la cabeza, sin poder asimilar lo que le decían. Era imposible, no podía ser. No podía ser que él... que él... fuera hijo de este ser de la oscuridad.

—Pero lo es —dijo Záh—. Es posible. Eres heredero, sí, Gabriel. Pero de este lado. De la oscuridad.

—¡No!

Záah y Tanok lanzaron carcajadas iguales: frías y poco humanas. Gabriel retrocedió todavía más hasta topar con una pared fría.

—¿Es que aún no quieres recordarlo? ¿No recuerdas acaso por qué decidiste irte de la ciudad, Gabriel? Estuviste toda tu vida obsesionado con descubrir quién era tu padre. Y cuando lo hiciste, escapaste como un asqueroso roedor.

—Eres la mezcla perfecta entre la luz y la oscuridad, Gabriel —le explicó Záah, acercándose al chico—. Sacas poder de ambos. Tu madre, bueno, eso es otra cosa. Fue fuerte, alguna vez, ya que era una de las herederas de las tres familias que fundaron la ciudad. Pero se volvió débil, ¿sabes? Murió cuando naciste tú. Ni siquiera su llamada “luz interior” pudo salvarla. ¿Lo recuerdas, hermano?

—¡No! —volvió a gritar Gabriel.

Y sintió un dolor punzante en el pecho. Vio, impotenté, cómo los tentáculos de las sombras comenzaban a escalar por sus piernas, sus brazos, como mimetizándose con su cuerpo, y lo último que vio fueron las sonrisas tétricas de los que ahora sabía, eran su padre y su tío.

Nadia

—¡Nadia! ¡Nadia!

Nadia podía escuchar cómo Bruno la llamaba, aunque sabía que se encontraba lejos de él. Dentro de la angustia y la pena que la envolvían como una nube espesa, la voz del chico logró entrar en ella como un rayo de luz. Y su voz logró sacarla del trance en que estaba desde el momento de la muerte de Inti. Se levantó, tratando de ver en la oscuridad, y los ojos brillantes del alicanto la guiaron hacia el balcón.

—Gracias por quedarte —le dijo, acariciando una vez más su plumaje, y secándose las lágrimas de la cara—. Llévame donde Bruno.

El alicanto alzó el vuelo dejando un haz de luz al batir sus alas que pareció iluminar un poco la absoluta oscuridad que reinaba la ciudad. A Nadia le pareció que la luz que dejaba el alicanto permanecía suspendida en el cielo, iluminando la ciudad con un resplandor blanco, y mitigando un poco los gritos de la gente. El gran pájaro descendió a los pies de un templo negro, donde se encontraban Bruno y Matilde. Nadia reconoció los movimientos de brazos y manos de Bruno, y entendió por qué la luz que había dejado el alicanto a su paso

había permanecido en el cielo. Bruno había hecho la ilusión de la permanencia de la luz.

—¡Nadia! —gritó Bruno al verla, y se abrazaron.

—Gabriel entró al templo —dijo Matilde, con la voz en un hilo—. Y nosotros no podemos entrar.

—Yo voy a buscarlo —dijo Nadia—. Ustedes esperen acá.

—¡No! —protestó Bruno

Nadia se volvió hacia él y antes de que pudiera protestar más, le dio un beso. Y entró al templo. Las sombras intentaron alcanzarla, pero ahora en vez de producirle dolor, los tentáculos se apartaron de ella como si su piel tuviera el poder de quemarlos. Nadia no tuvo tiempo de pensar en esto, porque en ese momento se escucharon los gritos de Gabriel. Con el corazón martillándole el pecho, Nadia siguió el sonido de su voz.

Gabriel

Gabriel vio cómo las sombras comenzaban a escalar por su cuerpo y sintió frío. De pronto, la más completa desolación se apoderó de él, y por fin, después de todo este tiempo, recordó. Lo recordó todo. Su vida en la ciudad de niño, junto a Matilde y Bruno. Su eterna pregunta acerca de quién era su padre. Las pruebas y la certeza de que tenía que gobernar, pero no quería hacerlo. Y al final, la respuesta a la terrible pregunta: su padre era Záh. Gabriel recordó el horror al enterarse de ello, el miedo por sus amigos y su decisión de escapar. Y ahora, mientras los tentáculos de sombras circulaban por su cuerpo, entendió. Él no pertenecía a la luz. Siempre había sido el hijo de la oscuridad. No valía la pena luchar contra ello, ya no, al menos. Gabriel vio en su mente la imagen de Matilde, de Bruno, de Nadia, pero esta vez como fantasmas, lejanos, de otra especie. De pronto se sintió de nuevo como un niño en el mundo mortal, completamente solo, y con la certeza de que era un raro, un anormal. Ahora sabía la verdad. Y con un último grito, cayendo de rodillas al suelo, Gabriel dejó que las sombras se apoderaran de él.

—¡Gabriel! —gritó—. ¡No!

Nadia llegó hasta la última habitación de ese frío y lúgubre edificio, justo para ver cómo las sombras terminaban de apoderarse del cuerpo de Gabriel. Como un terrible *déjà vu*, Nadia vio cómo los ojos de Gabriel se volvían completamente negros, igual que los de su madre. Al escuchar su voz, el chico volvió la cara hacia ella, pero su expresión era la de otra persona. Completamente frío y pálido, Gabriel esbozó una sonrisa que dejó de una pieza a Nadia, porque nunca había visto en el rostro de su amigo algo tan poco humano.

—Ahora ya lo sabes —dijo Gabriel con una voz que no parecía la de él—. Por eso me fui. Quise escapar de lo que soy. Pero es hora de tomar mi lugar. Apártate, Nadia.

Nadia tragó saliva. Záh y Tanok tenían sonrisas similares, y al verlas, un tirón de rabia hizo que le saliera la voz.

—Sí. Es hora de que tomes tu lugar. Pero tu lugar no es este, Gabriel. Tú perteneces a la luz. Conmigo.

—No.

Con un movimiento de la muñeca, las sombras que estaban rodeando los pies de Gabriel se lanzaron contra Nadia. Antes de que pudiera reaccionar, ante la sorpresa de ver que su mejor amigo la estaba atacando, igual que a la entrada del templo, los tentáculos se apartaron de ella como si su piel pudiera quemarlos. Gabriel arqueó una ceja.

—Mmm. Así que es cierto. Eres la hija del extinto dios del sol.

Y lanzó una carcajada. Nadia sintió cómo las lágrimas le quemaban los ojos al recordar la muerte de su padre, pero tomó una bocanada de aire y fijó sus ojos en los negros de Gabriel.

—Él no está extinto. ¿Es que no lo entiendes? La luz no está afuera, en el cielo. Está dentro de cada uno. Y está dentro de ti también.

—Ya no queda luz dentro de mí —aseguró Gabriel, y Nadia notó, o quizás imaginó, un dejo de tristeza en su voz—. Solo oscuridad. Ya te dije, Nadia. Apártate.

Záh y Tanok avanzaron hacia ellos, y aunque no quitaron su vista de ella, le hablaron a Gabriel.

—Ella es el único obstáculo que queda para que puedas gobernar por fin, hijo —aseguró Záh—. Tiene que ser eliminada. Lo entiendes, ¿cierto? Gabriel asintió, y avanzó hacia ella.

Gabriel

Ya no había nada. Ni tristeza, ni preocupación, ni ansiedad, ni miedo. Por primera vez en su vida, Gabriel no sentía nada. Ni sus propios sentimientos, ni los de los demás. Y entendió que esa empatía había sido siempre una debilidad. Sentir era una debilidad. Ahora, por fin, era libre de todo eso.

Gabriel experimentó solo una agradable sensación de anestesia mientras avanzaba hacia su mejor amiga, con la certeza de que una vez que la chica dejara de existir, tomaría su lugar en el reino de la oscuridad.

—Gabriel.

La voz de Nadia lo detuvo. No por la tristeza que se notaba en ella, ni la evidente emoción que había en el rostro de la chica, sino por el poder que irradiaba. Un poder tan absoluto, que sin siquiera alzar la voz, pudo detenerlo. Poder. Eso era algo que podía reconocer, y sonrió.

—¿De verdad crees que puedes hacer algo, Nadia? —le dijo, sin quitar sus ojos de ella—. No eres nadie. Ni siquiera tienes habilidades. Y ya no queda luz. Acéptalo. Ha llegado la era de la oscuridad.

—No.

Gabriel vio, sorprendido, cómo los ojos de la chica comenzaban a cambiar. De un momento a otro, los ojos que lo miraban se volvieron dorados, tan brillantes que Gabriel tuvo que resistir el impulso de cubrirse la vista. Su pelo, que siempre había sido negro y corto, también empezó a aclararse, junto con su piel, que ya no era blanca sino caramelo, como tostada por el sol. Completamente transformada ante sus ojos, Nadia sonrió. Y de pronto, la oscuridad que había consumido a la ciudad desde la muerte de Inti, desapareció.

—¡Gabriel! —le gritó Záah, y por primera vez reconoció miedo en la voz del anciano—. ¡Detenla!

Y Gabriel, tomando fuerzas de las sombras que ahora eran parte de él, se abalanzó hacia Nadia.

Nadia

Las palabras y el aspecto de Gabriel hicieron que el miedo, frío como las sombras que se habían apoderado del lugar, desapareciera. Más que el miedo por ella misma, o la inseguridad de no poder seguir los pasos de su padre, Nadia sintió

desesperación. Profunda desesperación al ver a su mejor amigo poseído por la oscuridad. Y eso fue todo. El amor que sentía por Gabriel fue más fuerte que cualquier cosa, y algo cambió dentro de la chica.

Nadia escuchó la música del alicanto, aunque no estaba cerca de ella. Las notas, como miel, se deslizaron por su cuerpo, calmándola y llenándola de absoluta y pura luz. La voz de Inti, ahora solo viva en su mente, le recordó esas últimas palabras: eres mi hija, y hay luz dentro de ti.

Gabriel se abalanzó hacia ella, rodeado de sombras. Nadia lo esquivó, pero esta vez los tentáculos de oscuridad, que al parecer ahora seguían las órdenes de Gabriel y no de los hermanos, la alcanzaron, quemándole el cuerpo. Nadia gritó de dolor al ver un fino y profundo corte en su pierna, y sintió asco al ver cómo uno de los tentáculos de sombras crecía, como alimentándose de su sangre. Al otro lado, los hermanos la observaban como quien observa a un pequeño ratón tratando de salir de una caja, y Nadia supo que detrás de todo esto siempre habían estado ellos. Si Gabriel era incapaz de eliminarlos, tendría que hacerlo ella. Pero ¿cómo?

Otro tentáculo la alcanzó, y Nadia se tropezó y cayó al suelo. Gabriel se acercó a ella, lanzando otro más, que se amarró en sus pies. Desesperada,

Nadia tomó el tentáculo que rodeaba sus pies y los sacó de un tirón, aunque su mano se quemó ante el contacto con la sombra. E hizo lo único que pudo pensar: se echó a correr por los oscuros pasillos, con Gabriel a sus espaldas.

Gabriel

Gabriel vio a Nadia desaparecer en una esquina, y apretó el paso. Las sombras, como fieles mascotas, lo siguieron, alimentándose del miedo y de la debilidad de Nadia. Estaba aburrido de perseguirla. Ya era hora de que esta niña, el único obstáculo entre él y el poder sobre la ciudad, desapareciera. Con un movimiento de la muñeca, los tentáculos de oscuridad se lanzaron hacia el techo, rompiendo la pared y atrapando a Nadia entre una habitación y el pasillo. El miedo de la chica y su desesperación eran como oxígeno para Gabriel, y se sintió poderoso. Lentamente se acercó hacia ella. Sintió a su padre y a su tío aparecer a sus espaldas, y los tres observaron a Nadia como una serpiente observa a su próxima víctima.

—¿Quieres acabarla tú, o prefieres que lo haga yo? —le preguntó Záah, poniendo una mano fría sobre su hombro.

Gabriel miró a Nadia, que enfocó sus ojos ahora dorados en él.

—Gabriel —le dijo, ignorando a los hermanos—, usa tus habilidades.

Una oleada de emoción chocó contra Gabriel, que lo dejó paralizado. Porque no era rabia, resentimiento, ni miedo, ni dolor. Lo que sintió fue pura y absoluta luz, y el poder que sintió recorrer su cuerpo hizo que se desplomara en el suelo.

Y luego, dolor.

Nadia

La expresión en el rostro de Gabriel hizo que a Nadia se le hiciera un nudo en la garganta. Los hermanos, pálidos, susurraban cosas en el oído de su amigo, y Nadia entendió que lo que estaba sucediendo dentro de Gabriel era una lucha mucho más profunda que la exterior. Nadia soltó un sollozo y Tanok fijó su vista en ella. Nadia tuvo solo un fle-

chazo de algo brillante y plateado antes de que el hermano se abalanzara sobre ella. Con los reflejos que había aprendido en años de entrenamiento en la guardia, la chica esquivó el puñal que alcanzó su hombro. Gritó de dolor y esquivó nuevamente a Tanok, que la agarró por el hombro herido, inmovilizándola. Ahora, como en cámara lenta, vio el puñal de la mano derecha de Tanok acercarse a su pecho, e instintivamente agarró el brazo del anciano, y lo dobló. La fuerza de Tanok era superior a la de Nadia, pero sus movimientos y reflejos eran mejores que los del anciano, y en un momento de furia roja, al ver que Gabriel se contraía de dolor en el suelo, Nadia esquivó nuevamente el brazo de Tanok y hundió el puñal en la piel áspera y débil del hermano, que tras una mirada de sorpresa, cayó desplomado en el suelo, y completamente inmóvil.

—¡No!

El grito de Záah permaneció en el aire mucho después de que lo hubiera lanzado. Nadia se preparó para recibir la ira del hermano, pero antes de que pudiera reaccionar, los tentáculos de sombras rodearon su cuerpo hasta oscurecerlo por completo. Luego de otro momento, Záah había desaparecido en la oscuridad.

—Gabriel —dijo Nadia, arrastrándose hacia el cuerpo ahora inerte del chico.

Gabriel abrió los ojos, que ahora ya no eran negros sino verdes, y varias lágrimas salieron de ellos, deslizándose por sus mejillas.

—Nadia —le dijo, con una voz tan débil que la chica tuvo que reprimir otro sollozo—, mientras yo viva, la oscuridad sigue viva también. Creo que sabes lo que hay que hacer.

Nadia comenzó a negar con la cabeza una y otra vez, y Gabriel le tomó una mano.

—Haz lo que tengas que hacer, Nadia. Aquí, y donde sea que vaya a parar mi espíritu, siempre serás mi amiga. Es una promesa.

—No.

Nadia sintió el poder, blanco y cálido, recorrerle nuevamente el cuerpo. E instintivamente, supo qué tenía que hacer.

—Gabriel, usa tus habilidades.

Gabriel sonrió débilmente.

—Sabes que nunca sirvieron demasiado. La mayor parte del tiempo... bueno, se sentía más como una maldición que una habilidad. Estoy cansado, Nadia.

—Ya lo sé. Pero, Gabriel, tienes la habilidad de sanar a los demás, y de sentir lo que los demás sienten. ¿No lo entiendes? Eso es lo que te hace ser el verdadero heredero de la ciudad.

Y Nadia cerró los ojos, recordando a su padre,

a Bruno, y todas las cosas bellas que había visto en su vida, como los atardeceres en el mundo mortal, el mar transparente de la ciudad, los girasoles, sus amigos, y nuevamente, Bruno. Sintió cómo la luz la recorría como si su sangre estuviera hecha de electricidad, y sonriéndole a Gabriel, tomó su mano.

Gabriel

Un tirón de electricidad le recorrió el cuerpo ante el contacto de Nadia, y Gabriel cerró los ojos, recordando las palabras de su amiga: "Usa tus habilidades". Se concentró en eso, en lo que Nadia estaba sintiendo. Y una oleada de luz, y amor chocó contra él tan fuerte, que sintió cómo literalmente la luz quemaba las sombras que ya eran como parte de él mismo. Y entonces entendió. No se trataba de eliminar la oscuridad que había dentro de él, sino de utilizarla.

Como si el gran pájaro estuviera a su lado, Gabriel escuchó las notas de una melodía tan familiar que nuevamente sintió ganas de llorar. Como saliendo de un trance, Gabriel miró a su alrededor,

y reconoció el templo de piedra negra de los hermanos. Y a su lado, su mejor amiga, desplomada en el suelo.

Gabriel sintió una oleada de pánico al ver el cuerpo inmóvil de Nadia. No, no, no, se dijo a sí mismo, al pensar en que su mejor amiga se había sacrificado por él. Suavemente, la tomó en sus brazos y caminó por los pasillos hasta la salida del templo. Bruno y Matilde se acercaron hacia él, exclamando cosas que no podía entender. Depositó a Nadia en el suelo, bajo el cielo oscuro tatuado por la larga y fina estela de luz que había dejado el alicanto a su paso.

Hubo un largo momento de silencio que se extendió entre ellos mientras miraban a Nadia. Incluso, la gente en las calles se había quedado muda ante la imagen de la niña, completamente bella e inmóvil. Y entonces, la oscuridad comenzó a desaparecer. Lentamente, como los antiguos amaneceres del mundo mortal, el cielo cambió de negro a azul, de azul oscuro a claro, y luego rosado, naranja, amarillo. La gente murmuró impactada al ver la belleza de esta nueva luz que aparecía en la ciudad, como si todos los amaneceres y atardeceres del mundo se hubieran juntado en ese cielo. Y paulatinamente, la luz apareció de nuevo, más brillante incluso que antes. La gente en las calles

lanzó gritos de júbilo, se abrazaban y algunos incluso cayeron de rodillas, agradeciendo la vuelta de la luz. Sin entender nada, como si su cabeza se hubiera quedado en blanco, Gabriel vio a los habitantes inclinarse en signo de respeto y adoración ante ellos.

—¿Por qué...? —empezó a preguntar, pero una mano suave le tocó el hombro.

Gabriel se dio vuelta y vio a Nadia, que se había levantado y brillaba como un ser sobrenatural. Su sonrisa parecía la de una diosa, y Gabriel se tuvo que contener para no caer a sus pies como el resto de los habitantes de la ciudad. Porque en ese momento se dio cuenta, por increíble que fuera, de que Nadia, su mejor amiga, se había convertido en la diosa del sol.

Y Gabriel hizo lo único que pudo hacer en ese momento: con un grito de felicidad, abrazó a su mejor amiga.



15. La Ciudad del Sol

Nadia

Los días que siguieron a la muerte de Tanok, y el término de la oscuridad, pasaron tan rápido que Nadia tuvo dificultad de recordarlos después. Sintió como si de pronto el mundo hubiera girado, y ahora ya no era solo Nadia, la guardiana de Gabriel, sino otra cosa, una mucho más poderosa e importante para la ciudad. Cuando pensaba en eso, Nadia sentía como si un gran ladrillo hubiera remplazado sus órganos. Nunca había deseado poder, en verdad. Y ahora todo el mundo la trataba como si fuera otra cosa, algo no humano, algo lejano al que se venera, pero no se toca. La muerte de Inti, y la visión de su padre muriendo completamente solo en su templo, oprimía su pecho, y tenía que concentrarse en evitar pensar que ese era su futuro también.

Y entonces, cuando sentía que iba a caer en la más completa desesperación, ahí estaban sus

amigos. Bruno, rodeándola con sus brazos, y demostrándole que para él seguía siendo su Nadia. Habían pasado estos días casi todo el tiempo juntos, con Matilde y Gabriel, recorriendo la ciudad, visitando a sus habitantes, y dando largas caminatas por la playa y los bosques. Algo había unido a los cuatro, y esa era una certeza que brillaba dentro de Nadia, haciendo que se sintiera menos sola.

Una mañana, Nadia se despertó temprano. Ahora estaban viviendo en el palacio que habían habitado alguna vez las tres familias fundadoras de la ciudad, y a Nadia le gustaba compartir ese lugar con sus amigos. Pero al mismo tiempo, a veces necesitaba pasar un tiempo sola. Así que esa mañana salió temprano, pasando por afuera de la pieza de Bruno, donde incluso con la puerta cerrada se escuchaban sus ronquidos, y salió del edificio por una puerta lateral. Como era tan temprano, no había mucha gente en las calles, lo que Nadia agradeció. Caminó por largo rato por el sendero de piedras de colores hasta llegar al mar.

Nadia respiró profundamente el olor a sal y agua, y sintió la leve brisa marina tocar su piel, como si el viento mismo estuviera saludándola.

—¿Puedo acompañarte? —dijo una voz a su espalda, que Nadia reconoció como la de Gabriel.

—Siempre.

Gabriel se acercó y se sentó junto a ella en la arena. Por un largo momento no hablaron, los dos absortos en la belleza del agua y en sus propios pensamientos.

—¿De verdad crees que voy a ser un buen gobernante? —le preguntó Gabriel por fin.

Nadia sonrió, chocando su hombro con el de Gabriel.

—Estoy segura. Además, Matilde y Bruno son parte del consejo. Y yo. No estás solo, Gabriel.

—Tú tampoco.

Nadia abrió la boca para decir algo, pero la cerró. Enfocó sus ojos dorados en los verdes de Gabriel, y suspiró.

—Ya sé que no. Pero... no soy la misma que antes, Gabriel.

—¿A qué te refieres?

Nadia tomó un puñado de arena en sus manos. Al soltarla, la arena no se cayó al suelo, sino que siguió suspendida en el aire. Una corriente de aire la tomó, y girando, desapareció en el cielo. Gabriel la miró, sorprendido.

—¿Puedes controlar la tierra?

—Todos los elementos —contestó Nadia, sin mirarlo.

—Increíble.

—Y no solo eso, Gabriel —agregó Nadia—. Ya no soy la misma por dentro.

—Yo tampoco —le dijo Gabriel.

Nadia lo miró, y supo que decía la verdad. Su experiencia con la oscuridad había cambiado a Gabriel, y Nadia supuso que ninguno de ellos era el mismo que antes. Y quizás, quizás, eso no era algo malo.

—Todavía quedan cosas por arreglar —dijo Nadia—. Záh sigue libre, quizás dónde.

Gabriel palideció un poco, y Nadia se arrepintió de haber nombrado al anciano.

—Ya lo sé. Y tenemos que encontrar una forma de cuidarte a ti también.

—¿Ah? —preguntó Nadia, confundida.

Gabriel la miró, ahora preocupado.

—La luz y la energía que tienes, Nadia. No duran para siempre.

—No.

Pasó otro momento en el que los amigos no hablaron. Nadia vio cómo una banda de pájaros dorados atravesaba el cielo, y un cosquilleo en su nuca hizo que se diera vuelta, para ver cómo Matilde y Bruno se acercaban a ellos a lo lejos. Nadia sonrió al ver a Bruno, y pasó un brazo por el de su mejor amigo, sintiendo como si un peso que antes no sabía que tenía se hubiera levantado.

—Ya habrá tiempo para pensar en todo eso —le dijo a Gabriel—. Por ahora, estamos juntos, la ciu-

dad está llena de luz, y mañana serás oficialmente el nuevo gobernante de la Ciudad del Sol. Hay mucho que celebrar.

Bruno y Matilde los alcanzaron, y Nadia se puso de puntillas para darle un beso a Bruno, que la rodeó con sus brazos. La brisa que recorría la playa se convirtió en una corriente de aire cálido que envolvió a los chicos como un pequeño remolino, y los cuatro cayeron al suelo riendo como si no hubieran reído en años.

—Es cierto —dijo Gabriel, pasando un brazo por los hombros de Matilde—. Todo está bien. Por ahora.

Índice

1. <i>La niña en la ventana</i>	7
2. <i>La guardiana</i>	17
3. <i>Záah y Tanok</i>	27
4. <i>El Trehuaco</i>	41
5. <i>Inti</i>	61
6. <i>El pequeño Gabriel</i>	81
7. <i>Ataque a medianoche</i>	89
8. <i>La pregunta del Tue-Tue</i>	101
9. <i>Gritos en la ciudad</i>	119
10. <i>El Valle de las Sombras</i>	129
11. <i>El invento de Mika</i>	141
12. <i>A orillas del mar</i>	157
13. <i>La oscuridad</i>	169
14. <i>El heredero</i>	177
15. <i>La Ciudad del Sol</i>	199

En los bosques del sur de Chile, dos parejas de adolescentes se encuentran para asumir una gran misión: salvar la Ciudad del Sol, un lugar mágico y deslumbrante, que está a punto de desaparecer. Para ello, se enfrentarán a las fuerzas más oscuras de la ciudad, descubrirán grandes secretos de sí mismos, pero sobre todo, comprenderán que para salvar este lugar deben brillar...

Macarena Fabry es Licenciada en Letras y Literatura. Ha trabajado como guionista y profesora. En 2009 fue finalista del concurso de cuentos Paula y en 2011, un cuento suyo formó parte de la antología **Voces-30: La nueva narrativa chilena**, que destacaba a los mejores narradores chilenos menores de 30 años.

A PARTIR DE 12 AÑOS



ISBN 978-956-349-512-6



9 789563 495126